

LA VENGANZA NO TIENE FECHA DE EXPIRACIÓN

LA ÚLTIMA EXCLUSIVA

DANILOLUNA

LA ÚLTIMA EXCLUSIVA

DANILO LUNA

Una aclaración

Estimado lector, apreciada lectora:

La historia que estás a punto de leer **ocurre en algún lugar de México**. Al avanzar por estas páginas notarás que en ningún momento menciono el nombre de algún estado o de alguna ciudad. **Esto es completamente deliberado**.

La escribí de esta manera para que **seas tú quien llene ese hueco**. Podría suceder en cualquier parte. **Podría ocurrir en tu ciudad**.

Uno de los ejes centrales de esta novela es la desaparición de un reportero, algo **no tan inusual como podrías pensar**.

De acuerdo a datos de la organización Artículo 19, **al menos 24 periodistas permanecen como desaparecidos en México desde el año 2003 hasta el año 2019**; además, **127 periodistas fueron asesinados en este país por hechos relacionados con su labor**, de enero del año 2000 a junio del 2019.

La que te presento en las siguientes páginas **es una historia de ficción**, los personajes son producto de mi imaginación, pero cualquier parecido con la realidad, **no es mera coincidencia**.

Al menos no del todo.

Danilo Luna

Julio, 2019

Contenido

[Title Page](#)

[Una aclaración](#)

[Fernando](#)

[Una llamada amistosa](#)

[Nota de Prensa](#)

[La fotografía](#)

[Nota de Prensa](#)

[Malos recuerdos](#)

[Nota de Prensa](#)

[Pedro](#)

[Tres en fila](#)

[Nota de Prensa](#)

[Una mala muerte](#)

[Ramón](#)

[Nueva información](#)

[Sin secretos](#)

[Gema](#)

[Te lo dije](#)

[Magda](#)

[Un jugador más](#)

[Nota de Prensa](#)

[Omar](#)

[Nota de Prensa](#)

[Caras vemos](#)

[Julián](#)

[Nota de Prensa](#)

[En la boca de la loba](#)

[Pacto con el diablo](#)

[Una respuesta](#)

[Una decisión](#)

[Rock and Roll](#)

[Nota de Prensa](#)

[Todo por el todo](#)

[Fin del juego](#)

[Dulce hogar](#)

[Nota de Prensa](#)

[Desaparecido](#)

[Agradecimiento](#)

[Otras obras](#)

[© Todos los derechos reservados.](#)

Fernando

Jueves, 08 de agosto de 2019, 10:07 P.M.

Pasan de las diez de la noche cuando Fernando Robles estaciona su viejo pick up Chevrolet Apache frente a su domicilio.

Está cansado, rendido, en realidad. Quien haya dicho que ser propietario de tu propia empresa te hace la vida mas fácil, nunca ha trabajado en los medios de comunicación. Mucho menos ha tenido que lidiar con la aplastante presión de tratar de mantener a flote una página de noticias en línea y una nómina de siete empleados.

Su sitio, *Sin Más Reservas*, es una empresa chica, microempresa en realidad, pero el periodista ha sabido utilizar su conocimiento y sus contactos para sacarla adelante con esfuerzo y trabajo duro.

También ha recibido, para qué negarlo, algo de apoyo de políticos interesados en que se difunda tal o cuál información, o bien, que no se difunda otra, pero Robles está convencido de que esos *convenios de publicidad* no lo convierten en un periodista corrupto, después de todo, nunca ha aceptado recibir dinero para enlodar a otros ni para fabricar mentiras, sino para enaltecer obras de gobierno y algún otro mensaje de vez en cuando.

Robles, pues, no se considera un vendido, mucho menos un *chayotero*, como se les llama en México a los periodistas alineados al poder político o gubernamental. Robles se considera un sobreviviente que ha sabido adaptarse a los cambios de un negocio —porque eso es lo que es— en el que los profesionales de los medios de comunicación cada vez encuentran más competencia, a veces de jóvenes improvisados que no los igualan en técnica o experiencia, pero sí en equipo y en oportunidad.

Atrás quedaron los tiempos en los que Robles pasaba noches enteras escuchando la frecuencia policíaca para ser el primero en la escena de un crimen, aunque a veces lo extraña. Hoy, cuando en su sitio llega a manejar

información policíaca, es la proveniente de boletines de prensa y sin darle mayor importancia.

Muy lejos quedaron también esos sueños de ganar premios nacionales o de lograr que su nombre fuera conocido en todo el país. Cuando piensa en eso siempre se dice que nunca se presentó la oportunidad, que no tuvo suerte, pero que en realidad es tan buen periodista o incluso mejor que algunos de sus colegas más reconocidos.

Pero esta noche no está pensando en eso. Esta noche Fernando solo está pensando en entrar a su casa, aflojarse el cinturón, lanzar la camisa a cualquier esquina, los zapatos a otra, abrir una cerveza, ver un poco de televisión y quedarse dormido. Básicamente lo mismo que hace todas las noches desde que su esposa lo dejó llevándose a sus tres hijos con ella, aunque le cuente a sus colegas y amigos una historia completamente distinta, la historia del maduro seductor que se las ingenia para conseguir una pareja nueva cada semana y después inventa las más curiosas mentiras para conseguir sacarlas de su casa y subirlas al taxi.

Después de todo, a Fernando Robles le gustan las mujeres para pasar un rato, no para dormir con ellas y eso incluye a las mujeres imaginarias, que a fin de cuenta son todas las que presume.

Termina de poner el bastón de seguridad a su auto —no tiene cochera— y desciende del mismo para dirigirse a la entrada de su casa. De pronto tiene la sensación de que alguien lo observa. Voltea hacia atrás y solo ve una calle desierta cuya oscuridad es apenas mitigada por la única de las tres luminarias que aún funciona.

«Te estás volviendo cada vez más paranoico», piensa mientras vuelve la mirada al frente y camina directo hacia la puerta.

Mete la llave en la cerradura, quita el seguro, da vuelta a la perilla y la sensación de que alguien lo observa regresa. Sonríe pensando que es de nuevo su imaginación y se da la media vuelta, esta vez con mucha más calma, para encontrarse con una silenciosa figura vestida de negro de pies a cabeza.

—¿Qué demonios? —alcanza a preguntar antes de sentir el frío acero de un cuchillo común de cocina entrar en su vientre.

La hoja metálica sale rápidamente y el dolor, si es posible, es aún más intenso que cuando entró. Se lleva la mano a la herida y la retira de inmediato, como si necesitara ver la oscura sangre con sus propios ojos para creer que eso le está pasando a él.

Su mente le dice que debería entrar a la casa y cerrar la puerta, pero sus

piernas se niegan a moverse. No tiemblan, no pierden el equilibrio, simplemente se niegan a obedecerlo. Una oscura mancha de orina se dibuja en su entepierna, pero Fernando ni siquiera se da cuenta. De cualquier forma sería lo que menos le importaría en ese momento.

—Espera, espera —le ruega a su atacante—, tengo dinero en un cajón. No mucho, pero algo.

—No vengo por eso.

La segunda puñalada entra del lado izquierdo del abdomen. Después una tercera, cuarta, quinta y sexta. Con la séptima se asegura de golpear el hueso del esternón para romper el cuchillo, dejando la hoja en el interior de su víctima que, ahora sí, comienza a temblar de una forma que sería incluso graciosa, si no fuera porque significa que alguien está muriendo.

Fernando Robles cae de rodillas. Lo último que ve antes de que todo se vuelva negro es a su homicida viéndolo fijamente. Sin hablar, sin tratar de robarle, sin burlarse.

Observa cómo se quita la máscara y se sorprende y aterroriza al ver el muy familiar rostro que lo observa con ojos muertos, casi tanto como lo estará él en pocos segundos.

Y lo último que se pregunta es si su muerte saldrá en las primeras planas de los diarios impresos o quedará relegada a una triste página de interiores.

Una llamada amistosa

Viernes, 09 de agosto de 2019, 01:51 A.M.

Gabriel Palafox tiene el sueño ligero. Sus dos décadas de experiencia como periodista, particularmente los años que pasó cubriendo nota policíaca listo para saltar de la cama en cuanto oyera un reporte importante en la frecuencia de la Policía, lo acostumbraron a eso.

Desde que se convirtió en el director de noticias de Canal 9, con el noticiero de mayor presencia en el Estado a su cargo, no tiene que lidiar con guardias informativas ni con coberturas nocturnas, pero el sueño ligero se mantiene. Por eso se despierta en cuanto su móvil empieza a vibrar sobre la mesita de noche junto a su cama, aún sin que emita algún tono.

Observa la hora antes de contestar y ve que son casi las dos de la madrugada. El nombre que aparece en el *display* le hace adivinar que se trata de algo grande.

—¿Qué pasa, procurador? —pregunta en voz baja mientras se talla los ojos, tratando de no hacer ruido para no despertar a su esposa.

—Discúlpame por despertarte, Gabriel, no te llamaría a esta hora si no fuera algo importante.

En ese, como en la mayoría de los estados de México, el puesto de procurador de justicia es de índole político y generalmente es el titular del Poder Ejecutivo quien lo asigna después de un —casi siempre arreglado— procedimiento que incluye el envío de una terna al Poder Legislativo.

El procurador, pues, invariablemente termina siendo un miembro o al menos simpatizante del partido en la gubernatura, tenga o no experiencia en el área judicial. Néstor Barragán no es la excepción a la regla.

Abogado de carrera, pero con experiencia mayormente en derecho electoral, Barragán se desempeñó en varios puestos dentro del partido político que hoy ocupa el poder y Palafox lo conoce desde hace varios años.

Se podría decir que incluso, dentro de lo que cabe, ha tenido una buena relación con él, aunque para nada lo considera un amigo. Uno de los grandes errores que puede cometer un periodista es pensar que un servidor público, especialmente uno relacionado con la procuración de justicia, puede ser un amigo y no simplemente una fuente informativa.

—Te hablo a ti, aunque no es el protocolo correspondiente porque te considero mi amigo —dice el procurador—. Estoy en la casa de Fernando Robles. No hay una forma fácil de decir esto, Gabriel, así que lo diré de una vez. Lo mataron justo en la puerta.

El periodista siente que la habitación se hace más pequeña y da vueltas sobre su cabeza. Tarda un par de segundos en reaccionar. A diferencia de Néstor Barragán, Fernando Robles sí que era su amigo. Uno de los primeros que tuvo cuando iniciaba en el periodismo y uno de los pocos que ha tenido la fortuna de conservar después de tantos años.

—¿Cómo? ¿Qué fue lo que pasó? —pregunta al fin.

—Se están levantando las evidencias así que no tomes lo que te voy a decir como algo oficial, pero todo indica que fue un tema... bueno, pasional, personal. La forma en que fue atacado y la violencia con la que fueron infligidas las heridas concuerda con eso. Te repito que esto que te digo es completamente extraoficial.

Gabriel lo piensa por un momento. El motivo por el que Fernando fue abandonado por su esposa fue por que lo descubrió en una infidelidad y su actitud no cambió después del divorcio, sino todo lo contrario. Incluso presumía, a quien quisiera escucharlo, que a cada rato tenía aventuras con mujeres casadas y se reía cuando le decían que, un día, un marido agraviado lo iba a encontrar y le iba a poner una golpiza o algo más.

Así que muy a su pesar y con las reservas de no contar con algún dato extra, Gabriel admite para sus adentros que la teoría, aunque apresurada, no es para nada descabellada.

—Sí, sí, entiendo, extraoficial —responde al fin—. Voy para allá. Llego en unos minutos.

—No es necesario que vengas. La información se transmitió por la frecuencia de la Policía Municipal y el lugar ya se está llenando de reporteros. De seguro llegará uno de los tuyos y yo me aseguraré de que tenga toda la información que necesitas. Lo que te quiero decir te lo puedo decir por teléfono.

—No, llego en menos de treinta minutos —responde justo antes de

terminar la llamada.

Gabriel se pone el primer pantalón que puede encontrar sin encender la luz, con la vana intención de que su esposa no despierte. Hace lo mismo con el zapato derecho y se queda casi congelado mientras toma el izquierdo, apenas procesando lo que acaba de pasar.

Lorena despierta y lo ve sentado en el borde de la cama, como una estatua con la mirada fija hacia la oscuridad. Enciende la pequeña lámpara para leer que reposa en el buró junto a su lado de la cama.

—¿Amor?, ¿qué pasa? —pregunta a mitad de un bostezo.

—Es Robles —contesta regresando a la realidad—. Fernando Robles. Lo mataron en su casa.

—¿Qué? ¿Fernando? ¡Ay, Dios! No me digas que por algo que publicó en su sitio.

—No lo sé, todo parece indicar que fue un asunto personal, pasional, pero todavía no se sabe nada.

—Ay, amor, ¿tienes que ir? De seguro tu reportero de guardia puede tomar todos los datos.

—Fernando era mi amigo, Lorena, tú lo sabes. Necesito ir.

Lorena se frota los ojos, reprime un bostezo y al fin asiente con la cabeza mientras toma la mano de su esposo.

—Ten cuidado, por favor. Y si sospechas que se trató de algo más, no te hagas el valiente. Ya no eres un reportero intrépido tratando de comerse el mundo. Recuerda que tienes una hija.

—No te preocupes —contesta mientras le da un beso en los labios—. La policía ya aseguró la zona, solo necesito ir, necesito verlo. Si puedo hacer algo para ayudar a que atrapen a quién sea que lo haya asesinado, tengo que hacerlo.

«Sin duda él lo haría por mí», piensa, pero decide que no es necesario decirlo y preocupar a su esposa con la idea de que algo así le hubiera podido pasar a él.

Sale del cuarto sin esperar una respuesta. Antes de dejar su casa echa un vistazo dentro de la habitación de la pequeña Lila, iluminada con una silenciosa lámpara que hace formas de mariposas en el techo y le lanza un beso silencioso.

Emprende al camino muy conocido hacia la casa de Fernando, que está relativamente cerca de la suya. Con el poco tráfico que hay, llega en menos de veinte minutos.

El área alrededor de la escena está debidamente acordonada. Reporteros, fotógrafos y camarógrafos tratan de hacerse espacio entre los vecinos, algunos en bata y sandalias, que no se muestran dispuestos a seguir la recomendación de volver a sus hogares.

«Malditos morbosos», piensa mientras estaciona su auto. «Y de seguro cuando les pregunten, ninguno sabrá nada».

La mayoría de los comunicadores que están en el lugar son relativamente jóvenes, pero acostumbrados a cubrir notas de homicidios. Incluso han aprendido a bromear y reírse en esas situaciones, demostrando la pérdida de la capacidad de asombro que caracteriza a los periodistas que han visto suficientes cadáveres. Un grupo está incluso riéndose de algún improvisado chiste cuando ven llegar a Gabriel.

Callan de inmediato, pues saben que Palafox y Robles eran buenos amigos, periodistas *de la vieja escuela*. Algunos se acercan a él a ofrecerle, no con palabras, sino con una leve inclinación de cabeza, un respetuoso pésame que es agradecido con el mismo gesto.

«Así que así es cómo se siente estar del otro lado de la barra», piensa Gabriel mientras recuerda las veces que él se tuvo que abrir paso entre familiares ahogados en llanto para acercarse a alguna escena de homicidio.

Al fin, el procurador Barragán, ataviado con un innecesario chaleco antibalas y en mangas de camisa, repara en Palafox y con un par de ademanes da instrucciones a los agentes de Homicidios para que le permitan pasar el cordón de seguridad.

Si se tratara de cualquier otro caso, el resto de los reporteros reclamarían el trato especial, pero en esta ocasión ninguno dice una sola palabra. Un novato que tiene apenas tres semanas desde que fue contratado en un periódico local se adelanta con intención de decir algo, pero es detenido de inmediato por el fotógrafo que lo acompaña, quien moviendo la cabeza de lado a lado y llevándose el dedo índice al surco subnasal le dice que guarde silencio.

—Gabriel —dice el procurador—, primero que nada, quiero decirte que lo siento mucho. Sé bien que era tu amigo y quiero que sepas que también lo consideraba un amigo mío.

—Inicié en el periodismo hace veinte años —contesta de forma educada, pero seca—, y Fernando ya tenía siete de experiencia en el canal. Él me enseñó a moverme por la fuente policiaca.

El procurador no dice nada. Sabe que Gabriel no busca una respuesta, así que lo deja ver la escena del crimen.

El cadáver de Robles aún está en el piso, cubierto por una manta de Servicios Periciales y el charco de sangre a su alrededor es tan grande que Gabriel entiende lo que Barragán quiso decir sobre la violencia con la que fue asesinado.

—¿Quién lo encontró?

—Unos adolescentes que andaban de vagos. Pasaron por aquí y lo vieron tirado. Creyeron que estaba borracho y se acercaron, ellos dicen que para tratar de ayudarlo, pero yo sospecho que fue para tratar de robarle algo, patearlo, escupirle, ¿qué se yo? Se llevaron un susto cuando vieron la sangre en el suelo y entendieron que estaba muerto.

—¿No son sospechosos?

Barragán no dice nada. Se limita a mirarlo fijamente a los ojos, esperando escucharlo de sus labios.

—Entiendo que la investigación está en proceso y que todo lo que me diga está *fuera de libreta*, procurador. Tiene mi palabra de que no publicaré nada de lo que me revele en este momento.

—Gracias, Gabriel —contesta el procurador—. No, no son sospechosos. Son tres jóvenes de quince años, viven en esta colonia, no tienen antecedentes de ningún tipo y francamente creo que se orinaron en los pantalones cuando los interrogamos. Están diciendo la verdad.

—¿Y estás seguro de que se trató de un crimen pasional?

—No puedo estar seguro de nada hasta tener más evidencias, pero la víctima... Fernando tiene su billetera completa, con algo de dinero y sus tarjetas. Además, lleva un reloj de oro bastante vistoso en la muñeca. Definitivamente no se trató de un robo.

—Sí, su reloj de oro. Estaba muy orgulloso de mostrarlo. Se lo regalaron cuando cumplió veinticinco años en el noticiero, antes de que el dueño se volviera un avaro y empezara a recortar a todos los que tenían experiencia para contratar solo a jovencitos recién egresados y pagarles mucho menos.

—Bueno, no a todos —responde el procurador—. A ti te hizo director de noticias.

—Supongo que tenía que quedarse con alguien que tuviera contactos. Tampoco me paga tanto como muchos creen. Cuando menos no lo suficiente para compensar las horas.

—Contactos y prudencia. Siempre has sido diferente al resto de los periodistas que buscan titulares escandalosos, Gabriel, esa es otra de las razones por las que me animé a hablarte cuando podría haber dejado que te

enteraras por tu reportero y por la que estoy dispuesto a compartir información privilegiada contigo.

Palafox voltea a verlo. De pronto entiende que la amabilidad y la consideración mostrada no serán gratuitas. Después de tantos años, se molesta por el hecho de que lo haya sorprendido.

—Hace menos de dos semanas que mataron a Luis Márquez, Gabriel, y cómo sabes, no hemos podido avanzar con la investigación, a pesar de que tengo a mis mejores agentes en eso. Son dos comunicadores asesinados en tres semanas y algunos periodistas van a empezar a gritar que este ya no es un estado seguro para ejercer su profesión, pero los casos no están conectados, y aunque Márquez era experiodista, ninguna de las dos muertes tuvo que ver con su trabajo.

—¿Estás seguro de eso?

—A Robles lo acuchillaron en su casa y a Márquez lo mataron de un balazo en la cara mientras trataban de robarle el auto, Gabriel. Por si fuera poco, Luis no ejercía el periodismo desde hace varios años y la página de Fernando era, con todo respeto, más de chismes políticos que de otra cosa. Es más que evidente que se trata de hechos lamentables, pero aislados.

—¿Hechos aislados pero frecuentes? —pregunta de forma burlona.

Barragán hace caso omiso al tono sarcástico y continúa tratando de imponer su razonamiento, o mejor dicho, su agenda.

—Eres un periodista muy respetado en el gremio, Gabriel, de los más apreciados. Si tú dices públicamente que estos hechos no están relacionados entre sí y que no hay motivos para considerarlos como delitos contra la libertad de expresión, la mayoría de los jóvenes te van a seguir. Otros no tan jóvenes seguirán haciendo ruido, pero serán menos.

Gabriel siente el fuego subiendo por sus mejillas, aprieta los puños y hace un esfuerzo por controlarse. El cuerpo de su amigo aún está tirado en el suelo sobre un charco de sangre tibia y el procurador de justicia ya está tratando de decirle qué decir y qué callar.

—Debería ocuparse en resolver los homicidios, procurador, ambos homicidios, y no preocuparse por lo que diga la prensa. No voy a decirle cómo hacer su trabajo, por favor no me diga cómo hacer el mío.

Se da la media vuelta para retirarse de la escena, asqueado no por la sangre, no por el cuerpo, sino por el descarado intento de censura, cuando siente la mano del procurador en su hombro.

—Palafox —dice, dejando atrás el tuteo—, con respecto a lo que

acabamos de hablar usted y yo.

—Soy un hombre de palabra, *señor procurador*, y un periodista con ética —responde de manera firme, pero sin voltear a verlo—. Todo lo que salió de sus labios desde el momento en que crucé la cinta policial es *off the record*.

El procurador retira su mano y Gabriel reanuda su marcha sin esperar una respuesta. No está seguro de si Barragán realmente dijo «más te vale, cabrón» mientras salía del área acordonada o fue producto de su imaginación.

Nota de Prensa

Informativo En Línea | 09 de agosto de 2019 | *Seguridad* | *Última Hora*
Asesinan al periodista Fernando Robles

- **Es el segundo comunicador víctima de homicidio en apenas dos semanas**

El periodista Fernando Robles García, dueño y director general del portal de noticias *Sin Más Reservas*, fue asesinado la noche de este jueves cuando llegaba a su domicilio en la colonia Valle Alto.

De acuerdo con información difundida por la Procuraduría General de Justicia del Estado, Robles García recibió varias puñaladas en la zona del abdomen y el pecho.

El cuerpo del periodista fue encontrado a las cero horas con cuarenta minutos de este día y se cree que el ataque que le costó la vida tuvo lugar apenas un par de horas antes de eso.

Antes de independizarse e iniciar su sitio de noticias, Robles García formó parte de Canal 9 por veintiséis años; en ese medio de comunicación se desempeñó primero como reportero y después como coordinador editorial.

Este es el segundo comunicador que pierde la vida en hechos violentos en menos de dos semanas; el pasado 29 de julio, Luis Márquez Acosta, quien se desempeñaba como vocero de Comunicación Social en la Comisión Estatal del Deporte, pero tenía amplia experiencia como reportero deportivo, fue asesinado de un disparo en la cabeza en un intento de robo de auto.

El procurador de justicia del Estado, Néstor Barragán, descartó que ambos hechos estén relacionados y enfatizó que ninguno de los dos tiene que ver con el ejercicio del periodismo.

“Estamos realizando las investigaciones correspondientes y, como saben, esas deben mantenerse confidenciales. Lo que les puedo adelantar, siendo muy respetuosos con las familias de ambos, es que no hay nada que nos haga pensar que alguno de estos dos casos sea un ataque contra la libertad de expresión. Son casos muy diferentes”, afirmó.

Independientemente de las palabras del procurador, se prevé para hoy por la mañana una manifestación de trabajadores de medios de comunicación frente a la Procuraduría para exigir un alto a la violencia.

Seguiremos informando...

La fotografía

Viernes, 09 de agosto de 2019, 09:13 A.M.

Los periodistas que se encuentran por fuera de las instalaciones de la Procuraduría de Justicia de Estado se cuentan por decenas. Los mensajes en las pancartas son tan variados como conocidos.

No se mata la verdad matando periodistas, Ni uno menos, No nos van a callar, Prensa, no disparen, No al silencio y por supuesto, *Justicia para Luis y Fernando*.

Las cámaras, grabadoras, libretas y plumas colocadas en las escalinatas del edificio completan la poderosa imagen.

«Supongo que a eso te referías con *ruido*», piensa Gabriel mientras recuerda las palabras que le dijo el procurador apenas unas horas antes junto al cuerpo de Fernando. La llegada de Pedro Rodríguez lo saca de sus pensamientos.

—Qué jodido, ¿no?

—Muy jodido —responde.

—¿Te crees lo del crimen pasional?

—No vi el cuerpo, porque ya lo tenían cubierto, pero dicen que fueron siete cuchilladas —responde Gabriel—. Creo que si hubiera sido un ladrón asustado lo hubiera herido solo un par de veces.

—Y si se hubiera tratado de un sicario contratado para callarlo, lo habría matado a balazos, sin necesidad de exponerse acercándose tanto —concuerta Pedro.

—Sí. Eso y la fama de *picaflor* que él mismo se había creado. Hay que admitir que todo concuerda.

Ambos guardan silencio algunos segundos mientras miran directo a la Procuraduría, específicamente a la que saben que es la ventana de la oficina del procurador Barragán, quien debe estarlos viendo por detrás del cristal

polarizado en ese preciso momento.

—A menos, claro, que eso haya sido lo que les quieran hacer creer.

A Gabriel no se le escapa el uso de la palabra *les* y no *nos*. Tampoco le sorprende, después de todo, Rodríguez no ha sido periodista desde hace casi una década.

—No lo sé, Pedro. Fernando no se especializaba en notas de crimen organizado, casi no colocaba notas policíacas en su portal y tampoco tocaba al Gobierno ni con el pétalo de una rosa. Es más, cuando surgía algo que ensuciaba la imagen del gobernador o de sus allegados, se hacía *como que la virgen le hablaba*.

—Cada uno su forma de trabajar, amigo.

—Cada quién, y no lo estoy criticando. Él sabía cómo hacía las cosas. A lo que me refiero es a que no veo que exista un motivo por el que alguien hubiera estado interesado en callarlo.

—Entonces, en resumen, sí te crees la versión de que fue un tema puramente pasional.

Gabriel voltea a ver a Pedro. El periodista siempre ha estado seguro de que no es buena idea establecer relaciones personales con funcionarios, mucho menos con policías, pero con él es distinto. Pedro Gutiérrez no estudió periodismo, comunicación, ni alguna carrera afín, pero fue reportero policíaco durante casi ocho años, y era de los buenos, de los que se rifaban el físico buscando la nota en la calle en lugar de estar esperando comunicados oficiales y conferencias de prensa con comandantes con ganas de lucirse.

Eso fue antes de que decidiera atender a una convocatoria del Instituto de Seguridad Pública para convertirse en agente de la Policía Judicial, aunque hoy se llama Policía Investigadora; de eso han pasado otros diez años y aunque las responsabilidades han cambiado, la relación de amistad entre ambos se mantiene.

Con el tiempo, Rodríguez ha sabido ascender en la corporación y se ha desempeñado como comandante de grupo de diversas divisiones, incluyendo la de Homicidios y la de Combate al Narcomenudeo; actualmente dirige la unidad de Robo de Vehículos.

En resumen, Gabriel lo conoce, confía en él y considera que es una buena persona, pero en este momento duda sobre si pregunta de forma honesta, o está tratando de averiguar qué piensa por encargo de alguien más.

Por encargo, por ejemplo, del procurador Néstor Barragán.

De cualquier forma, decide que no es buena idea iniciar una mala relación

con un amigo de tantos años el mismo día en que acaba de perder a otro.

—Prefiero no especular y esperar la información de la Procuraduría, por lo pronto, pero créeme que si tengo dudas, que, si algo no me cuadra, voy a investigar por mi parte hasta encontrar la verdad y hacerla pública. Se lo debo a Fernando.

—Y si lo haces sabes que puedes contar conmigo. También era mi amigo, ¿recuerdas? Y Luis también. No tienes idea de lo mierda que me siento por no haber podido aportar nada para avanzar en su caso.

El asesinato de Luis Márquez había generado indignación en el gremio periodístico, pero no sospechas de que estuviera relacionado con su profesión. Después de todo, ya habían pasado más de tres años desde que había dejado el periodismo para convertirse en vocero de la Comisión Estatal del Deporte.

La misma cámara Go Pro que la víctima tenía en el interior de su auto registró el homicidio. Al menos en parte, porque apuntaba al conductor y no al exterior.

Había ocurrido muy temprano, cuatro minutos antes de las seis de la mañana, cuando Luis conducía a su casa después de salir del gimnasio al que asistía diariamente, sin excepción.

Al momento de detenerse en un semáforo, su atacante se había acercado apuntándole con un arma y exigiéndole que bajara del auto; Márquez creyó que podría acelerar y escapar, pero el frustrado ladrón le disparó en la cabeza al verlo meter el cambio.

Los pocos testigos que había a esa hora coincidieron en que después de disparar, el homicida, que tenía el rostro y la cabeza cubiertos, empezó a voltear a todos lados con actitud desesperada y después salió corriendo. La Policía peinó la zona por horas y no encontró nada.

Pedro Rodríguez había sido llamado al principio, por el tema del intento de robo de vehículo, pero había sido relegado casi de inmediato por la comandante de Homicidios.

El caso se mantenía abierto, por supuesto, pero que el móvil del crimen fuera un robo frustrado no estaba a discusión.

Eso no cambiaba las cosas. Dos periodistas, aunque uno tuviera tres años *en receso*, habían sido asesinados en menos de dos semanas y eso era más que suficiente para movilizar a representantes de todos los medios de comunicación y exigir un alto a la violencia y resultados inmediatos en las investigaciones.

—Conocías a Fernando desde que empezaste en esto, ¿verdad? —pregunta

Pedro, más por retomar la plática que por otra cosa, pues sabe perfectamente la respuesta.

Gabriel sonríe y está a punto de contestar cuando ve que acercarse a Julián Fuentes, mejor conocido como el Estrobo, con la misma cara preocupada de siempre y volteando de un lado a otro.

Fuentes se considera un especialista en periodismo policíaco e incluso lleva en su vieja motocicleta un par de luces rojas y azules, como los estobos de las unidades de Policía. De ahí se había ganado el apodo.

Sin embargo, reporteros tanto novatos como experimentados saben que el Estrobo es poco menos que un chiste. Solo publica la información que aparece en los informes policíacos, las mentiras que le dicen los comandantes o incluso escandalosas notas sin sustento y chismes de vecinos que no resisten el menor análisis periodístico.

No son pocas las personas a las que ha señalado como secuestradores, vendedores de droga o incluso asesinos sin más evidencia que una denuncia anónima; tampoco son pocas las veces que ha tenido que retractarse ante la amenaza de una demanda, aunque luego haya gritado a los cuatro vientos que su libertad de expresión había sido vulnerada.

Los más jóvenes se burlan incluso de su sobrenombre y al verlo dicen *ya llegó el Estorbo*, cuando lo ven aparecer, repartiendo a diestra y siniestra, su panfleto semanal de doce páginas de dudosa calidad de impresión.

—Prepárate para una teoría de conspiración —advierte Pedro, aunque sabe que Gabriel le tenía mucho aprecio a Robles y no está de humor para aguantar locuras del viejo periodista policíaco.

Palafox da un paso a un lado para empezar a moverse, aunque no tenga claro a dónde. No tiene ninguna intención de escuchar a Fuentes, pero éste lo detiene antes de que pueda irse.

—Gabriel, mi Gaby. Espera, espera —dice con el mismo tono de voz acelerado que ha tenido toda la vida—. Necesito decirte algo. A ti también, Pedro. Es muy importante. Van a ver, van a ver.

Gabriel se detiene a regañadientes mientras el Estrobo termina de acercarse. Pedro apenas puede reprimir la sonrisa, anticipando que va a escuchar alguna disparatada teoría sin pies, ni cabeza.

—Está cabrón esto, está cabrón, ¿qué vamos a hacer? —pregunta mientras mira nerviosamente de un lado a otro, como si temiera que alguien los estuviera espiando.

—¿Qué vamos a hacer de qué, Julián? —pregunta a su vez Pedro mientras

le extiende la mano para saludarlo.

—Pues qué vamos a hacer para que no nos maten, pues eso, ¿qué vamos a hacer?

La sonrisa burlona de Pedro se hace aún más grande; Gabriel, por su parte, se mantiene impassible y tratando de pensar en algún pretexto para moverse a otro lado.

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunta el primero. ¿Cómo que no nos maten?

—Ah, es que no lo saben, no lo saben —responde el Estobos con su molesto tono acelerado mientras se moja el labio inferior con la lengua como si fuera una lagartija—. Ya ven, ya ven. Y luego dicen que uno está loco, se ríen de uno, creen que no me doy cuenta, pero me doy cuenta, solo que los ignoro. Vale más así. Así se la pasa mejor uno. Cuando tienes mucho tiempo en esto, cómo yo, te das cuenta de cosas que los demás no ven. Ni ustedes, ni siquiera ustedes.

Gabriel reprime un bufido y la tentación de poner los ojos en blanco. A diferencia de Pedro, no quiere burlarse de él. Hace un gesto con la mano que da a entender que ya se va.

—No, espera, espera mi Gaby, espera. Deja te explico.

—No me digas así.

—Gabriel, pues —contesta Julián—. Espera un momento. ¿De verdad crees que fueron casualidades?

«Aquí vamos», piensa, pero decide no responder con la vana ilusión de que eso lo desanime.

—No fue casualidad, no fue casualidad. Podría parecer que sí, pero tienes que fijarte en los detalles, en los detalles pequeños. En los pequeños, pequeños, pequeños, pequeños, peq...

—¡Julián! —interrumpe Gabriel—. Si vas a decir algo, hazlo ya, que no estamos para perder el tiempo.

—Lo voy a decir, lo voy a decir. Pero se los voy a enseñar, mejor se los voy a enseñar —dice mientras empieza a rebuscar entre decenas de papeles que lleva en su casi descosida bolsa de tipo mensajero. Finalmente, después de unos cuantos segundos que parecen eternos, les muestra una vieja imagen impresa en una hoja normal de papel bond.

—¿Una foto? —pregunta Gabriel cada vez más cansado del tema—. Julián, no sé qué quieres con esto, pero es ridículo.

—Espera, espera —dice mientras le extiende el papel—. Mira, mírala

bien, luego me dices.

Gabriel y Pedro voltean a verse con resignación antes de que el primero tome la hoja para ver la imagen. En ella están, de izquierda a derecha y con enormes sonrisas, Luis Márquez, Fernando Robles, Pedro Gutiérrez, Julián Fuentes y Gabriel Palafox.

Muy a su pesar, Pedro traga saliva.

—¿Y esto?

—¡Ah, verdad! Pues te digo, no es una coincidencia. Si luego dicen que estoy loco, si no estoy loco, locos.

—¿Y? —pregunta Gabriel—. Es una foto bastante normal, hemos estado en esto durante mucho tiempo. De seguro hay muchas fotos en las que salimos nosotros juntos, o en las que aparezcan Luis y Fernando con otras personas.

—¡Pero velos, velos! De izquierda a derecha, primero *el* Luis, luego *el* Fernando. ¿Cómo no lo ves?

Gabriel lo vio desde el inicio, por supuesto, pero se obliga a pensar que es una simple coincidencia.

—Es una casualidad, Julián, nada más que eso.

Pedro no dice nada. Tal vez no quiera admitirlo, pero la foto lo puso nervioso, sobre todo considerando que él es el siguiente en el orden.

—¡Qué casualidad va a ser, hombre! ¡No te ciegues, Gabriel! ¿No te acuerdas de esa foto? Nos la tomaron hace siete años, en una cobertura cuando vino el presidente de la República a inaugurar no me acuerdo qué cosa.

—Un nuevo centro deportivo para atletas de alto rendimiento —añade Pedro—. Sí, recuerdo que pidieron apoyo para tener presencia policíaca en ese sitio. Por eso estaba ahí y me acerqué a saludarlos, pero no me acuerdo de esa foto, ni sé quién la tomó.

El Estobos sonrío, se moja el labio nuevamente con la lengua y Gabriel y Pedro se dan cuenta de que, a pesar de su fama peculiar, tenía todo planeado hasta ese punto. Estaba esperando la pregunta y los condujo a ella como si fueran niños en un salón de clases.

—La foto nos la tomó Genaro Valenzuela, Gabriel, tu reportero policíaco. Solo cinco días antes de que desapareciera sin dejar rastro.

Nota de Prensa

Informativo En Línea | 23 de agosto de 2012 | Seguridad

Denuncia Canal 9 desaparición de reportero

- **Genaro Valenzuela fue visto por última ocasión el 21 de agosto**

Genaro Valenzuela Carranza, de 23 años, quien se desempeña como reportero de Canal 9, desapareció el pasado 21 de agosto y se teme que haya sido secuestrado, denunciaron su familia y directivos del citado medio de comunicación.

Gabriel Palafox, director de noticias de la televisora, indicó que la última vez que tuvieron comunicación con el periodista fue después de terminar su jornada laboral el pasado martes, día en que redactó y grabó sus notas con normalidad sin hacer mención de ninguna situación sospechosa, mucho menos una amenaza.

Palafox agregó que cuando no se presentó a trabajar el miércoles, pensaron que podría sentirse enfermo, pero al no reportarse ni responder las llamadas telefónicas que le hicieron, comenzaron a sospechar algo más.

Valenzuela es conocido en la ciudad y en el gremio periodístico por realizar reportajes que involucran al crimen organizado, por lo que se teme que su desaparición pueda estar relacionada con su trabajo.

Sus padres, Ramón Valenzuela y Concepción Carranza, acudieron este jueves a la Procuraduría de Justicia del Estado para reportar la desaparición de forma oficial y fueron recibidos directamente por el procurador Omar Casillas.

“Ya estamos investigando el caso, por supuesto. Las desapariciones forzadas se investigan de oficio, así que empezamos aún antes de que pusieran la denuncia. Quiero decirle a la familia de Genaro y a ustedes, sus compañeros y colegas, que no vamos a escatimar recursos para encontrarlo”, afirmó Casillas.

Los padres de Valenzuela, por su parte, hicieron un llamado a quien se haya llevado a su hijo a que lo regresen con vida.

“Solamente es un joven que estaba haciendo su trabajo, nunca le ha hecho

daño a nadie, por favor, por favor solo libérenlo, suéltelo y de parte de nosotros no habrá denuncia, ni nada. Solo lo queremos de regreso”, expresó la señora Carranza.

Valenzuela es muy apreciado entre los reporteros, sobre todo por quienes cubren la fuente policíaca y de seguridad pública, quienes a modo de protesta se manifestaron en la puerta principal de la Procuraduría de Justicia del Estado exigiendo su rápida localización.

Malos recuerdos

Viernes, 09 de agosto de 2019, 09:34 A.M.

La sola mención de Genaro en ese contexto le cae a Gabriel como un balde de agua fría. El joven reportero que empezó haciendo practicas profesionales en Canal 9, bajo la dirección de Palafox y en ese entonces coordinado por Robles, rápidamente se había ganado un puesto fijo al mostrar un olfato periodístico natural.

Gabriel no diría que Genaro se especializaba en temas de crimen organizado, pues los mismos protocolos de seguridad de la empresa impiden que alguien se dedique exclusivamente a eso, precisamente para evitar que se encuentre en riesgo, pero es innegable que cuando se trataba de un tema policíaco, era él quien levantaba la mano y quien usualmente, algunas veces de forma inexplicable, conseguía información en sitios que para el resto de sus colegas eran callejones sin salida.

En menos de un año se ganó no solo su lugar en el canal, sino el respeto en todo el gremio periodístico local, hasta que un día, el 21 de agosto del año 2012, desapareció.

O, mejor dicho, lo hicieron desaparecer.

La memoria de Gabriel se activa y recuerda perfectamente la fotografía. Fue tomada el 17 de agosto de ese año, durante la ya mencionada gira presidencial. Luis, Fernando, Pedro, Julián y él estaban recargados en una pared del centro deportivo a inaugurar, esperando la llegada del presidente cuando escucharon la voz de Genaro.

«¡Así los quería agarrar, cabrones! Recargados en la sombra, como jefes, mientras los que sí trabajamos sacamos la chamba para que ustedes se luzcan», había dicho el joven riendo mientras los fotografiaba con una pequeña cámara digital.

Los cinco habían reído mientras le respondían, en broma, que cuando

creciera se ganaría un lugar junto a ellos, pero de momento le tocaba quedarse en el sol; Genaro tenía veintitrés años y la idea de que iba a cambiar al país con investigaciones de alto impacto.

Cinco días después, el martes 21 de agosto, terminó su jornada laboral, se despidió de sus compañeros y no volvieron a saber de él. De eso han pasado casi siete años.

Hubo protestas del gremio, por supuesto. Manifestaciones, cartas, marchas, exigencias y promesas, muchas promesas de parte del Gobierno Federal y del Gobierno Estatal, pero la investigación se mantuvo —y se mantiene— estancada. Sin avances.

Con el transcurso de los meses y ante la falta de resultados —sea por ineficiencia o por desgano— por parte de las autoridades de procuración de justicia, fueron periodistas liderados por el mismo Palafox, quienes dieron a conocer que Genaro se encontraba investigando a Los Leñadores, un grupo criminal nacido en una región serrana que se caracterizaba por utilizar hachas para torturar y masacrar a sus rivales, de ahí el tétrico nombre de la organización.

Cuando los medios de comunicación nacionales retomaron la información dada a conocer por Canal 9 y otros medios locales, en el sentido de que Los Leñadores mantenían negocios con algunos empresarios líderes en el Estado, las autoridades estatales y federales no tuvieron más alternativa que intervenir y anunciar una investigación exhaustiva.

«Vamos a dismantelar a ese grupo criminal, vamos a terminar con sus actividades y vamos a hacer que ellos y sus cómplices, sean empresarios, políticos o quiénes sean, respondan por sus crímenes. También vamos a hacer todo lo que esté de nuestra parte para descubrir el paradero y rescatar, si aún se encuentra con vida, al periodista Genaro Valenzuela», había dicho en esa ocasión, con determinación y sin temblor en la voz, el entonces procurador de justicia del estado, Omar Casillas.

Y entonces, convenientemente, un grupo rival surgió de la nada y prácticamente aniquiló a Los Leñadores a principios de 2013. La investigación sobre el paradero de Genaro se enfrió y poco a poco los medios de comunicación se fueron olvidando del tema.

—Esa foto fue tomada apenas unos días antes de que... antes de que desapareciera —dice Gabriel, sin poder disimular que está sacudido por el recuerdo—, ¿cómo la conseguiste?

—La puso en su cuenta de *Facebook* al día siguiente, mira, ahí dice —

responde mientras le señala con el dedo la fecha de publicación que marca el 18 de agosto de 2012.

«Se ven medio arrastrados, pero son buenos en su *chamba* y sobre todo les he aprendido mucho. Gracias por ayudarme a mejorar», lee Gabriel en el texto que Genero colocó junto a la imagen.

Palafox no recuerda haber visto la fotografía en su momento. Tampoco es extraño considerando que en el año 2012 él todavía se resistía a formar parte de esa red social que él consideraba como pasajera, a pesar de que para ese entonces ya contaba con 33 millones de usuarios en México, algo así como el 25% de la población total del país.

«Es una moda que va a pasar, así como pasó *MySpace* y sabe cuántas otras», se decía, hasta que se resignó a sacar su cuenta personal, apenas en 2015.

Lo que le extraña es que el Estrobos, a quien siempre ha tildado de estar fuera de la realidad, haya sido más visionario, al menos en ese detalle.

—¿A poco ya usábamos el *Facebook* en el 2012? —pregunta Pedro, que parece estar leyendo la mente de su colega.

—Sí había, claro que había, nada más que ustedes no lo querían sacar, decían que era una moda, pero yo sabía que se iba a quedar y que además iba a servir para dar las noticias, yo sabía.

El hecho de que el Estrobos diga *para dar las noticias* y no *para comunicar*, le recuerda a Gabriel que su forma de expresarse es uno de los motivos por el que muchos periodistas, incluyéndolo, no lo tomen en serio. Inmediatamente después piensa que es un razonamiento bastante elitista de su parte, además de que no es importante en ese momento.

—¿Esa fue la última foto que puso?

—No, no la última. Luego puso unas de unos platos de comida y otra sentado con otros periodistas afuera de la Procuraduría y varias más. Publicaba mucho. Ponía varias cosas cada día.

«Tal vez por eso nunca reparé en ella», piensa Palafox. Si acaso la vi, no le di importancia.

—Entonces, ¿ya me creen? ¿Qué vamos a hacer?

Pedro abre la boca con intención de hablar, pero se queda en silencio. Al fin es Gabriel quién habla de nuevo.

—Es una coincidencia, Julián. Una coincidencia muy cabrona y muy macabra, pero coincidencia al fin. Una foto no tiene nada que ver con lo que pasó y no hay motivo para pensar que...

—No, no, no, no —interrumpe Fuentes—. Te ciegas, Gabriel. No puede ser coincidencia.

—¿Y cuál es tu teoría entonces? ¿Los Leñadores volvieron a la actividad y nos están matando por cosas que publicamos hace casi siete años y que a fin de cuentas no condujeron a nada?, ¿o es Genaro quien regresó de la tumba y nos matará de uno en uno porque de repente se le ocurrió que no hicimos lo suficiente para encontrarlo? ¡Ni siquiera sabíamos en ese momento qué era lo que estaba investigando!

Gabriel se detiene por un momento y nota que Pedro lo ve fijamente. En pocos días se cumplirán siete años desde la desaparición de su expupilo y esta es probablemente la primera vez que admite, al menos en voz alta, que seguramente está muerto desde hace mucho tiempo.

Aprieta los puños, respira profundamente y hace un esfuerzo por recuperar el temple.

—Mira —dice al fin en un mal intento de chiste para liberar la tensión—, no tienes nada de qué preocuparte. De todos modos, el tercero de izquierda derecha es Pedro, así que si nos atenemos a ese orden, tenemos tiempo. Si resulta que se muere de forma misteriosa en los próximos días, entonces sí nos ponemos a tomar precauciones.

—¿Y por qué no te vas mucho a la mierda, pinche simpático? —responde Rodríguez, a quien el comentario no parece hacerle ninguna gracia.

—Ya, tú también, cabrón, no empieces. No me digas que te estás tomando esto en serio.

Pedro no dice nada. Fuentes simplemente mueve la cabeza de un lado a otro mientras empieza palabras que no termina.

—¡Es una foto, cabrones! ¡Es ridículo! —afirma Gabriel mientras comienza a caminar hacia su auto, dejando a Pedro y a Julián junto a los periodistas que aún protestan frente a las puertas de la Procuraduría de Justicia.

Nota de Prensa

Informativo En Línea | 09 de agosto de 2019 | Seguridad

Rechaza Gobierno del Estado situación de alerta para periodistas

- **El procurador Néstor Barragán afirmó que los comunicadores pueden realizar su trabajo con tranquilidad**

Néstor Barragán, procurador de justicia del Estado, afirmó que no hay motivos de alerta para considerar que en la entidad se vive una situación de ataques sistemáticos a periodistas.

En una improvisada entrevista motivada por la manifestación de protesta que comunicadores realizaron por fuera de la Procuraduría, el funcionario repitió lo que había dicho horas antes sobre la muerte del periodista Fernando Robles.

“Lamentamos el homicidio de Fernando y les aseguro que estamos dedicando todos los recursos de los que disponemos para esclarecerlo, pero les aseguro que no hay motivos para pensar que su muerte fue derivada de su trabajo”, afirmó.

Barragán recordó que las corporaciones policíacas del Estado tienen la obligación de servir a todos los ciudadanos y pidió a los periodistas que, de sentirse amenazados, soliciten ayuda y serán atendidos de inmediato.

Pedro

Miércoles, 14 de agosto de 2019, 09:16 P.M.

Ya ni siquiera está seguro de cuál es la herida que le produce más dolor. Es como si la sensación viniera de todas las partes de su cuerpo, como si todo fuera una sola masa de carne viva, expuesta y punzante.

Intenta mover los brazos una vez más, solo para constatar, de nuevo, que los nudos están perfectamente bien hechos.

—Aún estás a tiempo de hacer lo correcto —dice haciendo un gran esfuerzo para hablar a través de la mordaza—. Puedes salir bien de esto, incluso podemos olvidarlo, ocultarlo. No tienes que continuar.

—Sí. Sí tengo.

La afirmación va acompañada de otro corte, esta vez en el interior del muslo derecho, muy cerca de la ingle, que lo hace retorcerse en agonía.

Su entrenamiento y su experiencia le dicen que ya no hay marcha atrás. No perdía nada con intentarlo, con apelar a su humanidad, pero no funcionó. Sabe que va a morir pronto y no tiene ninguna intención de irse rogando.

Después de todo, durante su vida Pedro Gutiérrez ha sido muchas cosas que la mayoría de la gente que lo conoce ignora: corrupto, traidor y mentiroso son solo algunas de ellas, pero si algo tiene perfectamente claro es que no se considera un cobarde.

Aunque en el fondo, lo es.

La sonrisa que inicia en sus labios pronto da paso a la risa.

—¿Qué es lo que te causa gracia? —pregunta su verdugo con evidente molestia en su voz mientras afloja la mordaza un poco, solo un poco para que pueda hablar, pero no lo suficiente para que pueda gritar, si es que pretende hacerlo.

—Tanto que nos burlamos de que el Estrobos está loco y resulta que al final, al menos en esta, resulta que tenía razón. No va a funcionar.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Ah, ¿no lo sabes? Hiciste un buen plan, admito que nunca lo vi venir, pero no consideraste que a veces se necesita a un loco para descubrir a otro. El Estrobos, ahí donde lo ves, descubrió lo que estás haciendo. No le creímos, claro, pero cuando me mates no va a quedar duda.

—Ay, Pedro, ¿de verdad crees que ese pobre tonto recordó la foto por sí solo?—pregunta mientras le aprieta la mordaza y toma el *cutter* de nuevo.

Tres en fila

Jueves, 15 de agosto de 2019, 02:41 P.M.

Gabriel mira su plato de comida sin mucho apetito. A pesar de las exigencias del trabajo periodístico, su posición le ha dado la oportunidad de tomar ciertos privilegios que algunos compañeros no tienen. Uno de ellos es la posibilidad de comer en su casa todos los días, con su esposa e hija, aunque después tenga que regresar a la redacción a preparar los noticieros de la tarde y revisar información para el del día siguiente; eso sí, todos los días inicia su jornada a las cinco de la mañana y la termina casi a las once de la noche.

Esta vez, a diferencia de todos los días, está distraído y prácticamente no ha dicho una palabra desde que se sentó a la mesa.

—¿Qué pasa, amor?, ¿te falta algo? —pregunta Lorena.

—No, no es eso —responde—. Es el maldito tema de Fernando. Se están haciendo pendejos, como toda la vida y no llegan a ningún lado con la investigación.

—Bueno, sé que era tu amigo, pero apenas ha pasado una semana. Ya sabes que estos casos pueden resolverse muy rápido o tardar mucho y a veces los responsables caen por pura suerte.

Gabriel sonríe. A pesar de todo, ha evitado mencionar a su esposa el tema de la fotografía. Primero, porque está convencido de que no tiene nada que ver con lo que está pasando y segundo, porque Lorena era amiga y compañera de generación de Genaro.

Al igual que el desafortunado reportero, Lorena Huerta había estudiado la Licenciatura en Periodismo en la Universidad del Estado, sin embargo, nunca ejerció en medios de comunicación. Al menos no en la calle.

En lugar de eso encontró una oportunidad, primero como maestra asistente y después como docente titular en la misma universidad de la que se habían graduado; ahora, además de dar clases dirige la estación de radio estudiantil.

Incluso se ha tomado el tiempo para acondicionar el sótano de la vieja casa que compraron cuando comenzaron a vivir juntos y convertirlo en un estudio de grabación.

Gabriel y Lorena se conocieron exactamente el 23 de agosto de 2012, mientras protestaban frente a la Procuraduría por la ya evidente desaparición de Genaro. Ella fue una de las personas entrevistadas por él y pudo notar que la pena que sentía era similar a la suya.

Al menos durante los primeros meses, familiares, amigos y colegas de Genaro protestaban en el mismo sitio el día 21 de cada mes. Lo que en un principio fueron saludos cordiales y palabras de aliento, pronto dio paso a sonrisas que auguraban algo más.

Aunque la química entre los dos fue evidente, Gabriel decidió que una relación entre un hombre de treinta y cinco años y una joven de veintitrés, sobre todo iniciada por una situación tan estresante y desafortunada como esa, no tendría mucho futuro, así que decidió no dar el siguiente paso.

Sin embargo, cuando la volvió a ver, cuatro años después mientras escogía una novela en una librería cercana a su trabajo, decidió invitarle un café; ella declinó y le pidió que mejor le invitara una cerveza.

Empezaron a vivir juntos apenas un año después de ese encuentro, cuando Lorena le dijo que estaba embarazada, y aunque por decisión de ella no tuvieron una boda religiosa, tenían un matrimonio mejor que los de muchas parejas que se dicen sí en el altar.

Jamás lo admitiría en voz alta, pero Gabriel se había preguntado en muchas ocasiones qué hubiera pasado si Genaro no hubiera desaparecido. ¿Acaso el destino existe y habría conocido al amor de su vida de otra manera?

En su interior, sabía perfectamente que no. La desaparición y segura muerte del joven reportero fue lo que hizo posible que él conociera a Lorena, se enamorara de ella y se convirtiera en padre de Lila, su mayor tesoro.

Había ocasiones en las que se preguntaba si merecía esa felicidad. Apenas unos meses atrás, mientras veía la película *Aladín* con su pequeña hija —aunque ella estaba más entretenida con una pelota con sonajas— se había preguntado qué decidiría si se encontrara a un genio en una lámpara mágica y éste le dijera que podía regresar en el tiempo y evitar la desaparición de Genaro, pero eso significaría nunca tener a Lorena, nunca ser padre de Lila. ¿Lo haría? ¿Sacrificaría su felicidad para salvar su vida?

Aunque era una pregunta infantil, de fantasía, formulada por él mismo y dentro de su propia mente, darse cuenta de que la respuesta tendía hacia el

«no», lo había hecho sentir mal.

No se lo había dicho a nadie, ni siquiera a su esposa, pero no podía evitar pensar en Genaro de vez en cuándo al verla a ella, al reconocer, de nuevo, que la había conocido porque él había muerto. En su mente, solo deseaba que sus captores lo hubieran asesinado rápido, sin someterlo a torturas.

Aunque, por supuesto, sospechaba que no había ocurrido así. No con la sanguinaria reputación del grupo criminal que supuestamente se lo llevó.

La mano de su esposa moviéndose de un lado a otro frente a él lo devuelve a la realidad.

—Oye, perdido. ¿A dónde te fuiste?

—Disculpa, creo que me quedé pensando en el tema. ¿Me preguntaste otra cosa?

—Sí —responde ella—, te preguntaba si hay algo más sobre el supuesto móvil del crimen. ¿Insisten en que fue un tema pasional o están explorando otras líneas de investigación?

—Insisten. Todos dan por hecho que lo mató un marido engañado o algún novio celoso. Incluso una mujer despechada.

Cuando Barragán vio que Palafox no le seguiría su juego con su versión de los hechos, decidió compartir la supuesta información privilegiada con un puñado de articulistas, algunos descaradamente pagados por el Gobierno, cuyas opiniones giraban de un lado a otro como una veleta. Eso, claro, si las veletas fueran impulsadas por dinero y no por el viento.

Esa era otra de las cosas que lo molestaban. Todavía no había pasado ni una semana del homicidio y algunos de esos periodistas, incluso los que se decían amigos de Fernando, ya descartaban cualquier otra posibilidad. Si bien podían ser relativamente prudentes en lo que publicaban, en corto decían que lo que había pasado era lamentable pero que él se lo había buscado por su afición a tener aventuras con mujeres casadas.

—Fernando me caía bien, tú lo sabes —dice Lorena y Gabriel sonrío, pues sabe que miente por cortesía—, pero hay que admitir que eso puede tener sentido. El tipo era un mujeriego y lo sabes. Una vez trató de coquetear conmigo, dentro de la casa y tú estabas justo afuera, ¿recuerdas?

—Por supuesto que lo recuerdo, y cuando lo pusiste en su lugar se fue como perro con la cola entre las patas. Después hablé con él y se disculpó, echándole cómo siempre la culpa al alcohol.

—Pues eso es lo que te digo, amor. Sé que lo apreciabas y que tenían historia juntos, pero no hay que descartar esa teoría.

—Estoy de acuerdo en no descartarla. En lo que no estoy de acuerdo es en que se de por hecho. Somos periodistas, trabajamos con hechos, con datos duros y no dando por verdad lo que nos diga un funcionario público que evidentemente no quiere un escándalo que afecte su posición.

Lorena asiente. Tampoco es su intención tener una discusión. Después de todo, con todos sus defectos, Fernando era amigo de su marido y lo sabe. El golpe de una cuchara de plástico en la mesa les dice a ambos que la pequeña Lila terminó su plato de comida y convierte la tensión en risas.

—¿Te lo acabaste? —pregunta Gabriel imitando una voz infantil—. ¡Te vas a poner muy grande y más bella!

—¿Quieres más? —pregunta Lorena a su vez. Lila, por respuesta, extiende los brazos para exigir que la saque de la silla alta.

Gabriel sonríe y está a punto de decir algo, cuando siente el teléfono celular vibrando en su bolsillo.

Lo saca y su cara cambia al ver el nombre que aparece en la pantalla: Julián Fuentes. El cambio en su rostro no pasa desapercibido para Lorena.

—¿Algo malo?

—El necio de Julián Fuentes.

—¿El Estrobos?

—Sabes que no le digo así. Está un poco mal de la cabeza y cree que todo es una conspiración, pero prefiero llamarle por su nombre.

Observa a su esposa un par de segundos antes de soltarse riendo.

—Sí, pues, es El Estrobos.

—¿No vas a contestar? —pregunta mientras ríe también.

—No. Está aferrado con una teoría ridícula y no tengo intención de escucharlo.

El tono de llamada termina sin que conteste el teléfono, solo para empezar de nuevo pocos segundos después. Gabriel lo ignora de nuevo y devuelve la atención a su plato.

Cuando el teléfono suena por tercera ocasión, Palafox se levanta de la silla y lo contesta, molesto.

—¿Qué demonios quieres, Julián? No estoy de humor para seguir con tus teorías.

—Perdón, jefe —titubea la voz al otro lado de la línea—. Soy Ramiro.

—Disculpa, Ramiro —dice Gabriel, apenado al reconocer la voz de uno de los reporteros del noticiero—, es que estaba un cabrón de necio y me tiene harto. Perdón, de verdad.

—No, yo... no se preocupe —contesta titubeante.

—¿Qué pasa? —pregunta, consciente de que solo lo molestarían en su hora de comida por una noticia fuera de lo ordinario.

—Es... acaban de avisar que... encontraron al comandante Pedro Rodríguez en su casa. Muerto. Parece que lo torturaron.

Nota de Prensa

Informativo En Línea | 15 de agosto de 2019 | Seguridad | Última Hora

Encuentran muerto a comandante de la Policía Investigadora

- **El cadáver fue encontrado dentro de su domicilio**

Pedro Rodríguez Bracamontes, comandante de la Unidad de Asalto y Robo de Vehículos de la Policía Investigadora, fue encontrado sin vida hace unos minutos dentro de su domicilio en la colonia Hojas Blancas.

Hasta el momento no se ha difundido información oficial, pero trascendió que el agente fue asesinado e incluso, policías que pidieron mantener el anonimato, hablan de que fue torturado.

La Policía Investigadora mantiene un cerco de seguridad por fuera del domicilio y un fuerte operativo policíaco por los alrededores, aunque se presume que el asesinato no ocurrió en las últimas horas.

Antes de integrarse a la Policía Investigadora, Rodríguez fue reportero *freelance*, especializado en noticias policíacas.

Seguiremos informando...

Una mala muerte

Jueves, 15 de agosto de 2019, 03:02 P.M.

Gabriel no está seguro de cuánto tiempo tardó en llegar a la casa de Pedro, básicamente es como si hubiera conducido en piloto automático.

Se estaciona a poco más de dos calles y media de distancia, en parte por el cerco policíaco y en parte porque las unidades de Policía ocupan todos los lugares. Reconoce de inmediato la lujosa y perfectamente blindada camioneta Dodge Durango del procurador Barragán.

Llega hasta donde se lo permiten las cintas amarillas con advertencia de no cruzar; esta vez no hay invitación a acercarse más.

Los reporteros policíacos, tan acostumbrados a ver personas muertas y hasta bromear en la escena de un homicidio, hoy están callados.

No hay bromas, ocurrencias ni ganas de hacerlas. Hasta los más inexpertos pueden empezar a reconocer que lo que está pasando es fuera de lo normal.

Por sus caras serias cualquiera podría pensar que son ellos los deudos, y en cierta forma lo son. Los periodistas pueden tener diferencias entre sí, algunas veces pequeñas, otras prácticamente insalvables, pero una de las reglas no escritas, al menos entre los que sí han cubierto esa fuente informativa, es que, si eres o alguna vez fuiste un reportero policíaco, eres familia.

Y cuando alguien de la familia es torturado y asesinado, no hay motivos para reír.

—¿Qué has sabido? —pregunta acercándose a Ramiro, el reportero que le llamó por teléfono.

El joven periodista carraspea un poco antes de sacar su pequeña libreta de la bolsa trasera del pantalón. La abre y busca la página en la que ha hecho anotaciones con una caligrafía tan mala que nadie más que él podría saber qué es lo que dice.

—Bueno, lo primero es que ayer era su día libre, pero hoy sí tenía trabajo. Cuando no llegó, lo empezaron a buscar.

—Le llamaron por radio y después por teléfono, supongo.

—Sí, pero no contestó. Se les empezó a hacer raro, pero igual decidieron esperar un poco más. Cuando dieron las doce de mediodía y él seguía sin reportarse, fue cuando enviaron a buscarlo.

—¿Quién lo encontró?

—Uno de sus compañeros de unidad. Aparentemente tienen en un cajón copia de las llaves de las casas de todos los del equipo, para casos de emergencia. Es una buena idea, deberíamos implementarla en el canal.

La mirada de Gabriel le dice que no es el momento. Lo que quiere saber son los detalles del homicidio.

—Eh, sí, como decía, lo poco que hemos sabido es que el agente que vino a buscarlo entró a la casa sin problemas y que todo parecía normal. Sin olor a putrefacción, ni nada que lo alertara.

—Un cadáver empieza a descomponerse en el mismo momento de la muerte, pero el característico olor a putrefacto no se detecta hasta después de las primeras 36 o incluso 48 horas —apunta Gabriel.

—Oh, no lo sabía —responde Ramiro, un poco apenado.

—Continúa, por favor.

—El agente dijo que todo se veía normal. En la mesa de la sala había una botella de *whiskey* abierta, sin vasos. La televisión estaba encendida con muy bajo volumen. Entonces entró a la habitación principal.

Ramiro duda, Gabriel lo observa invitándolo a seguir hablando.

—La víctima... el comandante Rodríguez estaba desnudo en la cama, amarrado de pies y manos, amordazado y...

—¿Y qué, Ramiro? Habla, que no soy un novato. Llevo haciendo esto incluso desde antes que aprendieras a limpiarte la nariz.

—Parece que se tomaron su tiempo. Tenía cortes de cuchillo en muchas partes, pero muchas. Algunas de las heridas, sobre todo en los dedos de las manos y de los pies eran tan profundas que casi se los cercenan, las orejas estaban destrozadas, sus... sus partes nobles también, con cortes. Definitivamente tuvo una mala muerte.

Gabriel aprieta la quijada mientras trata de mantener la compostura. Escucha a su joven colaborador, pero no puede dejar de pensar en la fotografía. De pronto el Estobos no parece tan loco.

«Tres de cinco, pero ¿por qué demonios? ¿Alguien nos culpa de su

desaparición, o alguien cree que sabemos algo más?».

—¿Cómo sabes todos esos detalles? —pregunta a Ramiro, consciente de que no hay forma de el procurador esté dispuesto a dar tanta información, a menos de que vaya a obtener algo a cambio.

—El agente dio aviso a la Procuraduría, tenía que hacerlo, pero aparentemente ni él confía en Barragán. Les pasó la información a sus compañeros de unidad de la forma más detallada posible y ellos nos han estado dando los detalles poco a poco. Hizo bien, porque a él se lo llevaron a rendir su declaración y los mismos policías dicen que lo van a tener horas, tal incluso hasta mañana. También nos han dicho que seamos prudentes por el momento, pero que quieren que lo sepamos todo, por si sus jefes quieren ocultarlo.

«Que los mismos policías pierdan la confianza en sus superiores es muestra de que la cosa está realmente jodida», piensa, pero se lo guarda para él.

—Entonces puede ser como el maldito teléfono descompuesto, Ramiro, y puede que la información no esté completa o no sea correcta.

—Bueno, es probable, pero creo que eso al menos va a obligar al procurador a que no trate de ocultar los hechos, ¿no?

—Chicos listos —reconoce Gabriel.

—Además de eso, no tenemos más información. Barragán y sus guardaespaldas entraron a la casa y no han vuelto a salir. Los que están fuera ahora dicen que no están autorizados a decir una sola palabra.

Con un solo vistazo a su alrededor, Gabriel puede notar que los agentes de Policía que vigilan que nadie cruce el cerco policíaco están nerviosos, quizás, incluso, asustados. No es para menos. El pasado de Rodríguez como periodista ya hace que sea imposible no relacionarlo con los homicidios de Márquez y Robles, por más que digan que son hechos aislados, pero si un loco asesinando periodistas no les preocupaba, que incluya a policías en su lista de víctimas sí que puede asustarlos.

Aunque Gabriel sabe que, si el Estrobos tiene razón, no es ningún policía quien debe de estar mortificado.

Y precisamente mientras piensa en él, ve a Julián Fuentes quieto, muy quieto, recargado junto a un vehículo. Es curioso verlo así, sobre todo cuando regularmente parece un mono de cuerda moviéndose de un lado a otro, pasando de molestar a una persona, a otra.

Gabriel se acerca con paso decidido. Habla con voz firme, pero

asegurándose de que nadie más pueda escucharlo.

—Tenemos que hablar, Julián.

El veterano reportero traga saliva mientras mira de un lugar a otro. Sus ojos se ven más abiertos que lo normal.

—¿Ahora sí me crees?, ¿ahora sí crees lo que les dije?

—Pienso que es una posibilidad.

El Estobos levanta la voz mientras su rostro se transforma.

—¿Posibilidad?! ¿Cómo posibilidad, Gabriel?!

—Baja la voz, Julián.

—Es más que una posibilidad —dice Fuentes en tono más bajo, casi susurrando—, es evidente. Pedro era el tercero de izquierda a derecha. Sigo yo, y al final vas tú. ¿Eso quieres?

—¿Me estás amenazando? Porque igual y tú podrías ser mi primer sospechoso.

Fuentes resopla y se lleva las manos a la cara, dando a entender a su colega que está tranquilo.

—Bien, hablemos de esto —dice Gabriel—, me queda claro que hay una relación, y por supuesto estoy tan nervioso y asustado como tú, pero es que simplemente no tiene sentido.

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

—Sí, estamos los cinco en la foto. Sí, los tres primeros de izquierda a derecha murieron en ese orden, pero ¿por qué, Julián? Eso es lo que no tiene sentido. ¿Por qué nosotros y por qué después de tanto tiempo?

Fuentes se relame los labios antes de hablar. Es claro que tiene teorías, pero no siquiera él se ha atrevido a decirlas en voz alta. Al fin, se ánima a hablar, aunque lo hace mirando al suelo.

—¿Y si es él?

—¿Él?

—Ya lo dijiste tú mismo cuando te enseñé la foto. ¿Y si es Genaro? ¿Qué tal si no lo mataron?, ¿qué tal si lo tuvieron prisionero todos estos años, torturándolo y al fin escapó?

Gabriel se reiría ante la ocurrencia, si no fuera porque la situación no es para nada graciosa.

—Dime, Julián, ¿acaso tuviste algo que ver con la desaparición de Genaro hace siete años?

Fuentes tartamudea mientras responde.

—Pe-pe-pero. Por supuesto que no, claro que no.

—Yo tampoco. Entonces no tiene absolutamente ningún sentido que Genaro Valenzuela, si estuviera vivo, buscara lo que parece ser una venganza en contra de nosotros, los que éramos sus colegas y amigos. A menos que sepas algo que no me estés diciendo.

—Yo... yo no. Solo decía que es una posibilidad. Es una teoría, nada más.

—Una teoría que no tiene sentido, Julián. Genaro está muerto. Puede que no tengamos pruebas, pero tampoco hay dudas.

El Estrobo se lleva las manos a la cara.

—Pero eso no quiere decir que tu idea, en general, sea del todo incorrecta, Julián.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si esa fue una de las últimas fotos que Genaro puso en su perfil de *Facebook*, y además es la última en la que aparecen periodistas, con un mensaje diciendo que nos admiraba y que aprendió mucho de nosotros, es posible que alguna persona cercana a él, tal vez producto de la desesperación de no saber nada de su paradero, haya decidido culparnos.

—¿Se lo decimos al procurador? —pregunta mientras se le ilumina el rostro con algo parecido a un destello de esperanza—. Podemos pedirle protección, pedirle que nos ayude.

Gabriel lo piensa por un momento, pero solo por un momento. Por una parte, parece claro que sus tres amigos fueron asesinados por la misma persona y ahora va por ellos dos, lo que hace que dar aviso a las autoridades suene lógico. Cualquier persona cuerda lo haría.

Al menos si estuvieran en cualquier país en el que sus responsables de seguridad se preocuparan más por proteger a sus ciudadanos que por cuidar las apariencias.

No tiene dudas de que el procurador es una persona sin escrúpulos que lleva meses presumiendo que la seguridad en la entidad ha mejorado de forma dramática gracias a las medidas implementadas por él y por el gobernador. Lo cree, además, capaz de hacer lo que sea para sostener el discurso oficial.

—Barragán hará todo lo posible por mantener su postura de que estos son casos aislados, incluso con la muerte de Pedro. Si se lo decimos, no solamente no nos ayudará, sino que puede hacer desaparecer esa foto y cualquier evidencia. A ningún fiscal estatal le gusta que se haga público que en su estado hay un asesino en serie, si se le puede llamar así, mucho menos si ese asesino está matando periodistas y policías. A eso súmale que su jefe tiene aspiraciones presidenciales. No, Barragán no nos va a ayudar.

—¿Y entonces?

Gabriel respira profundamente antes de responder. Sabe a dónde tienen que ir, pero no le gusta nada. Primero, porque hace años que no los visita, y segundo, porque ellos podrían ser los principales sospechosos y, si son culpables, prácticamente se les estarían entregando en bandeja de plata.

—Tenemos que ir a ver a la familia de Genaro.

Ramón

Jueves, 15 de agosto de 2019, 03:56 P.M

Los padres de Genaro Valenzuela viven en un fraccionamiento semirural localizado apenas por fuera de la ciudad. Nunca tuvieron una posición económica privilegiada, pero les iba bien.

Al menos antes de que su hijo desapareciera sin dejar rastro y ellos, naturalmente, dejaran sus ocupaciones de lado para buscarlo.

Ramón Valenzuela tenía un pequeño negocio, un taller de servicio automotriz. Nada del otro mundo, pero sí suficiente para pagar las cuentas e incluso dar empleo a dos mecánicos y a una asistente; su esposa, Concepción Carranza, trabajaba como recepcionista y cajera en un taller de refrigeración y aires acondicionados para hogar.

El empleador de Concepción fue comprensivo, al principio. Después de todo, no podía culparla por faltar de vez en cuando mientras marchaba, protestaba o simplemente buscaba pistas de su hijo. La empatía, sin embargo, no fue suficiente cuando empezó a faltar cada vez más y más. Al final de cuentas estaba contratada para realizar un trabajo que había dejado de hacer. Fue despedida siete meses después de la desaparición de Genaro, pero a ella no le importó, eso significó que tenía más tiempo para buscar.

Ramón, por su parte, fue descuidando el negocio familiar. Al principio se mantuvo a flote por sus empleados, pero pronto fue evidente que ellos no eran capaces de sacarlo adelante. El taller cerró definitivamente apenas tres meses después de que Concepción se quedara sin empleo.

Para sorpresa de todos, y considerando que Genaro estaba en calidad de desaparecido, no de muerto, Canal 9 hizo un esfuerzo y continuó pagando a sus padres, mes con mes, el sueldo del reportero.

Por temas legales no se podía hacer un depósito bancario, sino que se extendía un cheque *al portador*; al principio era el mismo Gabriel quien

visitaba a los padres de Genaro cada fin de mes para entregárselos y aprovechaban para hablar sobre los nulos avances en las investigaciones o simplemente escuchar historias de la juventud del desafortunado joven.

Después, dejó de ir.

El tiempo en que cesó de visitarlos coincidió con el inicio de su relación con Lorena. Aunque era otra cosa que tampoco admitía, la razón era muy simple: no podía verlos a los ojos mientras se sentía culpable por ser feliz con una mujer a la que posiblemente no hubiera conocido si Genaro aún estuviera con ellos.

Y ahora, después de casi tres años sin visitarlos, está ahí, junto a Julián Fuentes, por fuera de una casa que da la impresión de estar abandonada, sin saber cómo reaccionarán ante su súbita presencia, si aceptarán hablar con ellos o los van a correr a gritos cuando se den cuenta de que no fueron precisamente porque estén intentando encontrar a Genaro, sino porque buscan información que les ayude a salvar sus propias vidas.

Eso, claro, sin pensar que hay otra opción que podría ser peor. No se imagina a Ramón y a Concepción como asesinos, simplemente no los ve con la sangre fría para balear a uno, apuñalar a otro y... hacer todo lo que le hicieron a Pedro, pero entiende que la desesperación de sentirse abandonados en su búsqueda podría haber causado estragos en su mente.

«Bueno, al mal paso, darle prisa», piensa Gabriel mientras se encamina hacia la entrada principal, preguntándose si más tarde podrá salir sin mayores problemas.

La puerta se abre incluso antes de que llegue a tocar y Gabriel se encuentra con la mirada a la vez triste y dura de Ramón Valenzuela.

—Hola, señor Valenzuela —es lo único que se le ocurre decir.

Ramón se da la media vuelta y camina hacia el interior de la casa, hacia la sala, dejando la puerta abierta; Gabriel lo toma como una invitación para entrar. Lo hace.

Lo primero que nota es que la casa huele mal, como si hubiera algo podrido. Gabriel es lo suficientemente prudente para no hacer algún comentario de eso y espera que Julián también lo sea.

Lo segundo que llama su atención es el enorme pizarrón de corcho de color café que está colocado en la pared, justo en donde años antes, la última vez que los visitó, estaba un cuadro con la pintura de un paisaje de ríos y montañas; en el corcho hay múltiples recortes de periódico en los que se menciona la desaparición de Genaro, hojas de papel con nombres tachados y

algunas fotografías.

Entre ellas, en una esquina, está la imagen en donde aparecen ellos dos y sus tres colegas asesinados.

Gabriel siente que las paredes de la sala se cierran hacia él, pero guarda la compostura. Con la mirada, le ordena a Julián que se mantenga en silencio, previendo que también ha visto la imagen.

—¿Qué quieres? —pregunta secamente Ramón mientras se sienta en un desvencijado sillón.

—Primero que nada, disculparme —contesta Gabriel, realmente apenado—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vine.

—Casi tres años.

—Casi tres años, asiente. Lo siento mucho. Ni siquiera sé por qué dejé de venir —miente—, supongo que una cosa llevó a la otra, el trabajo, las responsabilidades, luego me dio pena que pasara tan tiempo y... fue como una bola de nieve de la que simplemente no pude escapar.

Ramón no contesta absolutamente nada. Hay algo en su mirada que Gabriel no es capaz de identificar.

—¿Ustedes están bien?, considerando las circunstancias, claro.

—No era tu hijo, era el mío —dice Ramón secamente, ignorando la pregunta sin dejar de verlo a los ojos—. Entiendo perfectamente que has seguido adelante con tu vida. Tú sí podías hacerlo.

—Lo siento, de verdad.

—Ya dijiste eso, lo que no has dicho es qué quieres, ¿por qué venir de pronto, después de tanto tiempo?

—Yo... —titubea—. Me preguntaba si habían sabido algo más. Hace tiempo que no sabemos si hay avances en las investigaciones.

—¿Algo más? —pregunta Ramón con un tono que va de la tristeza a la rabia—. No, Gabriel, hace mucho que no sabemos *algo más*. Nos queda claro que las autoridades también nos abandonaron.

El uso de la palabra *también* no le pasa desapercibido. Gabriel siente una pesada loza de vergüenza sobre la espalda.

—¿Quieren un vaso de agua? —pregunta Ramón mientras se levanta y camina hacia la cocina—. Yo voy a servirme un vaso de agua.

Lo primero que pasa por su cabeza es que, si él es el asesino, ofrecerle un vaso de agua sería una oportunidad perfecta para envenenarlos o cuando menos anestesiarlos. Por otra parte, si quiere sacar información, necesita ser lo más cortés posible y no hacer algo que se interprete como una acusación.

—Sí, se lo agradezco —contesta mientras Julián, que se ha mantenido en silencio, apunta con los ojos hacia el pizarrón de corcho.

—Todo el pizarrón está lleno de cosas que tienen que ver con Genaro, ¿por qué está esa foto?, ¿porque cree que fue nuestra culpa! ¡Es él! —dice Julián en voz baja en cuanto Ramón escapa de su campo visual.

—Déjame hablar a mí —ordena tajante.

Ramón regresa con dos vasos de agua, ofreciendo uno a cada uno. A Gabriel no se le escapa que él no tiene uno para sí mismo en la mano. Lo toma y siente algo de alivio al observar al anfitrión regresar a la cocina por el suyo.

Espera a que regrese y se siente antes de levantarse de su lugar. Camina hacia el pizarrón y apunta con el dedo a la imagen en donde salen él, Fuentes y sus tres colegas asesinados.

—Genaro no está en esta fotografía —dice—, ¿puedo saber qué significa para ustedes?

Ramón se incorpora lentamente y se acerca a él y al pizarrón. Ve la imagen extrañado antes de responder.

—Esto es extraño. No recuerdo haber visto esta foto antes.

—¿Está seguro? Es muy importante que me...

La mirada dura y los labios apretados de Ramón le dicen a Gabriel que dudar de su palabra o cuestionarlo sin siquiera darle una explicación, no es precisamente una buena idea.

—Lo que quiero decir, señor Valenzuela, es que esta foto es importante para mí, para nosotros. ¿No tiene idea de cómo llegó aquí?

—Todas las cosas que están ahí las colocó mi esposa cuando... cuando todos nos abandonaron. Todos los días se pasaba horas mirando, analizando, tratando de encontrar alguna pista, hasta que ya no pudo.

—¿Ya no pudo? —pregunta Gabriel, y en ese momento se da cuenta de que la madre de Genaro no ha aparecido—. ¿Cómo está su esposa, Ramón?

Ramón lo mira fijamente y Gabriel cree ver una muestra de molestia mezclada con incredulidad.

—De verdad no lo sabes, ¿eh? Vaya, en serio que sí te olvidaste completamente de nosotros.

—No entiendo, yo, lo siento...

—Ya lo dijiste, varias veces. ¿Sabes?, cuando Canal 9 dejó de apoyarnos con el sueldo de Genaro lo entendimos, lo que no pensamos es que tú también nos darías la espalda.

—¿¡Qué!?! —exclama Gabriel—. ¿Cómo que dejaron de apoyarlos?

Ramón lo escudriña con la mirada antes de continuar.

—¿Eso tampoco lo sabías? Pensamos que por eso habías dejado de venir en primer lugar, porque te daba vergüenza vernos. Concepción y yo pensábamos decirte que sabíamos que lo del dinero no era tu culpa, que así son los empresarios, pero nunca regresaste.

—Ramón, tiene que creerme. A mí no me avisaron que dejarían de enviarles ese pago. Yo pensé que aún... ni siquiera sé... ¿Hace mucho de eso?

—Solo un par de meses después de que dejaste de venir.

Gabriel siente un golpe de rabia al entender que cuando los directivos del canal se enteraron de que ya no era él quien recogía y entregaba el cheque cada mes, vieron la oportunidad perfecta de ahorrarse ese dinero.

—Ramón, yo...

—Déjalo, ¿sí? —interrumpe—. Nos la hemos arreglado como hemos podido. Eso es lo que menos me importa.

—Pero no es correcto. Ramón, veré eso con el canal, se lo prometo.

El padre de familia no dice nada, solo asiente moviendo la cabeza de arriba a abajo.

—Ramón, necesito saber si fue su esposa la que trajo esta foto y por qué, ¿puedo hablar con ella?

—Puedes intentarlo —responde—, si te contesta, sería la primera buena noticia en muchos años.

—No entiendo.

—Concepción lleva más de un año en estado catatónico.

El silencio en la sala se vuelve pesado, muy pesado. Gabriel siente un enorme nudo en la garganta y nota en los ojos de Ramón que ni siquiera es capaz de llorar. Piensa que tal vez nunca vuelva a hacerlo.

—Ramón, yo...

—Si me dices que lo sientes una vez más, voy a pedirte que te largues de mi casa, Gabriel.

El periodista desvía la mirada. Esta tentado en poner una mano sobre el hombro de su interlocutor, hacerle saber que está con él, pero no sabe cómo podría reaccionar. Al final, decide que no puede irse sin más información y que es hora de jugarse el todo por el todo.

—Ramón —se decide Gabriel a decir—, me entristece mucho todo lo que ha pasado, de verdad, y voy a hacer todo lo que esté de mi parte para corregir mis fallas, pero hoy vengo por otra cosa. Probablemente no ha estado pendiente de las noticias. Los cinco que estamos en esta foto conocíamos a

Genaro.

—¿Conocían? —reclama—. ¿Ahora lo estás dando por muerto? Para mí no estará muerto hasta que tengamos la certeza.

—No me refiero a eso, no lo dije por eso, no por él. Dije *conocíamos* porque tres de las personas en la foto, los primeros tres, fueron asesinados en las últimas semanas.

Ramón se queda en silencio unos segundos, pensando en las implicaciones de lo que acaba de escuchar, el periodista cree notar algo parecido a un gesto de preocupación en su mirada.

—No entiendo —dice al fin—, ¿crees que está relacionado con esta foto? ¿Qué tiene que ver esto con mi hijo?

—Esta foto fue tomada por Genaro tan solo unos días antes de su desaparición. La puso en su cuenta de *Facebook* diciendo que éramos algo así como sus mentores y ejemplos a seguir.

—Estás diciendo que...

—Estoy diciendo que es probable que quien haya matado a nuestros tres amigos y posiblemente vaya por nosotros dos, puede creer, de alguna manera, que nosotros tenemos parte de culpa por lo que le pasó a Genaro.

Ramón desvía la mirada hacia el pizarrón de corcho, lo mira con atención, como buscando algo y después observa nuevamente a Gabriel.

—¿Y la tienen?

La pregunta lo hace titubear.

—¿Qué es lo que creen, Gabriel? ¿Qué soy yo el que los está matando? ¿O mi esposa, que ni siquiera puede ir al baño sola? ¿Creen que de pronto, después de siete años, decidimos que como no podemos recuperar a nuestro hijo, vamos a matar a los que trabajaron con él?

De nuevo, Gabriel se queda en silencio.

—Ya no salgo de mi casa. Me paso los días cuidando a Concepción. Si quieres que te diga que tengo testigos de que me quedo aquí, te adelanto que no los tengo, nada de testigos, nada de coartada, como dicen en las películas. Casi siempre estamos solamente ella y yo.

—¿Casi siempre?

La mirada de Ramón parece oscurecerse aún más.

—Nuestra hija, Gema, dejó de vivir con nosotros. A pesar de que está estudiando aquí mismo, en la ciudad, se fue a vivir sola. No lo dice, pero es claro que no puede soportar la casa. Quería mucho a su hermano y todo le recuerda a él. Solo viene de vez en cuando. Muchos menos de lo que

quisiéramos, mucho menos de lo que debería.

—Lamento escuchar eso, Ramón, La última vez que la vi estaba en preparatoria. Decía que quería estudiar Diseño Gráfico, ¿verdad?

—Decía, pero al final se decidió por Criminología. Está en su quinto semestre y dice que al menos en lo que ella pueda, en lo poco que pueda hacer, tiene que ayudar a que estas cosas no vuelvan a pasar. A que ninguna madre pase por lo que pasó la suya.

Gabriel traga saliva pensando que el estudio de la Criminología debe de dar le a una persona acceso a muchas ideas de cómo llevar a cabo un homicidio y salirse con la suya.

—¿Es posible que ella haya traído la foto? —pregunta Julián, que se había mantenido en silencio. Gabriel lo fulmina con la mirada.

—¿Qué?, ¿ahora también ella es sospechosa? ¿Mi niña de 20 años es una asesina despiadada?

—No, Ramón, no se trata de eso. Solo queremos saber qué está pasando —interviene Gabriel—. Tal vez ella ha escuchado algo.

El hombre está calmado, pero se muestra incomodo. Es claro que ya no quiere seguir con la conversación.

—Podría haberla traído ella, sí, también podría haberla traído Magda. Nos visita de vez en cuando.

—¿Magda Cruz?

Ramon asiente.

—¿Quién es Magda Cruz? —pregunta Julián.

—Magda Cruz era la novia de Genaro —responde Gabriel—. Cuando desapareció, nos culpó directamente al canal y especialmente a mí por permitir la investigación de temas criminales.

—Y por la manera en la que habla de ti y de los periodistas en general cuando viene —añade Ramón—, nunca dejó de culparlos.

Nueva información

Jueves, 15 de agosto de 2019, 04:35 P.M.

Julián no ha parado de hablar desde que se subieron al vehículo; Gabriel, sin embargo, no ha escuchado una sola palabra de lo que ha dicho. Prácticamente es como si escuchara ruido sin ningún sentido.

—¿Entonces? ¿Gabriel? ¿Me estás oyendo?

—No.

—¡Pues despierta, chingado! Te estoy preguntando si le crees al pinche viejo, si crees que no tiene nada que ver.

—No le digas así.

—A don Ramón, pues. O al señor Valenzuela, como quieras llamarle. ¿Le crees?

El periodista lo piensa unos segundos antes de responder.

—Sí. Sí le creo. Conozco a Ramón Valenzuela y no es un asesino.

—Pues a lo mejor no lo era antes —revira Julián—, pero quién sabe qué puede haber cambiado en su mente después de tantos años sin saber de su hijo, escuchando historias de lo que pudieron haberle hecho, sintiendo que todos le dieron la espalda.

Al escuchar la última frase, Gabriel aprieta el volante con ambas manos. No puede evitar pensar que esa frase fue especialmente para él.

—Lo siento —dice Julián en un momento de prudencia poco usual en él—, no debí decir eso.

—Su mujer está catatónica, Julián. Él no hace más que cuidarla. ¿Cuándo tendría tiempo para hacer un plan maestro que le permitiera matar a cinc... a tres personas sin que lo descubrieran?

—¡Él dice que su mujer está catatónica! ¡Ni siquiera nos dejó verla! ¿Cómo sabes que la señora no es cómplice? En un descuido estaba espiando la conversación desde su cuarto o desde el pasillo con una pistola, lista para

matarnos si veía que descubríamos algo.

—¿Y entonces por qué no lo hizo? —pregunta Gabriel—. Piénsalo, usa la pinche cabeza. Fuimos a su casa, solos, sin avisar a nadie. Si Ramón fuera el asesino, la mejor manera de completar el trabajo era no dejarnos salir en primer lugar.

—Puede que lo haya hecho para despistarnos, para que nos confiáramos. Tal vez tenga algo preparado, algo especial. Algo como la tortura a Pedro. ¿Supiste bien todo lo que le hicieron?

Muy a su pesar y aunque no lo dice en voz alta, Gabriel reconoce para sí mismo que también pensó en esa posibilidad.

—No —dice al fin—. Ha sufrido mucho, pero no lo veo como un asesino. No me lo creo.

—Entonces estamos dónde empezamos.

—No necesariamente. Ramón dice que no reciben visitas. Fue muy enfático al decir que todos se olvidaron de ellos.

—¿Y eso qué?

—Si no reciben visitas, entonces solo hay dos personas que pudieron llevar esa foto y tenemos que descubrir quién fue. La hermana de Genaro, o su novia.

—¿Crees que pueden ser ellas?

—Creo que es muy pronto para acusar a alguien de algo así, pero por ahí podemos empezar.

El Estrobos asiente y empieza a relamerse el labio inferior de esa molesta forma en que lo hace siempre.

—Muy bien, muy bien. ¿A dónde vamos?

—¿A dónde vamos? Yo a mi casa —responde Gabriel—, que Lorena ya debe de estar preocupada.

Julián hubiera saltado del asiento, si no fuera porque se encuentra dentro del auto.

—¿Cómo que a tu casa? ¡Hay alguien tratando de matarnos y tú tan tranquilo!

—Si hay alguien tratando de matarnos tal vez la mejor forma de salir con vida es mantener la tranquilidad, Julián. Pasaron casi dos semanas entre el primer homicidio y el segundo. Una más entre el segundo y el tercero. Quien quiera que sea, tiene un plan y no se va a arriesgar a hacer las cosas a lo tonto.

—Qué fácil para ti decirlo, como no eres el siguiente.

Gabriel frena de pronto sin importarle los pitidos de varios carros que

vienen por detrás de ellos.

—¿Fácil? No, no es fácil. Si te matan a ti significará que sigo yo, idiota. No es fácil, pero si queremos salir con vida, tenemos que pensar lo que hacemos, tenemos que organizarnos y tenemos que hablar con Gema y con Magda para averiguar si alguna de ellas llevó esa maldita foto.

Julián guarda silencio y Gabriel echa a andar el auto de nuevo mientras un automovilista pasa por un lado haciéndoles una nada amistosa seña con el dedo medio de la mano derecha.

—Aún insisto en que tenemos que ir con el procurador. Tenemos que decirle de la foto.

—Escúchame bien, Julián —responde enfático—, Barragán no va a ayudarnos. No nos va a creer, nos va a obstaculizar, es capaz hasta de detenernos por algún cargo falso si piensa que somos un riesgo.

—Pues a lo mejor hasta nos conviene. No nos van a matar si estamos en la cárcel.

—Entonces ve y roba un banco para que te agarren y estés seguro, si eso quieres. Yo voy a averiguar quién nos quiere muertos.

Gabriel detiene el auto de nuevo y Julián ve que han llegado hasta donde dejó su vieja y destartalada motocicleta que aún tiene la llave puesta. Algo es seguro, nadie en su sano juicio estaría interesado en robarse esa cosa oxidada.

—Entonces, ¿qué sigue?

—Vete a tu casa, Julián. Yo voy a la mía. Pensemos, apuntemos ideas y mañana nos vemos.

El Estrobos baja del auto y se despide con la mano. Gabriel emprende la marcha, esperando que no haga nada estúpido.

Sin secretos

Jueves, 15 de agosto de 2019, 05:02 P.M.

Cuando llega a su casa, encuentra a Lorena en la sala, con expresión preocupada; la pequeña Lila duerme en el corralito de bebé.

—¿Qué pasó? —le pregunta aún antes de que tenga oportunidad siquiera de dejar las llaves—. Y no me digas que no me preocupe. Puedo ver en tu cara que esto va más allá de los asesinatos.

Gabriel echa la cabeza para atrás y respira profundamente. Se sienta en su sillón favorito.

—Mucho más allá —confiesa—. Estoy en una situación muy peligrosa y me temo que pueda estarlas arrastrando a ustedes también.

Lorena deja el teléfono en la mesa de la sala y lo mira con atención, no dice nada, él sabe que es momento de decirlo todo.

Durante los siguientes minutos, Gabriel le cuenta lo que está pasando con lujo de detalles, incluido el tema de la fotografía que parece relacionar los homicidios con la desaparición de Genaro Valenzuela.

Lorena, después de escuchar en silencio, dice algo que nunca en su vida pensó que iba a escuchar de sus labios

—Estoy de acuerdo con Julián. Creo que deberían ir a la Procuraduría lo antes posible.

El comentario no sorprende a Gabriel, pues sabe que es lo que la mayoría de las personas harían, pero él está convencido de lo contrario.

Antes de continuar, se levanta, camina a la cocina y se sirve agua en el mismo ridículamente grande y feo vaso amarillo con el logotipo de Canal 9 que usa siempre. Bebe un trago antes de hablar de nuevo.

—En otras circunstancias estaría de acuerdo contigo. Es más, si otra persona llegara y me contara que está en esta situación, eso sería lo que le aconsejaría, pero esta vez es diferente.

—¿Pero por qué, Gabriel? Entiendo que no confías en Barragán, pero esto es muy grande, estamos hablando de sus vidas.

—Si algo he aprendido en mis años en esto, amor, es que, si algo huele a caca, significa que ahí hay caca. La Procuraduría no ha avanzado nada con la muerte de Luis, Barragán fue muy enfático al tratar de darme línea cuando mataron a Fernando, afirmando que no tenía nada que ver con su profesión de periodista. El homicidio de Pedro fue apenas hoy por la mañana y yo no vi el cadáver ni he visto comunicados, pero revisa lo que se ha dicho en los medios de comunicación, solo dice que están investigando, no han dicho nada de la tortura y mucho menos de una posible relación con su trabajo, actual o anterior.

—Tal vez es porque no quiere revelar nada para no echar a perder una pista, sabes bien cómo es eso —insiste—. Si tú y Julián le hablan de la fotografía, estoy segura de que estará de acuerdo en que están en peligro.

—No, todavía no.

—No estás pensando claramente, Gabriel —dice molesta—. No tiene ningún sentido que no pidas ayuda.

Gabriel cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, tratando de ordenar sus ideas.

—Me vas a tomar por loco, pero... ¿y si es él?

—¿A qué te refieres con *él*?

—¿Y si es Genaro?

Lorena abre los ojos grandes como platos y se echa para atrás con la boca igual de abierta. Tarda unos segundos en procesar la pregunta.

—¿De qué hablas?, ¿cómo va a ser él?

—Piénsalo un poco, ya sé, sueno como un loco, como el jodido Estrobos, pero piénsalo. ¿Qué tal si no lo mataron?

Lorena ya no dice nada, simplemente mueve la cabeza de un lado a otro y mira a su marido como si hubiera perdido la razón. La sonrisa que se dibuja en sus labios no es otra cosa que una respuesta a la frustración del momento.

—¿Qué tal si lo sometieron a todo tipo de torturas hasta que escapó de alguna forma? ¿Qué tal si durante ese tiempo, de alguna manera se convenció de que nosotros éramos los responsables de que se lo llevaran?

—Genaro no era un asesino —responde Lorena al fin y Gabriel se sorprende al ver molestia en su mirada. Más de la que esperaba, cuando menos.

—Sé que era tu amigo y sé que no era un asesino, pero no sabemos lo que

años de tortura pueden hacerle a una persona.

—¿Y crees que lo tuvieron todo este tiempo?, ¿casi siete años? Es ridículo hasta para el crimen organizado, Gabriel. No creo que sea algo que convenga ni táctica ni financieramente.

—¿Ahora eres una experta en narcotráfico?

—Al menos no me estoy volviendo loca como lo está haciendo mi esposo.

Gabriel entiende que la conversación no va por buen camino y decide bajar el ritmo. Respira profundamente, pensando en cambiar de tema, pero al final no puede hacerlo.

—Tal vez no lo tuvieron todo este tiempo. Tal vez escapó hace mucho y ha estado obsesionado, planeando a detalle una forma de vengarse.

—¿Estás escuchando lo que dices, Gabriel?

El periodista suspira, se lleva las palmas de las manos a la cara y baja la cabeza. Trata de ordenar sus pensamientos antes de hablar de nuevo.

—Lo sé, lo sé. Suena como una completa locura, como si fuera una película, un thriller de algún novelista fumado o algo así.

Lorena sonríe y toma las manos de su esposo.

—Así suena, precisamente así. Pero te entiendo.

—¿Me entiendes?

—Te entiendo. Crees que, si de verdad es él, debes buscar la forma de encontrarlo y ayudarlo, sin involucrar a la Policía.

—Exacto —responde—. Si se trata de Genaro, la Policía no va a ayudarlo después de que mató a uno de los suyos. Si lo encuentran, lo matan ahí mismo y luego dicen que los atacó.

—Te entiendo. Entiendo lo que piensas, pero, amor, no es él. Simplemente no puede ser él.

Gabriel baja la cabeza de nuevo. Siente que un par de lagrimas tratan de salir de sus ojos, pero las contiene.

—Sabes —dice Lorena de pronto—, al principio yo sí te culpe a ti. Los primeros días, al menos.

Gabriel la mira sorprendido. Quiere preguntar, pero en cambio la deja hablar.

—Después de todo, eras su jefe. Pensé que deberías saber que estaba investigando algo peligroso y que deberías haberlo detenido.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? Porque cambiaste de opinión, ¿verdad?

Lorena sonríe y vuelve a tomar las manos de su esposo.

—Si violan a una mujer en un callejón oscuro la culpa no es de ella, tampoco de la oscuridad del callejón, la culpa es del violador. Si asaltan y matan a un hombre en una colonia peligrosa, no es su culpa por estar en ese lugar, es culpa del asaltante y asesino. Son nuestros actos los que nos definen, amor. Cada uno de nosotros decide las acciones que toma y tiene que lidiar con el tipo de persona en la que se convierte a raíz de ellas.

Gabriel asiente al entender la analogía.

—Pero hay algo que no estás tomando en cuenta, amor, y es importante.

—¿Qué cosa? —pregunta Gabriel.

—Dices que no quieres ir a la Policía porque si es él, es tu responsabilidad ayudarlo, y tienes razón, en cierta forma sería tu obligación, pero ¿y si no es él? Porque te aseguro que no lo es.

Gabriel no dice nada, por supuesto que lo ha pensado.

—Porque tienes que aceptar que suena como una locura. Lo más probable es que Genaro... —duda un momento antes de continuar—. Genaro fue asesinado hace mucho tiempo, tú lo sabes y yo lo sé. El asesino debe ser otra persona que los culpa por eso.

—Lo sé —admite Gabriel al fin.

—¿Y entonces?, ¿te vas a quedar sin hacer nada esperando que te maten?, ¿has pensado en nosotras? —pregunta mientras voltea a ver a la pequeña Lila que sigue durmiendo.

—En todo lo que pienso es en ustedes, por eso quiero que se vayan de aquí. Al menos por unos días.

—¿Qué?

—Quien quiera que sea el asesino, está detrás de mí, no de ustedes, y quiero que siga así.

Lorena se levanta del sillón, visiblemente molesta.

—Nada de eso. Ni hablar. Nos vamos, sí, pero todos juntos. Tú vienes con nosotras.

—No puedo. Las pondría en riesgo. Esta persona ha planeado esto con mucho cuidado, Lorena. Si nos vamos a algún sitio, nos va a encontrar y si estoy con ustedes van a estar en peligro.

Lorena lleva sus manos a la cintura y mueve la cabeza de un lado a otro, negándose a escuchar.

—Y sí me voy yo, entonces puede usarlas a ustedes para hacerme regresar. Usarlas como carnada.

—¿Y qué pretendes?, ¿qué nos vayamos así, sin más?

—Ustedes no son su objetivo, solo te pido que se vayan a la casa de tu madre. Está a solo cuatro horas de aquí. No tienen que decirle nada, solo necesito poder moverme libremente sin estar pensando que alguien va a venir a buscarlas mientras yo no estoy.

El rostro de Lorena le dice que quiere discutir, pero al mismo tiempo que entiende y está de acuerdo.

—¿Y si va por nosotras allá?

—No lo hará. Cada vez que actúa se arriesga. Tiene que concentrarse en Fuentes y en mí para que nada arruine su trabajo antes de que lo termine.

Lorena se sienta de nuevo, calmada, pero visiblemente contrariada. Voltea a ver a su hija y se le llenan los ojos de agua.

—¿Quieres que nos vayamos hoy?

—No, por supuesto que no. No quiero que manejes de noche. Lo que sea que el asesino tenga planeado, tiene sus tiempos. No creo que haga nada al menos por unos días. Pero sí me gustaría que se fueran mañana.

—Sigues diciendo *el asesino*, pero puede ser asesina, ¿sabes?

Gabriel la mira con atención. Conoce a su esposa y sabe cuando hay algo más allá de lo que dice con palabras.

—¿Tienes algo en mente?

—Dijiste que el papá de Genaro te dijo que la exnovia todavía los visita de vez en cuando, y que además te odia.

—Magda Cruz, sí.

—Esa, no recordaba su nombre, pero sí recuerdo muy claramente que era una maldita loca.

Gabriel está cada vez más interesado. Su esposa no es una mujer que tenga la costumbre de hablar a la ligera y mucho menos meterse en chismes. Al menos no que él lo sepa.

—¿Por qué lo dices?

—Varias cosas, una vez, por ejemplo, cuando aun estábamos en la carrera, fue a la escuela, agarró a Genaro cuando salíamos de una clase y ahí, frente al salón, sin importar que los estuviera viendo todo el mundo le hizo un escándalo porque supuestamente la engañaba.

—¿Y la engañaba? —pregunta Gabriel, quien siempre ha sospechado que entre Lorena y Genaro hubo algo más que una simple amistad. Se arrepiente de eso justo en cuanto hizo la pregunta.

—No lo sé, yo creo que no, y si lo hacía era su asunto —responde Lorena, que aparentemente y para alivio de su esposo no captó el tono utilizado—,

pero ese no es el punto, igual era algo que podían discutir en privado, en otro sitio, con más calma, pero no, prefirió montar una escena de celos e incluso le rasguñó el rostro.

Gabriel lo piensa por un momento y recuerda que, varios meses antes de su desaparición, Genaro bebió de más en una fiesta de la oficina y trató de besar a una reportera casada y casi diez años mayor que él.

Ella lo rechazó y él, el siguiente lunes y con apoyo del departamento de Recursos Humanos, le advirtió que lo que había hecho había sido inaceptable y que si volvía a ocurrir sería dado de baja de forma terminante.

Genaro se mostró apenado y culpó al alcohol, se disculpó con su compañera y le aseguró que no volvería a pasar.

«Bueno, precisamente fiel, no era», piensa al recordar que aún era novio de Magda en ese momento, pero decide no mencionarlo.

—Ya veo. Bueno, sí está feo, pero no sé si por una vez que pudo perder el control sea suficiente para considerar que ella es capaz de algo más. ¿Hizo algo parecido alguna otra vez?

—Bueno, en una ocasión estábamos todos en una fiesta y entre el alcohol y el ambiente, ellos se pusieron muy cariñosos, *demasiado cariñosos* considerando que había mucha gente viéndolos, pero eso es lo de menos. Ya completamente borracha ella le decía algo así como «Nunca me vayas a querer dejar, porque te mato, mato a la perra por la que me quieras abandonar y luego me mato yo. Es más, mato a cualquier persona que te quiera alejar de mí».

Gabriel asiente con la cabeza, pero no dice nada.

—Lo que te quiero decir, amor, es que no pases mucho tiempo con esa idea de que es Genaro, puede ser cualquiera y si yo tuviera que apostar, con todo lo que me has dicho, pondría mis fichas en ella.

Gema

Viernes, 16 de agosto de 2019, 04:07 A.M.

Gabriel se levanta apenas pasadas las cuatro de la mañana. Se acostumbró a despertar a esa hora desde que conducía el noticiero de las seis y aunque hace mucho que no está frente a las cámaras, aún sale de su casa rumbo a su oficina faltando quince minutos para las cinco, todos los días, de lunes a viernes.

Pero éste, claro, no es un día como cualquier otro.

Toma su teléfono celular del buró junto a la cama y al intentar verificar si tiene notificaciones, se da cuenta de que se ha quedado sin batería. Conecta el aparato y espera a que encienda. Pocos segundos después, salta la alerta de mensaje recibido de un número que no tiene registrado.

«Me enteré de que visitaste a mi papá. Me gustaría hablar contigo. Soy Gema», lee en la pantalla.

Empieza a escribir el mensaje para responder hasta que toma conciencia de la hora. En lugar de eso, deja el teléfono cargando y camina hacia el cuarto de Lila; se sienta en una silla al lado de la cuna para verla dormir.

—Te va a extrañar, mucho —dice Lorena despacio mientras entra en la habitación.

—Y yo la voy a extrañar a ella. A las dos —responde—, pero es la única forma de que estén seguras.

—¿Sigues decidido a no ir a la Policía?

Gabriel la mira, le sonrío y la toma del mano, jalándola hacia él para terminar sentados los dos en el mismo sillón.

—Sé que es difícil de entender, pero no serviría de nada. Tengo que resolverlo antes de que venga por mí.

—No es tan difícil de entender, ya te lo dije. Coincido contigo en que posiblemente no te ayudarían, es solo que te veo tan...

—¿Calmado? —pregunta Gabriel—. Estoy muerto de miedo, amor, pero si

me dejo llevar por el miedo me voy a petrificar. Necesito saber quién es si quiero salir con vida, si quiero estar con ustedes, si quiero ver crecer a nuestra hija y —hace una pausa antes de continuar—, tal vez darle un hermanito.

—O hermanita —responde Lorena con una sonrisa—. De acuerdo, hazlo a tu modo, pero ten mucho cuidado. Tienes que prometérmelo.

—Te lo prometo.

Ella dirige su atención a la pequeña Lila que duerme tranquila, como si fuera un día normal. Lorena y Gabriel se quedan ahí hasta que la luz del sol se empieza a asomar por la ventana decorada con osos y arcoíris.

—Voy a preparar nuestras maletas —dice Lorena mientras se levanta—. ¿Qué vas a decir en el trabajo?

—Hablé ayer para pedir unos días de descanso —responde—. Saben que Pedro era mi amigo y me deben tantas vacaciones que ya hasta perdí la cuenta. No me cuestionaron nada.

Lorena lo mira con una expresión de pena, reconociendo que ni siquiera han tenido tiempo de hablar de eso.

—Hablaremos del tema cuando termine esto —dice casi leyéndole el pensamiento—. Por ahora, debemos enfocarnos en averiguar qué es lo que está pasando.

—Yo no he pensado qué decir en la universidad. Tengo clases, grabaciones pendientes.

—Se me ocurre que inventes que tu mamá se enfermó y tienes que ir a cuidarla unos días, ¿te suena creíble?

—Creo que sí, no tienen motivos para desconfiar de mí. ¿Crees que busque información ahí cuando vea que me voy?

—No lo creo —dice tratando de tranquilizarla—, pero vale más tener una historia, por si acaso.

Lorena asiente con la cabeza y camina hacia su habitación para preparar la maleta mientras Gabriel observa a Lila, que comienza a estirar sus pequeñas extremidades.

Un par de horas después, su esposa e hija están en el auto y van camino a casa de su suegra. Las despide con una sonrisa con la que pretende disfrazar el temor de que esa sea la última vez que las vea.

Una vez que ve el auto dar vuelta en la esquina, entra de vuelta a su casa y toma el teléfono, decidido a contestar el mensaje de Gema, pero antes de hacerlo entra una llamada. El identificador muestra un nombre bastante

conocido: Néstor Barragán.

—Buen día, procurador —dice falsamente.

—Buen día, Gabriel. ¿Puedes pasarte por mi oficina? Necesitamos hablar de la locura que traen entre manos.

—¿Disculpe? —contesta sorprendido solo para darse cuenta de inmediato que Julián Fuentes no pudo mantenerse callado.

—Hablo de la dichosa fotografía esa y la teoría paranoica que tienes con Fuentes, Gabriel.

El periodista aprieta el puño de su mano libre maldiciendo mentalmente a su colega.

—Ya sabe cómo es el Estrobos, procurador. Aquí la única locura es tomarlo en serio.

—¿Y visitar a los padres de Genaro Valenzuela después de años sin verlos no es tomarlo en serio?

«Hijo de puta», piensa Gabriel.

—Escucha, Gabriel. Ven a verme y trae a Julián contigo. Veamos todos los hechos y si necesitan protección, puedo mandarlos a una casa de seguridad incluso, puedes estar seguro de que contarán con todo mi apoyo.

—Le agradezco la atención, procurador, pero tengo mucho trabajo. De hecho, ya voy para la oficina —miente.

—Déjate de tonterías, Gabriel. Sabes bien cómo es la relación de los medios de comunicación con el Gobierno. El dineral que pagamos en publicidad nos da derecho a ser... escuchados, por decirlo de alguna manera. Supongo que no quieres que le hable a tu jefe.

Gabriel hace su mejor esfuerzo para que su tono de voz no delate su furia. Respira antes de responder.

—Muy bien, déjeme me paso por la oficina para dar instrucciones sobre las coberturas del día y voy a media mañana. ¿Está bien como a las diez?

—Te espero, Gabriel. Y trae a Julián contigo.

El periodista termina la llamada y casi arroja el teléfono contra la pared. Recuerda aquel viejo comercial de televisión que recomendaba contar hasta diez en lugar de utilizar la violencia y agradece que Fuentes no esté con él en ese momento, pues tendría que contar hasta mil. Y probablemente lo haría mientras lo estrangula.

Espera unos segundos para tranquilizarse y responde al fin el mensaje a Gema Valenzuela.

«Sí, me encantaría reunirme contigo. ¿Puedes en este momento?».

Marca el teléfono de Fuentes antes de esperar la respuesta.

—Bueno, Gabriel, ¿todo bien? —dice el Estobos al contestar.

—Y todavía me preguntas eso. No pudiste contenerte, cabrón. Hiciste lo primero que te dije que no hicieras.

—No entiendo.

—¿No entiendes qué, cabrón? Me acaba de hablar Barragán diciendo que quiere vernos para hablar de tus locuras.

Silencio en la línea.

—¿Qué?, ¿me vas a decir que no fuiste tú quién le dijo?

—Sí, le dije —contesta al fin—. Quiero seguir vivo, mi Gaby, y él puede ayudarnos.

—Ya te dije que no me digas así.

—Gabriel, pues. No sé qué te traes para no querer ayuda, pero ellos son la Policía, es su trabajo.

—Pues quiere vernos a las diez de la mañana en la Procuraduría. Y vas a ver que tengo razón, cabrón. Nos va a mandar a la chingada y nos va a hacer mas difícil investigar por nuestra cuenta.

—No, no, no. Nos va a ayudar, vas a ver.

—Estás bien jodido, Julián. Tantos años en esto y no entiendes, de plano no entiendes cómo son y de lo que son capaces para mantener su discursito de estado seguro. Te veo afuera de *la procu* antes de las diez. No vayas a entrar sin mí, tenemos que estar juntos para tener algo de ventaja.

—Ahí te veo —contesta Fuentes, pero Palafox ya ha colgado.

Gabriel observa su teléfono y ve que tiene una notificación de mensaje, con la respuesta de Gema.

«Podemos vernos en un café frente a la universidad a las ocho y media, te envío ubicación».

Termina de alistarse y sube a su auto para ir al encuentro de la hermana de Genaro. Descarta casi de inmediato llevar a Julián o incluso avisarle. Lo que sea que vaya a averiguar, no quiere que llegue a oídos de Barragán.

Entra al lugar y la reconoce de inmediato. De pelo negro y grandes ojos cafés, con facciones muy parecidas a las de Genaro. Aún así, le sorprende lo cambiada que se ve, la última vez que la vio era una adolescente de 17 años. Sabe que tiene 20, pero hay algo en ella que la hace ver mayor.

«Supongo que cuando vives una tragedia como la que vivieron ellos, algo en ti hace que madures más de prisa», piensa.

—Hola, Gema —dice al llegar a la mesa—. Gusto de verte.

—¿De verdad? —contesta ella bruscamente—. Creo que las circunstancias no son muy agradables, ¿no? No se cómo tomas el café, así que te pedí un americano sin azúcar.

Gabriel se queda en silencio, sin saber qué decir, hasta que ella, con la mano, lo invita a sentarse.

—¿Estás segura de que podemos hablar aquí?

—Mira a tu alrededor —responde en el mismo tono áspero.

Gabriel lo hace y ve a un poco más de una docena estudiantes con las miradas fijas en sus respectivos teléfonos celulares o tabletas. Comprende que nadie les pone, ni les pondrá atención.

—Sí, bueno, no me acostumbro a eso —dice.

—Da igual. No es una cita social y no estaremos mucho tiempo. ¿A qué fuiste a mi... a casa de mis padres?

—Creí que ya habías hablado con tu papá.

—Mi papá es un hombre viejo y su mente ya no es lo que era. Creo que es comprensible después de todo lo que hemos pasado. Háblame de esa foto que lo puso tan ansioso.

Gabriel saca su teléfono y se la muestra. Gema la ve con atención y el periodista cree detectar un pequeño gesto, aunque no está seguro de si fue su imaginación.

—¿La habías visto antes?

—¿Preguntas si yo la llevé a casa de mis padres?

Gabriel no contesta y Gema, ahora sí, sonrío, pero es una sonrisa triste. —No toco ese pizarrón. Ese pizarrón obsesionó a mi mamá hasta que... hasta que ya no pudo verlo más.

—¿Entonces no sabes nada de esa foto?

—Nunca la había visto, pero sí puedo decirte algo.

Gabriel se inclina sobre la mesa, animándola a que continúe.

—El segundo de izquierda a derecha, es al que mataron a puñaladas por fuera de su casa, ¿verdad?

—Fernando Robles. Sí, es él.

—Me enteré de su muerte en las noticias. Me da un poco de pena decir que... me alegré. Aunque después me sentí como una mierda por eso, por alegrarme de que alguien hubiera sido asesinado.

—No entiendo —dice Gabriel mientras se recarga en la silla, alejándose un poco de ella.

Gema levanta la vista antes de responder y Gabriel puede ver que hay pena

en su mirada, pero duda que se deba a la muerte de Robles. Sus ojos se llenan de lagrimas, pero no deja salir ninguna.

—Mi hermano hablaba conmigo, ¿sabes? Éramos muy unidos. Me dijo lo que hacía, pero me aseguró que no estaba en peligro. Me dijo que confiaba en él y que también confiaba en ti.

La última aseveración lo pone muy nervioso, pero hace un esfuerzo por mantener la calma.

—Gema, no sé de qué hablas.

La joven lo mira atentamente, como tratando de ver si hay mentira en su mirada. Al final, sonrío de nuevo.

—De verdad no lo sabes, ¿eh? No tienes ni idea de lo que ocurría bajo tus narices. Con las personas que eran tu responsabilidad.

—Gema...

—Tú decías que los reporteros del canal debían cubrir todo tipo de noticias y no especializarse, sobre todo en policíaca, por el peligro que podría representar el tema del crimen organizado. Eso me lo dijo mi hermano.

—Así es, y esa sigue siendo la política.

—Pues tu amigo Fernando no compartía esa idea. Desde que Genaro empezó a trabajar con ustedes le llenó la cabeza con historias. Le decía que los reportajes de grupos criminales son los que venden, los que atraen la atención, que le hiciera caso a él y que lo ayudaría a ganar premios y volverse famoso. Lo último sí se cumplió, ¿verdad?

Gabriel siente que el estómago se le revuelve. En parte por lo que está escuchando y en parte porque los ojos de Gema han cambiado. Ve verdadero odio en ellos y se pregunta si fue una buena idea verla solo, incluso en un café rodeado de tanta gente.

—Al final, lo único que ganó fue que lo desaparecieran y muy seguramente, mataran, ¿no es cierto?

—Gema, te aseguro que yo...

—Que tú no sabías nada de eso, lo sé. ¿Qué es lo que dicen sobre la Ley? Ah, sí, *la ignorancia de la Ley no te exime de su cumplimiento*. Supongo que lo habías escuchado antes. ¿Tengo que aceptar que eres menos culpable de lo que le pasó a mi hermano porque no sabías lo que hacía tu amigo?

Gabriel traga saliva, siente que le sudan las manos y su corazón late con más fuerza. De pronto se pregunta si lo que está tomando es simplemente café.

—Te odié, y por mucho tiempo, Gabriel, pero eso está en el pasado. Me salí de casa de mis padres precisamente porque ya no podía soportar eso. El

odio me estaba consumiendo.

El periodista pone las manos sobre la mesa y observa a Gema con la mirada más sincera de la que es capaz.

—Lo siento. De verdad, lo siento mucho.

—Sí, bueno —dice ella mientras se limpia con el dorso de la mano la única lágrima que consiguió abrirse camino—, eso ya no importa.

Gema voltea hacia otro lado y Gabriel espera, prudente, casi treinta segundos antes de volver a hablar.

—¿Por qué aceptaste reunirte conmigo?

—Para pedirte que dejes en paz a mis padres que ya han sufrido demasiado y para decirte que nunca había visto esa fotografía, pero ahora que la vi, aprovecho también para aclararte que al menos uno de los que aparece en ella tiene algo de culpa, aunque sea de forma indirecta, en lo que le pasó a Genaro.

«Y te preguntas si los otros cuatro somos culpables también», piensa sin dejar de verla.

—Me pregunto si los otros cuatro tienen la conciencia tranquila. Bueno, los dos que quedan vivos, al menos.

Gabriel desvía la mirada.

—Lo siento. No debí de decir eso último. Fue... fue muy insensible de mi parte —dice Gema.

—Está bien, no te preocupes. ¿Sabes quién pudo poner la fotografía en el pizarrón? —pregunta esperando una respuesta muy específica.

—No lo sé. Magda también va regularmente a ver a mis papás, eso también es parte de lo que me motivó a dejar la casa. Yo he hecho lo posible por olvidar el rencor y ella parece alimentarse de él. Sinceramente creo que te mataría si pudiera, así que creo que es buena idea no haberle contado nunca lo de Fernando.

—Magda, ¿la ex novia de Genaro?

—Creo que estás preguntando cosas de las que ya sabes la respuesta, así por favor no me trates como una tonta. Sí, Magda Cruz.

—Lo siento, no es mi intención ofenderte. Son las viejas costumbres de periodista. ¿Qué opinas de ella?

—¿Me preguntas si creo que es una asesina?, ¿o simplemente me preguntas si me cae bien?

—No, no es eso lo que quise decir. Sería una acusación muy seria y sin nada que la respalde, pero tienes que entender que necesito saber qué

demonios está pasando y si estoy en peligro.

Gema da un sorbo a su taza de café antes de responder.

—Nunca me llevé muy bien con ella, ni siquiera cuando Genaro estaba... ni siquiera antes. Siempre me pareció que era demasiado celosa y posesiva, incluso violenta.

—No eres la primera persona que comenta eso de ella.

Ahora es Gema quien lo mira fijamente como tratando de adivinar lo que está dentro de su cabeza.

—Estudio Criminología, ¿sabes? Una cosa es ser una persona celosa y otra ser una asesina despiadada.

—Lo sé, solo quiero saber tu impresión.

—Mi impresión es que nunca fue una buena persona. Peleaba con mi hermano constantemente, acusándolo de engañarla. En el fondo, creo que él no la dejaba por miedo.

—¿Alguna vez te dijo eso?

—No, es solo algo que yo sentía. Cuando estaba con mis padres, Magda se comportaba como un ángel. El problema venía cuando estaban solos. Se convertía en otra persona.

—¿Estás segura de que ella no sabía lo que me dijiste? Lo de Fernando presionando a Genaro para que investigara más notas de crimen organizado, de seguridad.

—No lo sé, eso no fue lo que dije. Lo que dije es que yo nunca hablé de eso con ella, pero supongo que es posible que mi hermano se lo haya contado.

Gabriel le da un sorbo mas a su taza de café, ahora con más confianza de que no hay nada extraño en la bebida y está a punto de agradecerle a Gema por su tiempo, cuando ella comienza a hablar de nuevo.

—Una vez, ya después de lo que pasó con Genaro, estaba en mi habitación y ella estaba en la planta de abajo hablando con mis padres, mi mamá se quedó dormida y mi papá con ella y Magda entró de pronto, sin siquiera tocar a la puerta. Me dijo algo que me puso los pelos de punta. Pero eso fue hace mucho tiempo, hace mas de seis años. Acababa de pasar y en ese tiempo tú todavía nos visitabas.

—Lamento mucho haber dejado de hacerlo —se disculpa—. Fueron... fueron muchas cosas.

—Lo sé, tenías que seguir adelante. Todos teníamos que hacerlo. Esa es otra razón por las que me fui. Te puedo culpar por muchas cosas, pero no por eso.

—¿Qué fue lo que te dijo, Gema?

Gema respira antes de responder. Mira a Gabriel directamente a los ojos.

—Insisto en que eso fue hace cinco años y puede ser que no signifique nada, pero me dijo que estaba tomando clases de tiro, con arma de fuego y que quería llevarme. Que teníamos que aprender a defendernos y que debíamos estar listas por si averiguábamos quién es llevó a Genaro. ¿Quién demonios le dice eso a una niña de 13 años?

Gabriel aprieta los labios y reafirma que fue buena idea no invitar a Fuentes. Él es lo suficientemente inteligente para saber que lo que Magda haya o no dicho en su momento pudo haber sido producto de las circunstancias, de un ataque de rabia y nada más, pero su colega lo tomaría como prueba irrefutable de su culpabilidad y le dificultaría mucho el siguiente paso. Un paso que no está seguro de querer dar, aunque sabe que es necesario.

—Gema, ¿sabes cómo puedo encontrar a Magda?

Te lo dije

Viernes, 16 de agosto de 2019, 09:45 A.M.

Aún faltan quince minutos para las diez de la mañana cuando Gabriel estaciona su auto por fuera de las instalaciones de la Procuraduría de Justicia del Estado. Camina despacio hacia la entrada y comienza a maldecir al comprobar que Julián no se ve por los alrededores.

Cabría la posibilidad de que no hubiera llegado, sí, si se tratara de otra persona, pero conociendo al Estobos, estaba en ese lugar al menos desde las nueve y si no lo ve, solo puede significar una cosa.

«Este pendejo se metió a la oficina de Barragán sin esperarme».

Podría marcar al teléfono móvil del procurador para pedirle que lo hiciera pasar, pero no quiere dar ninguna señal que el funcionario interprete como trato especial. Ciertamente no le quiere deber ningún favor, así que se dirige a recepción a registrarse como lo haría cualquier periodista.

—Buen día, mi nombre es Gabriel...

—...Palafox —interrumpe la recepcionista—. Pase, por favor, el señor procurador lo está esperando.

Gabriel comienza a caminar y no puede evitar que una sonrisa burlona se dibuje en su cara. *Señor procurador, señor secretario, señora directora*. Se pregunta si los funcionarios reciben un curso extra de servilismo antes de empezar a trabajar o lo aprenden durante la marcha.

Unos minutos y varias puertas con sus respectivos guardias y claves de seguridad después, entra a la oficina de Néstor Barragán; lo primero que ve es a Julián Fuentes mirándolo como quien sabe que hizo algo malo y espera no ser regañado en público.

—¿No aguantaste esperarme afuera, verdad?

—Estaba afuera —contesta—, pero el procurador mandó por mí y pues hace calor y no sabía a qué hora ibas a llegar.

—Está cabrón que se esté deshidratando allá mientras te espera, Gabriel —interviene el procurador—, así que lo invité a tomarse un refresco. ¿Quieres uno?

—Así estoy bien, muchas gracias.

Barragán sonríe y se sienta en la esquina de su escritorio, muy cerca de ellos. Con un gesto de su mano los invita a tomar asiento.

—A ver, ahora sí, ¿me quieren hablar de esa idea loca que traen?

Gabriel hace un gran esfuerzo por no fulminar a Julián con la mirada mientras trata de fingir una sonrisa.

—Es solo una idea loca de Fuentes, procurador, nada de importancia y nada que requiera de su atención.

—Y si no es nada de importancia, ¿me puedes decir por qué fuiste ayer a ver a los papás de Genaro y hoy por la mañana a su hermana?

Gabriel aprieta los puños, gesto que no pasa desapercibido para Barragán, quien después de mirarlo ensaya una sonrisa.

—¿Me están vigilando, procurador?

—Te estamos cuidando, Gabriel. Eso es lo que hace la Procuraduría, ¿sabías?, cuidar a los ciudadanos.

—Creí que cuidar a los ciudadanos era tarea de la Policía Preventiva y la de la Procuraduría era procurar justicia.

La sonrisa de Barragán desaparece de inmediato.

—Siempre con algo inteligente que decir, ¿no? Escucha, Gabriel, el hecho de que la idea que tengas sea loca, no quiere decir que no debemos cuidarte. Es por tu seguridad... y la de los demás.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tal vez estés tan convencido de esa locura que se te instaló en la cabeza, que intentes hacerle daño a quienes creas responsables de algo, aunque no tengan la culpa de nada.

Palafox y Barragán se miran fijamente, mientras que Fuentes voltea de un lado a otro, como quien no entiende bien qué es lo que está pasando.

—No comprendo, procurador —tartamudea al fin el Estrobos—, usted me dijo que me creía.

—Dije que necesitaba hablar contigo y con Gabriel, Julián, no que te creía. A ver, ¿puedo ver esa dichosa foto?

Gabriel permanece inmóvil con la quijada apretada mientras Julián, inseguro, busca entre los papeles de su viejo maletín. Al fin, se la pasa al funcionario, quien la ve por varios segundos sin borrar la sonrisa de su rostro.

—Entiendo por qué se les ocurrió esa teoría —dice al fin—. Que sus tres amigos muertos estén en la misma foto es una triste coincidencia, pero no es más que eso, una coincidencia.

Julián mueve la cabeza de un lado a otro. Quiere decir que no está de acuerdo, pero ni siquiera en ese momento se atreve a decir algo que pueda incomodar al procurador de justicia del Estado, quien por cierto nunca falla en pasarle una *ayuda mensual* y ahora continúa hablando como si estuviera exponiendo ante una clase.

—Lo que pasó con Márquez, Robles y Rodríguez es lamentable, ni duda cabe, pero son hechos que no guardan relación entre sí —sigue mientras pone la fotografía en el escritorio—. Los tres casos se dieron en situaciones muy diferentes y están siendo investigados de la mejor manera posible. Tratar de establecer una especie de hilo entre ellos es buscar de más, pero involucrar a una familia que ya ha sufrido mucho, es bajo, es demasiado. ¿No han pensado en el daño que les están haciendo a ellos?

Gabriel tiene que hacer acopio de toda su entereza para no lanzarse sobre Barragán en ese momento. El procurador lo nota y sonrío, tal vez esperando que el periodista le de un buen motivo para detenerlo, después de todo, la cámara de seguridad en su oficina que activa y desactiva con un botón en el suelo debajo de su escritorio cuando le conviene, lo está registrando todo en ese momento.

—Entonces ni siquiera están viendo eso cómo una posibilidad, ¿cierto? Ni siquiera consideran que los tres casos podrían estar ligados.

—¡Es que no podrían ser más diferentes, Gabriel! Uno fue un asalto, el otro fue claramente un crimen pasional y el de Pedro, bueno, quién sabe en qué desmadre se había metido ese cabrón, pero estuvo muy grueso.

—¿Por qué lo dice? —pregunta Palafox, observando la oportunidad de conseguir un par de detalles más que puedan ayudarle.

Barragán, sin embargo, lo mira fijamente sin decir nada.

—*Off the record*, por supuesto —dice Gabriel con desgano.

—La escena del homicidio de Pedro parece sacada de una película sadomasoquista. Insisto, no sé con qué loca se haya metido, pero estaba amarrado y tuvo relaciones sexuales antes de que lo mataran. Encontramos fluidos vaginales y vellos públicos sobre su pene y pubis. Suficiente para encontrar ADN, pero evidentemente no tenemos nada para compararlo.

—Entonces está claro que fue una mujer.

—¡Vaya!, ¡deberías dejar el periodismo y meterte a la Procuraduría! —

contesta en tono burlón—. Miren, ustedes son muy buenos en lo que hacen, déjennos la procuración de justicia a nosotros, ¿de acuerdo?

—Pero, procurador, Néstor —dice al fin Julián sin poder ocultar su desesperación—, vea la foto. Tres, en orden, no puede creer que no hay una secuencia. Si fue una mujer, no hay nada que diga que la misma mujer no mató a Luis y a Fernando.

—Ya se los dije, es una coincidencia. No tenemos motivos para pensar en otra cosa.

—Eso es precisamente lo que yo digo —dice Gabriel en un tono que está entre el sarcasmo y la burla—, una *triste coincidencia*. ¿Ves, Julián?, te dije que no teníamos nada que hacer aquí, no queremos que el procurador pierda su valioso tiempo en tonterías.

—Pero, pero, no puede ser que crean que... —empieza a decir el reportero policíaco, hasta que se da cuenta que ni su colega, ni el funcionario están realmente interesados en seguir hablando del tema.

Lo que ve en sus miradas lo hace imaginar que, si estuvieran en el viejo oeste, sería cuestión de segundos antes de ver quién de los dos desenfunda más rápido.

—¿Me devuelve la foto, procurador?

—Me voy a quedar con ella, si no te molesta. Creo que debes de tener copias, ¿no?

—¿Y para qué la quiere si no cree nuestra historia? —pregunta Julián.

—Por si las dudas, ¿no?

Gabriel deja de mirar al procurador y pone su mano en el hombro de Julián.

—Vámonos, te invito un café, de un lugar en donde sí tenga buen sabor.

—Gabriel —advierte el procurador mientras se encaminan a la salida de la amplia oficina—, recuerda que te vamos a estar vigilando.

—Por mi seguridad, ¿verdad? —pregunta sin voltear a verlo.

—Por tu seguridad, por supuesto.

El camino hacia el exterior de la Procuraduría se siente más largo de lo que es, especialmente para Fuentes, que tiene problemas para mantenerse callado. La expresión de su compañero, sin embargo, le dice que no es el momento.

Es hasta que salen de las instalaciones que el Estrobos se atreve a decir lo que tiene en mente.

—¡Son mamadas!, ¡son mamadas de este cabrón! ¿Cómo que no hay

relación?

Gabriel se detiene y se lleva ambas manos a las sienes antes de responder.

—Te lo dije, Julián. Te dije que no le dijeras nada, que no lo involucraras. Ahora la tenemos todavía más complicada.

—Más complicada, más complicada, si alguien ya está tratando de matarnos, ¿cómo que todavía más complicada?

—Desde el principio te dije que Barragán no nos iba a hacer caso. Admitir que hay un asesino en serie en tu estado y, además matando periodistas, lo dejaría muy mal parado ante la opinión pública, y no me refiero a los periodistas locales a los que puede comprar. Te lo dije. No solo no nos va a ayudar, sino que ahora puede que nos tenga bien vigilados.

Julián mueve la cabeza de arriba a abajo y trata de sacar el lado positivo después de la cagada monumental.

—Pues eso es bueno, ¿no?, si nos tiene vigilados va a ser más difícil que nos maten.

—Esto va a sonar maquiavélico, Julián, pero tú no eres nuevo, tú sabes de lo que son capaces para negar que algo malo está pasando. Te voy a hacer una pregunta, ¿qué crees que les convenga más? ¿Aceptar que hay un asesino en serie y que no tienen ni una puta idea de quién es, o dejar que nos maten a nosotros dos también y afirmar que todos son casos no relacionados?

Julián abre la boca, incrédulo ante lo que está escuchando.

—¿De verdad crees que serían capaces de eso?

—De eso y más. No tengo ninguna duda.

Julián se detiene y voltea hacia las oficinas de la Procuraduría mientras Gabriel continúa su camino.

—Está bien, la cagué, la cagué. ¿Qué sigue ahora?

—Ahora sigue ir al despacho en donde trabaja Magda Cruz y esperar, con mucha paciencia, a que sea su hora de comida.

Magda

Viernes, 16 de agosto de 2019, 01:13 P.M.

Magda Cruz los mira fijamente con sus enormes ojos verdes. Gabriel no puede determinar si lo que ve en esa mirada es odio o rencor. Posiblemente una combinación de ambas cosas. Lo que es seguro, es que no les tiene ningún tipo de aprecio.

—Muy bien, me pidieron, prácticamente me rogaron que les diera unos minutos. El tiempo corre y no estoy interesada en pasar mi hora de comida con ustedes, así que hablen.

Gabriel está a punto de comenzar, pero el movimiento en los labios de Magda le dice que no ha terminado.

—Así que díganme de una pinche buena vez qué chingados quieren para que se larguen de mi vista.

«Bueno, supongo que preguntarle cómo ha estado sale sobrando», piensa Gabriel.

—¿Y bien?

—Gracias por aceptar hablar con nosotros, Magda.

Ella no contesta. El tamborileo de los dedos de su mano derecha sobre la parte externa de su brazo izquierdo, que mantiene cruzado al igual que el derecho, le dice al periodista que no le va a tener mucha paciencia.

—Ha pasado mucho tiempo desde...

—¿Desde que alguien desapareció al hombre con el que iba a casarme y lo hizo precisamente mientras trabajaba bajo tus ordenes? Sí, ha pasado mucho tiempo.

Ya no hay duda. Lo que Gabriel ve en su mirada es odio. Puro y simple.

—La desaparición de Genaro me dolió tanto como a ti, aunque ese no es el punto.

—Si vuelves a decir una estupidez como esa, me voy, idiota. Él era tu

empleado, solo eso, pero era mi pareja, era el amor de mi vida. Estábamos hechos uno para el otro.

—No es mi intención ofenderte, solo... solo quiero saber si últimamente has... sabido algo. Algo nuevo

La expresión en el rostro de Magda cambia de hastío a pura furia. Respira ruidosamente antes de contestar.

—¿Algo nuevo? No he sabido nada de Genaro desde hace años. Desde que todos, incluyéndote a ti, se olvidaron de él. ¿Sabes qué?, pensándolo bien no tengo tiempo para esta mierda.

—¡Espera!, espera un momento, por favor —ruega Gabriel mientras la joven comienza a darse la vuelta—. ¿Puedes ver esta foto antes de que te vayas? Es importante.

Magda voltea hacia ellos y ve a Julián sacar la imagen con manos temblorosas. La extiende hacia Magda, quien la ve sin tomarla con sus manos. Gabriel adivina en sus ojos que no es la primera vez que la mira.

—Ya la vi, ¿y?

—¿No ves las noticias, Magda?, ¿o no los reconoces?

—Sé que este idiota está muerto. Lo mataron en un intento de robo de auto —dice mientras apunta con el dedo a Luis Márquez—, y honestamente me importa una fregada. Espero que el disparo le haya dolido.

No lo dice, pero Gabriel adivina en su mirada que lo que realmente quiso decir es que le da gusto.

—No es el único —contesta mientras la mira directo a los ojos, para ver si detecta alguna reacción—. Luis Márquez, Fernando Robles y Pedro Rodríguez, los tres primeros de izquierda a derecha en esta imagen fueron asesinados. Precisamente en ese orden.

Si al ver a Gema no pudo estar seguro, con Magda no le queda duda. Una sonrisa se dibuja en sus labios sin ninguna pena y sin hacer la mínima intención por esconderla y eso hace que su corazón lata más de prisa.

—¿Y eso debería importarme?

—Esta fotografía... esta fotografía fue tomada por Genaro. Apenas unos días antes de su desaparición.

Magda deja de ver la imagen y voltea a ver a Gabriel. Si el periodista esperaba ver una expresión de sorpresa en su rostro, bien puede esperar sentado, pues esa no llega.

—Sigo sin saber qué tiene que ver conmigo. Nunca en mi vida había visto esa foto.

«¿Ni siquiera cuando tu novio, al que vigilabas y celabas de manera enfermiza la puso en su cuenta de *Facebook*?», piensa Gabriel, pero se asegura de que la pregunta no llegue a sus labios.

—¿Estás segura?, como puedes ver, es muy importante para nosotros porque Julián y yo...

—Son los siguientes —advierde Magda—, y esas tres palabras se escuchan casi como una sentencia.

—¿Qué dijiste? —interviene Julián, que se había mantenido en silencio.

—Que ustedes son los siguientes en el orden en la fotografía. Solo eso —aclara sin perder la sonrisa—. No me digan que... ¿creen que alguien va por ustedes?

—¿Tú no?

—Yo no sé nada, Gabriel, y no me gusta el tono en el que me lo estás preguntando. Si me estás acusando de algo, que te crezcan huevitos y dímelo directamente.

Los dos hombres callan y ahora es una mueca que parece ser de asco la que llena el rostro de Magda.

—Qué feo debe ser tener miedo. Así se sentía Genaro cuando empezó a trabajar para ti, cuando empezó a cubrir nota roja y todo por culpa de este pendejo.

—¿Qué?

—¿No lo sabías? Este idiota —dice mientras apunta de nuevo a Márquez en la imagen—, rechazó a Genaro cuando fue a buscar un trabajo como periodista deportivo en el periódico en donde era editor. Le dijo que tenía talento, pero se habían decidido por otra opción, un reportero con más experiencia, y le recomendó buscar trabajo contigo porque tenías dos vacantes.

Gabriel la mira con la boca abierta sin saber qué decir.

—Genaro nunca quiso cubrir policiaca, mucho menos algo tan cabrón como el crimen organizado, él quería entrar a ese periódico porque ahí tenían una sección deportiva bastante grande. Cuando lo rechazaron pensó que si empezaba como reportero en Canal 9 pronto tendría una oportunidad, pero una cosa fue llevando a la otra.

—No lo sabía. Magda, él nunca me lo dijo. Genaro era un muy buen periodista, si me hubiera pedido un cambio a deportes lo hubiera arreglado. Tienes que creerme.

—¿Y cómo te iba a pedir que lo cambiaras si estabas tan orgulloso de su

trabajo? ¿Cómo te iba a decir que no quería hacer eso si siempre lo felicitabas por llevar las mejores exclusivas?

—Si me lo hubiera dicho le hubier...

—¿Le hubieras dado una oportunidad? Ya lo dijiste, pero el *hubiera* no existe, así que me vale madres lo que creas que hubieras hecho.

Gabriel ve el momento y el instinto de periodista sale a la superficie. Hace la pregunta que lleva minutos en su mente.

—¿Y tú crees que nosotros somos... responsables de lo que pasó? —pregunta levantando la fotografía en su mano.

—Yo creo que el idiota de tu amigo, Márquez, tuvo la culpa de que Genaro haya empezado a trabajar contigo y me importa un soberano carajo que alguien le haya disparado en la cara porque el muy imbécil no quiso entregar las llaves de su auto.

—¿Y los demás?

—¿iY los demás qué chingados!/? —contesta Magda—. ¡Me importan una mierda también! Todos los días muere gente, todos. Y puede ser una coincidencia y si no lo es, si todos están relacionados de alguna manera con su desaparición, me da gusto y ojalá y sí sigan ustedes, cabrón. ¿Eso querías oír? Ojalá y sigas tú y que tu muerte no sea tan sencilla como un puto disparo en la cara.

Gabriel sabe que la conversación está a punto de terminar. Voltea a ver a Julián, quien se mantiene con la mirada hacia abajo, como perro regañado y decide jugarse el todo por el todo.

—¿Puedo saber en dónde estabas hace dos noches, Magda?

La mujer se adelanta un paso y se inclina hacia el frente hasta que su rostro queda a pocos centímetros del de Gabriel.

—No, hijo de tu pinche madre. No puedes saber en dónde estaba hace dos noches, ni dónde estaba ayer, ni la semana pasada, ni cuando sea que hayan matado a los otros dos pendejos. No puedes saberlo porque no eres policía y yo no estoy acusada de nada. Ahora hazme un favor y vete a chingar a tu madre.

Magda se planta en su sitio, esperando a que Gabriel retroceda. Lo hace, pero solo un paso. No está dispuesto a irse. No aún. Tal vez si logra enfurecerla más pueda sacarla de balance y hacerla decir algo que no quiera.

—Una cosa más. Solo una cosa más. Sé de muy buena fuente que Genaro estaba viendo a otra mujer —miente—, ¿qué sabes de ella?

Si estaba molesta, la última aseveración la pone verdaderamente furiosa.

—Vete a la mierda. Tú y esa pinche zorra ofrecida váyanse mucho a la mierda.

—¿Alguna vez supiste quién era?, probablemente era más bonita que tú, ¿verdad?

—Si hubiera sabido le hubiera sacado los pinches ojos —asevera mientras levanta las manos mostrando las uñas como si fueran garras—. Genaro estaba enamorado de mí y solo de mí. Había una maldita perra ofrecida que me lo quería quitar, pero él no le hacía caso.

—Eso no es lo que yo escuché. Me dijeron que no fue cosa de una vez, que hasta le hiciste varias escenas de celos.

Magda tiene los labios apretados, falla en disimular el temblor en sus manos y su pie derecho se mueve frenéticamente en el piso. Tarda un par de segundos en recuperar la compostura.

—¿Algo más, señor periodista que se cree detective?

—No, nada más.

—Entonces, como ya se lo pedí hace rato, hágame el favor de irse a chingar a su madre.

Un jugador más

Viernes, 16 de agosto de 2019, 01:39 P.M.

Solo el Estrobos sabe el enorme esfuerzo que le costó mantenerse en silencio mientras caminan rumbo al auto de Gabriel. Al fin, explota en cuanto cierran las puertas del vehículo.

—¡Es ella, Gabriel! ¡Ella es la asesina!

—Tranquilo, Julián. Es muy pronto para que podamos afirmar algo tan fuerte como eso.

Julián se moja el labio inferior con la lengua y voltea hacia atrás, como cuidando que nadie siga sus pasos antes de continuar.

—Pero, ¿qué no oíste lo que dijo? ¡Nos odia, Gabriel!, ¡nos quiere muertos a todos!

—Y una cosa es que nos odie y otra que sea una asesina, Julián. Si no vas a ser capaz de mantenerte a la altura, déjame esto a mí.

—¿Qué? —pregunta más calmado, —¿No crees que cuando menos es sospechosa?

—Mucho, pero eso no significa que sea culpable. Ya viste cómo nos trató Barragán, ¿crees que nos va a hacer caso si le llegamos con esto?

Fuentes se mueve incomodo, lleva su cabeza hacia atrás con un resoplido antes de llevarse las manos al rostro.

—¿Entonces qué estamos haciendo?, ¿para qué estamos haciendo esto? Nos quedamos igual que como empezamos.

—No, sabemos varias cosas que no sabíamos antes, Julián. Sabemos que Genaro intentó trabajar con Luis, pero él lo rechazó y le recomendó que fuera conmigo, y también sabemos que Fernando, contra mis indicaciones, lo incentivaba a especializarse en periodismo policíaco.

El silencio de Julián le indica que no termina de entender.

—Por separado pueden parecer temas bastante banales, ¿verdad?, pero si

los juntas, bueno, una mente perturbada puede considerarlos como desencadenantes. Una cosa lleva a la otra. Me queda claro que piensa que yo también soy culpable, ya sea por no darme cuenta o por dejarlo reportear esas notas, así que en este momento la pregunta que me hago es, ¿qué cree que hizo Pedro y qué cree que hiciste tú?

Julian traga saliva y se aleja, en lo que parece ser un acto reflejo, un par de centímetros de Gabriel.

—Nada, yo no hice nada.

—No te estoy acusando de nada, Julián.

—Qué bueno, porque yo no hice nada. Nada de nada —repite mientras camina hacia atrás—. Me tengo que ir, me tengo que ir.

Gabriel levanta la mano para intentar detenerlo, pero decide dejar que se vaya y se tranquilice. De cualquier forma, no quiere pasar todo el día con él y puede aprovechar ese tiempo para llamar a su esposa.

Lorena contesta al primer timbrazo.

—¿Bueno?, ¿amor?, ¿cómo estás?

—Hola, bien, bien —responde Gabriel—. ¿Cómo estás tú? ¿Y Lila?

—Muy bien, ella se acaba de dormir de nuevo. ¿Has averiguado algo?, ¿estás en peligro? Amor, estuve pensando... bueno, primero dime si has sabido algo que ni siquiera te estoy dejando hablar.

Gabriel sonríe y por un segundo se olvida de todo lo que está pasando. Pero solo por un segundo.

—Hablé con la hermana de Genaro, también con su novia, Magda. —Omite que el procurador Barragán sabe de la foto y que los ignoró, en un intento de que no se preocupe al saber que no tienen el apoyo de la Procuraduría—. Es... no sé si sea algo de dónde tirar o estoy imaginando de más.

—Pues dime, lo analizamos juntos.

—Tanto Gema como Magda hicieron comentarios, bueno, peculiares. Magda comentó que Márquez podría tener algo de culpa en lo que le pasó a Genaro, pues al negarle un puesto en el periódico en donde trabajaba hace años lo impulsó a buscar trabajo en el canal.

—Oh, suena como una tontería. Pudo buscar trabajo en cualquier sitio y eso no tiene nada que ver.

—Eso pensé yo, pero antes hablé con Gema y lo que me dijo es mas preocupante. Ella dice que Fernando —titubea al continuar—, bueno, Fernando guío a Genaro, secretamente, a meterse cada vez más al periodismo

policíaco, incluso yendo contra el protocolo del canal.

En esta ocasión Lorena se mantiene en silencio, sopesando lo que acaba de escuchar.

—¿Estás ahí?

—Yo, sí, aquí estoy. No lo sé, Gabriel, te escucho. Lo de Fernando sí es algo más serio, pero no me parece suficiente, ¿te parece a ti que son motivos para matar?

—Por supuesto que no, no para ti y para mí, al menos, pero no sabemos qué efecto pueda producir en la mente de una persona que ya esté perturbada. Une los puntos, primero uno le niega un trabajo y le recomienda entrar a trabajar a cierto sitio y luego, ya en ese lugar, el otro lo impulsa a investigar notas de crimen organizado.

—Sí, bueno, poniéndolo de esa manera tiene un poco más de sentido, pero aún me parece muy forzado. ¿Qué hay de Pedro, de Julián... de ti?

—Eso es lo que tenemos que descubrir. ¿Qué fue lo que hizo o lo que cree que hizo Pedro? Pero, bueno me dijiste que habías pensado algo, ¿qué es?

Lorena duda por un momento y Gabriel está a punto de insistir, pero la deja tomarse su tiempo.

—No lo sé —dice al fin—. Es solo una idea y puede que esté relacionada con... eso que dijiste precisamente... consecuencias de actos, pero con un sospechoso completamente diferente.

—No entiendo.

—Cuando pasó lo de Genaro, tú fuiste quién dirigió la investigación periodística, ¿recuerdas? Llegaste incluso a establecer que había una relación fuerte entre Los Leñadores y algunos empresarios.

—Y no sirvió de nada. Nunca pude descubrir quiénes eran los empresarios y nadie fue a la cárcel, no hubo detenidos. No pasó nada.

—Eso no es completamente cierto. Hiciste ruido, mucho ruido y provocaste que el Gobierno Federal interviniera. ¿Quién fue la persona más afectada por esas publicaciones?

Gabriel no necesita ni siquiera un segundo para decirlo.

—Casillas.

Omar Casillas se había desempeñado como procurador de justicia en el tiempo de la desaparición de Genaro. Cuando Canal 9 transmitió un amplio reportaje sobre las causas de su desaparición y el papel del grupo criminal en ella, se vio obligado a actuar.

Ante la falta de resultados, sin embargo, y con la llegada de la Policía

Federal, se le exigió su renuncia en poco tiempo. Desapareció de la vida pública inmediatamente después de eso.

—¿Crees que él pueda tener algo que ver?

—Piénsalo. Tú y Fernando investigaron y transmitieron la noticia, si mal no recuerdo el editor general del periódico en donde trabajaba Luis estaba de vacaciones y él fue quien estaba en su lugar. Retomó la información de forma impresa, dándole mucho más espacio que el que le dieron el resto de los periódicos. Julián, por su parte, tomó los fragmentos de video del reportaje y los puso en sus redes sociales, incluso sin permiso de ustedes y aunque no les guste aceptarlo, sus miles de seguidores acostumbrados a ver noticias amarillistas y sangre por todas partes le dieron mucha más visibilidad.

Gabriel mueve la cabeza de arriba a abajo, asintiendo como si su esposa pudiera verlo. Definitivamente parecen motivos más fuertes para desear venganza. Aún así, las palabras que salen de sus labios son de duda.

—No lo sé, Lorena, también suena muy rebuscado. ¿Dónde encaja Pedro en esto? Ya ni siquiera era periodista en ese entonces.

—Ustedes nunca revelaron la fuente interna que les dio la información con la que lograron saber que había empresarios involucrados. Pedro era su amigo, creo que es lógico que Casillas haya pensado que él les pasó los datos.

—Pero no fue así, él no sabía nada. Obtuvimos la información de otra persona.

—Pero Casillas no lo sabe, ¿o sí? Piénsalo. Se arruinó su reputación y su carrera, posiblemente estuvo años odiándote, principalmente a ti, y de pronto, entre todo el material al que seguramente tuvo acceso, se encontró con esa foto y decidió hacerlos culpables a todos.

—Dices que...

—Quiero decir que, si en esa foto estuviera otra persona, otro periodista, en su mente hubiera buscado la forma de hacerlo responsable también. Uno ve lo que quiere ver.

Gabriel se limpia el sudor de la frente. Ni siquiera recuerda el momento en el que entró en su vehículo, pero definitivamente no es buena idea estar dentro de una caja de metal hirviendo, a pleno sol con el auto y el aire acondicionado apagados.

Enciende el auto y la refrigeración mientras abre un poco la ventana para que salga el calor.

—Suena... igual de lógico y al mismo tiempo igual de descabellado que cualquier otra teoría. Creo que no será difícil averiguar en dónde vive.

—¿Vas a ir a verlo después de lo que te dije?

—Tengo que hacerlo, después de todo, no creo que se atreva a hacer algo en su casa, sobre todo si me ven entrar. Además, tengo que verlo a los ojos.

—¿Y qué?, ¿ahora eres mentalista o qué? ¿Crees que vas a saber si es culpable o no con solo mirarlo? Tienes que pedir ayuda, Gabriel.

—Está bien, lo haré —miente.

Ambos se quedan en silencio un par de segundos, inseguros sobre qué decir en una situación como esta. Al fin, es Lorena la que habla.

—Amor, ¿tú crees que la gente mala se asume como gente mala?

—No entiendo.

—Precisamente hoy por la mañana vi una noticia en Internet, de esas que se viralizan por redes sociales. Se trataba de un par de secuestradores que fueron detenidos y la Policía Federal filtró una conversación de *WhatsApp* entre ellos, ¿la viste?

—No. Con lo que está pasando aquí, ni cuenta me he dado.

—Bueno, te hago un resumen: en la conversación, uno de los dos secuestradores le escribe al otro que la familia de la víctima, aparentemente una mujer, no ha respondido, así que le van a cortar un dedo para mandarlo y que sepan que van en serio.

—Dios.

—Eso es lo de menos, bueno, al menos para mí, no para la pobre mujer. El punto es que el otro secuestrador le contesta que está bien, pero que lo espere una hora o dos porque tiene a su hijo pequeño enfermo, con alta temperatura, y necesita llevarlo al doctor. Que al rato se reporta al lugar en donde tienen a la víctima y que él lleva las pinzas.

Gabriel traga saliva, pero no dice nada.

—Y ahí es donde se pone todavía más irónico. El primer secuestrador, el que propuso cortarle el dedo a la mujer, le contesta que no se preocupe, que atienda primero a su hijo y que los niños son lo más importante que tenemos. Hasta le puso dos *emojis*: el de abrazo y el de las manos rezando.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Pues a lo que te pregunté, amor, ¿crees que la gente mala se asume como gente mala? En esa conversación está un secuestrador hablando de mutilar a una pobre mujer y luego, apenas unos minutos, sino es que solo segundos después, muestra empatía por la salud del hijo de su compañero y hasta pone un *emoji* que representa la fe en Dios. ¿Crees que ellos se consideran malos, o buenos?

—Son secuestradores, Lorena. Definitivamente son gente mala. De la más mala que existe.

—Estamos de acuerdo, pero probablemente ellos lo vean de una forma distinta. Probablemente ellos se justifiquen diciendo que lo que hacen lo hacen por necesidad y que los verdaderamente malos son otros.

—¿Y cuál es el punto?

—Lo que quiero decir es que es posible que a veces los malos ignoren que son malos. O al menos crean que no lo son tanto. ¿Qué se crean buenas personas significa que tienen que salirse con la suya?, ¿o que no deben de recibir un castigo?

Gabriel no responde, sopesando las palabras de su esposa. Lorena adivina que no termina de entenderla.

—Lo que quiero decir, amor, es que quien quiera que esté haciendo esto, no lo está haciendo por gusto. Lo está haciendo porque cree que tú y los demás le hicieron daño. Lo está haciendo porque, aunque ustedes se consideren buenos, esta persona está segura de que ustedes son los malos, ¿entiendes? Dicen que todos somos los villanos en la historia de alguien.

—¿Entonces está haciendo justicia?, ¿eso es lo que quieres decir?

—Justicia, venganza. No creo que eso haga una diferencia. Esta persona está convencida de que ustedes se lo merecen. Y eso la vuelve extremadamente peligrosa.

—¿Venganza por algo que ocurrió hace tantos años?

—¿Y quién dijo que la venganza tiene fecha de expiración?

Gabriel se inclina en el asiento y le da un par de golpes a las salidas del aire acondicionado, molesto al sentir que no enfría lo suficiente, pero no es solo el calor lo que lo está haciendo sudar.

—Y ahora voy yo, de tonto, a meterme a la guarida del lobo. Entiendo lo que quieres decir.

—Solo ten cuidado, ¿ok? Y no vayas tú solo.

Nota de Prensa

Informativo En Línea | 11 de abril de 2013 | Seguridad

Presenta renuncia el procurador de justicia del Estado

- **Omar Casillas agradeció la oportunidad de servir a los ciudadanos**

Aludiendo motivos personales, Omar Casillas Sosa presentó su renuncia con carácter irrevocable al cargo de procurador de justicia del Estado.

El exfuncionario, que se mantenía en esa responsabilidad desde el inicio de la administración estatal, entregó su renuncia por escrito al Congreso del Estado y al titular del Poder Ejecutivo esta misma mañana.

De forma extraoficial, trascendió que en realidad Casillas deja su puesto por orden del Gobernador Cordero después de presentar nulos avances a casi nueve meses de la desaparición del periodista Genaro Valenzuela.

La separación de Casillas de su cargo se da pocos días después de que se revelara, de acuerdo con una investigación de Canal 9 retomada por medios locales, que personal de alto nivel de la Procuraduría tenía conocimiento de las actividades de Los Leñadores, el grupo criminal que presuntamente *levantó y desapareció* a Valenzuela, así como de su relación con prominentes líderes empresariales.

La postura del Gobierno Estatal, sin embargo, es que estos datos son inexactos y que no hay evidencia que los sostenga.

El grupo criminal Los Leñadores, cabe destacar, presuntamente llegó a su fin hace un par de meses después de un cruento enfrentamiento con un grupo rival; con esto, agentes de la Procuraduría que pidieron mantener su identidad en el anonimato revelaron que las esperanzas de encontrar a Valenzuela disminuyen de manera drástica.

Entrevistado después de entregar su renuncia, Casillas afirmó que esa investigación periodística está llena de rumores y que, en lugar de ayudar, afecta la investigación y además hace daño a la familia de Genaro.

“Mi renuncia no tiene nada que ver con ese *reportaje*, si se le puede llamar reportaje a eso que hicieron sin pedirnos nuestra postura, sin solicitar datos oficiales. Mi renuncia es, ya lo dije, por motivos personales. Lo único

que lamento es que ese tipo de trabajos sin sustento primero den esperanza a una familia que ya ha sufrido demasiado y luego se la quiten”, indicó.

Por último, Casillas descartó que esté bajo investigación o que piense salir del Estado, pues aseguró que, aunque está decepcionado por no poder avanzar en el caso del periodista, tiene la conciencia tranquila porque sabe que hizo todo lo que estuvo a su alcance.

Omar

Viernes, 16 de agosto de 2019, 03:12 P.M.

Gabriel se mira las manos sobre el volante justo después de estacionar el vehículo, aún encendido. Lo aprieta con fuerza cuando nota el pequeño temblor, esperando que su acompañante no se haya percatado de que está igual de nervioso o incluso más que él.

—No me gusta estar aquí, no me gusta —dice Julián Fuentes—. No creo que sea una buena idea.

—Queremos respuestas, ¿no? Igual y es posible que aquí encontremos algunas.

—Casillas nos odia, Gabriel, nos odia. ¿Tienes idea de lo que le hicimos? Le destruimos la carrera. Nunca volvió a tener un puesto público, creo que ni siquiera volvió a trabajar en nada.

Gabriel voltea a ver la pequeña casa, cuya descuidada fachada casi la hace parecer abandonada; aún así, es una colonia de nivel socioeconómico medio, definitivamente no es el tipo de lugar en el que vivía siete años atrás, en un exclusivo sector en el que ahora posiblemente ni siquiera le permitan el paso, pero tampoco es un lugar que pueda permitirse alguien que no tenga un ingreso económico. O que al menos haya conseguido ahorrar una suma importante de dinero antes de dejar de percibirlo.

—Nosotros hicimos nuestro trabajo. Si hubo consecuencias para él por no hacer el suyo, que lidie con ellas —responde Gabriel, y al instante traga hondo al pensar que tal vez eso es precisamente lo que está haciendo: lidiar con ellas... y con ellos.

Las palabras de Lorena retumban en su mente: «Esta persona está convencida de que ustedes se lo merecen. Y eso la vuelve extremadamente peligrosa».

La pregunta de Julián lo saca de sus pensamientos.

—¡Hey!, ¿no me escuchaste?

—¿Qué?

—Te pregunté que si crees que sea buena idea hablar a la Policía, que sepan que estamos aquí.

—Tú de plano no entiendes, Julián —dice antes de bajar del vehículo, obligando a su colega a seguirlo apresuradamente.

Cruzan la calle y abren el desvencijado cerco de alambre que sirve como puerta exterior de la propiedad. Caminan con paso firme —Gabriel, al menos —, hasta llegar a la puerta de la casa para tocar un par de veces.

Después de unos segundos que parecen eternos, se escucha ruido de pasos en el interior, seguido del chirrido de las poco aceitadas bisagras de la puerta abriéndose para dar paso al rostro de Omar Casillas.

El cerebro de Gabriel tarda unos instantes en procesar que en realidad se trata de él, lleva la barba descuidada y el poco pelo que le queda está mal cortado y alborotado. No es dermatólogo, pero inmediatamente piensa que esa es la piel de alguien que no se baña precisamente muy seguido. Poco queda del soberbio y prepotente funcionario que le dijo en una ocasión que él se encargaba de la ley y que en *su estado* no pasaba nada sin que se enterara.

Casillas los reconoce de inmediato. Si Gabriel había pensado que *media sonrisa* era solo un término literario, descubre en el rostro del exprocurador que no solo es posible, sino que además produce un efecto muy tétrico.

—Palafox, Fuentes —dice mientras acompaña sus palabras con una ligera inclinación de cabeza.

Hasta ese instante, Gabriel no había reparado en cómo se dirigiría a él cuando lo viera, después de todo, el trato que le dio el poco tiempo que lo conoció siempre fue de procurador. Al final decide hablarle el mismo tono que él utilizó.

—Casillas.

El exfuncionario voltea a ver a Fuentes, pero éste dirige la nerviosa mirada hacia la pared.

—Tú no cambias, mi Estrobos —dice en un tono que parece estar a medio camino entre la burla, la risa y la resignación—. ¿Qué los trae por aquí?

—Quisiéramos hablar con usted —interviene Gabriel—. Si tiene unos minutos.

Casillas echa un largo vistazo al interior de la casa sin moverse de la puerta y Gabriel nota que sus ojos bailan de un punto a otro, como asegurándose de que no haya nada a la vista de miradas indeseadas.

—Pasen, dice por fin.

Gabriel da un paso hacia dentro sin contestar. Prácticamente tiene que jalar a Julián, que hubiera estado mucho más cómodo si la reunión se llevaba a cabo afuera.

— Ustedes sabrán disculpar que no cuente con los muebles más lujosos para que se sienten, pero bueno, las cosas cambian, ¿verdad? —dice mientras les señala con la mano unos viejos sillones que, sin duda, al igual que su dueño, tuvieron mejores días.

—Las cosas cambian —responde Gabriel mientras se sienta. Incómodo, Julián hace lo mismo.

La pequeña sala se siente más reducida aún con el pesado silencio. A pesar de la situación, Gabriel sonríe al pensar que, si estuviera dentro de una película de suspenso, en cualquier momento comenzaría a escucharse el característico silbido que hace el vapor al salir de una calentadera llena de agua hirviendo.

Pero no están dentro de una película de suspenso y es Casillas quien se decide a romper el silencio.

—Lo que sea de lo que quieran hablar tiene que ser muy importante para que tengan el pinche descaro de venir aquí, así que, hablen de una puta vez, que tengo cosas qué hacer.

Gabriel carraspea mientras Julián, sentado, sigue incomodo cambiando de una posición a otra. Es evidente que la falsa amabilidad inicial ha terminado.

—Dejémonos de pendejadas entonces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Gabriel se recarga en el respaldo del sillón. Sin pensarlo, coloca su pie izquierdo sobre la rodilla derecha, su mano izquierda sobre la rodilla del mismo lado y su mano derecha casi sobre el tobillo; es la misma posición que ha usado durante años como entrevistador. Una que de alguna manera lo hace sentir que tiene algo de control sobre la situación.

—¿Qué sabes de lo que está pasando?

—Ah, ¿se acabó el trato de usted?

Gabriel no responde mientras lo observa de forma inquisitiva, pendiente de sus reacciones.

—¿Puedes ser más claro con tu pregunta, Gabriel?

—Luis Márquez, Fernando Robles, Pedro Gutiérrez. Los tres asesinados en menos de tres semanas.

—Sí, todavía leo las noticias. Lo que no entiendo es que qué crees que

tiene que ver conmigo.

—Eso es precisamente lo que te estoy preguntando, sin rodeos y sin estupideces, ¿tienes algo que ver?

La sonrisa de Casillas se convierte en una ligera risa que pronto da paso a una carcajada.

—Supón que sí. Supón que yo los estoy matando. ¿Realmente esperas que en este momento me confiese ante ti?

—¿Entonces admites que los homicidios están relacionados entre sí? —pregunta Gabriel tratando de contener la emoción producida por la adrenalina que bombea por todo su cuerpo.

—¡No admito nada, ni una chingada! Pero por supuesto que los tres homicidios están relacionados. Se necesita ser muy idiota para no darse cuenta de eso.

—Barragán mantiene su postura de que son casos aislados.

—Como dije, se necesita ser muy idiota para no darse cuenta —contesta con desprecio al escuchar el apellido.

—Explícame entonces, Omar, ¿de dónde sacas que los crímenes están conectados?

—¿No dijimos que sin pendejadas? No estuvieran aquí si no hubieran llegado a esa conclusión ustedes mismos. Están conectados y piensan que yo tengo algo que ver.

—Explícame de todos modos.

Casillas lo mira con una expresión que solo puede calificarse como de burla y se levanta del sillón tan rápido que provoca que Fuentes de un respingo y Palafox junte sus manos por impulso. El exfuncionario sonrío al comprobar el efecto causado.

Camina hacia el pasillo que comunica la sala con las habitaciones sin decir una palabra y entra por una de las puertas.

—Gabriel, vámonos, vámonos mientras podemos —susurra Julián.

—Tranquilo, Fuentes. Los perros huelen el miedo, y este perro en particular, puede que tenga mucho tiempo con rabia.

El Estobos está a punto de decir algo más cuando Casillas regresa a la sala con una caja de cartón. El sonido que produce cuando la pone sobre la mesa da cuenta de que es muy pesada.

—¿Quieres la verdad?, porque te advierto que eso es lo único que te puedo ofrecer, y no te va a gustar.

—Quiero la verdad —responde el periodista con más ansiedad que

seguridad en sus palabras.

—Voy a mostrarles algo. Se supone que no debería tener esto, pero este caso y ustedes me destruyeron, así que me asegure de quedarme con... recuerditos.

Casillas saca una pesada carpeta, idéntica a la que se utiliza en las investigaciones de la Procuraduría de Justicia. La pone en la mesa frente a Palafox para que éste pueda leer claramente el nombre que está escrito en ella: Genaro Valenzuela Carranza.

—Es una copia. El original debe de estar arrumbado, acumulando polvo, probablemente hayan cambiado el nombre para que nadie lo encuentre o hasta lo hayan incinerado, ve tú a saber, pero éste sirve.

—¿Sirve para qué?

—Cuando mataron a Márquez no sospeché nada. Cosas que pasan, ¿sabes?, pero cuando mataron a Robles, ahí me quedó claro.

Gabriel se mantiene en silencio, dispuesto a dejarlo hablar. No quiere que alguna palabra mal interpretada lo haga cambiar de opinión, sobre todo considerando que está tan extrañamente cooperativo.

—Siempre dijeron que no avanzamos nada, pero eso no es cierto. Avanzamos, solo que había cosas que no podíamos decir y había pistas sobre las que era mejor no continuar. Hay cosas que mucha gente, la gente que menos te imaginas, preferiría mantener en silencio.

Al decirlo dirige su mirada hacia Fuentes, quien se mueve incomodo y voltea hacia otro lado.

—Con las entrevistas y las indagatorias que hicimos determinamos varias cosas. Descubrimos por ejemplo que Magda Cruz, novia de Genaro, los odiaba. Te odiaba a ti particularmente por ser su jefe y odiaba a Luis Márquez por haberlo rechazado cuando buscó trabajo en la sección deportiva del periódico en el que trabajaba, pero estoy seguro de que ya lo sabes.

—Continúa, por favor.

—También descubrimos que Fernando Robles prácticamente le había lavado el cerebro para animarlo a que se dedicara al periodismo policíaco, cosa que tú probablemente no sabías en su momento.

—No lo sabía.

—Da igual. La hermana de Genaro odiaba a Robles por eso y te culpaba a ti por lo mismo, nos lo dijo, con esas palabras.

Gabriel se mantiene en silencio, anticipando que no ha terminado de hablar.

—Obviamente ninguna de las dos cosas fue importante en su momento, pero cuando me enteré de que también lo habían matado, primero a Márquez y luego a Robles, lo primero que vino a mi mente fue eso. Un homicidio en un asalto es una cosa, dos muertos en tan poco tiempo y relacionados con ese caso... no es coincidencia. Simplemente no puede serlo.

Mientras habla, Casillas saca de la caja una fotografía. La misma fotografía tomada por Genaro y que les mostró en su momento Fuentes, con la diferencia de que esta tiene mejor calidad.

—Y después, encuentran muerto a Pedro Rodríguez —dice sin perder la sonrisa—. Veo que no te sorprende ver esta foto, así que confirmo que estoy en lo correcto. Ya sabes de qué va esto, o al menos crees saberlo. Alguien cree que las cinco personas en esta fotografía tienen algún grado de responsabilidad en lo que le pasó a tu reportero.

—En este momento quién me parece sospechoso eres tú —se atreve a decir, y se arrepiente al instante de mostrar sus cartas tan pronto.

La expresión de Casillas cambia de sapiencia a sorpresa. Titubea un par de segundos antes de hablar.

—No seas ridículo, ¿qué motivo podría tener yo después de haberlo perdido todo?

—Ese, precisamente. Que nos culpes de lo que pasó, que nos culpes de la consecuencia de tus actos, o la falta de ellos.

Casillas lo piensa por unos instantes.

—Oh, ya entiendo. Te refieres al reportaje que hiciste en Canal 9. No, Gabriel. Efectivamente te culpo a ti por eso, pero solo a ti. Si quisiera hacerte daño sería a ti. ¿Qué motivos tendría para ir por los otros?

El periodista coloca los dos pies en el suelo, pone las manos en el asiento del sillón y se desliza un poco hacia adelante, inclinándose ligeramente en dirección al exfuncionario, en parte para mostrarle que no se siente intimidado por él y en parte para asegurarse de que la grabadora que lleva oculta en la bolsa lateral de su pantalón tipo cargo esté unos centímetros más cerca y registrando todo.

—Yo fui quien dirigió el reportaje, Robles me ayudó, Márquez y Fuentes lo replicaron en sus respectivos medios y Rodríguez... sospecho que pensaste que Rodríguez fue nuestra fuente. ¿Por eso te ensañaste tanto con él? ¿Por eso la tortura?

Casillas lo mira sorprendido, sorpresa que cambia de lado de la mesa cuando se empieza a carcajear como un loco. Palafox aprieta los puños al

darse cuenta de que pasa casi un minuto y el exprocurador se sigue riendo.

—Ay, Gabriel —dice cuando al fin consigue controlarse, aún dejando escapar algunas risas—, pensé que eras más inteligente, pero de verdad que no sabes nada. Nunca supiste nada.

—Ten el valor de aceptar lo que hiciste —responde el periodista buscando una grabación incriminatoria, aunque para ese momento ya está pensando que es posible que su teoría no sea correcta.

—Oh, lo haría, pero estás muy equivocado. Aún si yo pensara que Rodríguez fue tu fuente, que, por cierto, sé muy bien que no lo fue, quien lo haya matado tenía motivos más fuertes, créeme, y vaya que quien lo mató tuvo razones para ensañarse con él.

Casillas mete la mano de nuevo a la caja y saca otra imagen. Una captura de pantalla de una cámara de seguridad que muestra a Pedro Rodríguez entrando en su auto con un pequeño sobre de manila en la mano.

—La imagen fue tomada la misma noche en que desapareció tu reportero. ¿Quieres saber qué lleva *tu amigo* en ese sobre?

«No, no quiero», piensa Gabriel antes de que un débil *sí* salga de sus labios.

—En ese sobre lleva los miserables mil dólares que le pagaron por vender a Genaro a Los Leñadores.

Nota de Prensa

Informativo En Línea | 02 de Abril de 2013 | Seguridad

Participaron policías en desaparición de Genaro: Canal 9

- **Han pasado casi ocho meses y no se tienen rastros de su paradero**

Al menos un policía habría participado en la desaparición forzada de Genaro Valenzuela, reportero de Canal 9, de acuerdo con un reportaje especial difundido por la televisora.

En la nota informativa de más de 15 minutos de duración transmitida la noche de ayer, se menciona que una fuente confidencial reveló que había un grupo de policías pendiente de las investigaciones realizadas en torno al grupo criminal conocido como Los Leñadores.

Estos policías habrían sido quienes dieron aviso a los integrantes de dicha asociación delictiva en el sentido de que Valenzuela estaba investigándolos y se encontraba muy cerca de conseguir evidencia sólida contra ellos.

Sin dar más datos, Gabriel Palafox, director editorial de Canal 9, advirtió que cuenta con elementos para pensar en que también hay empresarios coludidos con la temida organización criminal, aunque de momento se reservan la información hasta comprobar que los datos sean correctos.

Omar Casillas, procurador de justicia del Estado, descartó responder a preguntas directas sobre el tema al que calificó como “un delirio irresponsable que hace más daño a una familia ya de por sí afectada”.

Cabe destacar que el violento grupo conocido como Los Leñadores ya no está activo, pues presumiblemente se desintegró a principios de este año cuando sus principales cabecillas fueron asesinados en una serie de enfrentamientos con una organización rival.

Caras vemos

Viernes, 16 de agosto de 2019, 03:26 P.M.

Gabriel está furioso. Se levanta y hace ademán de irse, pero se detiene. Siente que una lágrima está a punto de salir de sus ojos y pone todo su esfuerzo en contenerla. No le va a dar ese gusto.

—Vete a la mierda, Casillas. Lo estás inventando —dice sabiendo que no se engaña ni él mismo.

—Vete a la mierda tú, Palafox —responde en los mismos términos—. ¿Querías la verdad?, pues ahora te la tragas.

Julián Fuentes, por su parte, se mantiene en silencio, moviendo la cabeza de un lado a otro como a punto de tener un ataque.

—¿Y se supone que tengo que creerte así nada más?

—Me importa una chingada qué crees o no. Es tu vida la que está en juego, no la mía.

Gabriel, más calmado, decide sentarse de nuevo.

—Muy bien, convénceme.

—No tengo por qué convencerte de nada. Si te quieres ir, ahí esta la puta puerta.

Gabriel aprieta los labios, pero no dice nada. Al fin es el exprocurador quien retoma la conversación.

—No tienes que ser tan duro con Rodríguez, ¿sabes? En esto, ni siquiera te das cuenta de cuándo empieza, cómo empieza.

Gabriel no responde. Algo dentro de él le dice que si lo hace se va a quebrar y entonces la ventaja estará del lado de su interlocutor. Como entrevistador, sabe que no puede permitirse eso.

—Un día te dicen que mires para otro lado, ni siquiera hablan de dinero, sino de tu seguridad, así que simplemente haces como que no viste. Luego, de pronto, entras a tu auto y encuentras un sobre lleno de billetes, incluso un

maletín; después un portafolios en tu oficina, un mensajero llega a tu casa como repartidor de comida, pero en lugar de eso lleva más dinero, entran depósitos a tu cuenta de banco sin que tú estés enterado; en fin, cuando menos te lo esperas estás trabajando para ellos... y muchas veces no sabes ni *quiénes son ellos*.

—No me interesa lo que te digas para justificarte y poder dormir por las noches.

Casillas ríe de buena gana y echa la cabeza hacia atrás

—Lo que te quiero decir es que es posible que Rodríguez ni siquiera haya tenido opción. A veces hacemos cosas que no queremos o cuyas consecuencias no conocemos, ¿verdad, Julián?

Fuentes se levanta de su silla en cuanto escucha su nombre. Siempre se han burlado de él aludiendo a una supuesta inestabilidad mental, pero nunca como en este momento Gabriel ha visto tanta locura en esos ojos.

—Hey, hey, tranquilo, amigo. Siéntate —pide.

—¡Me siento madres, yo me voy de aquí! Tú estás loco, mi Gaby, dicen que el loco soy yo, pero tú estas loco. Nos van a matar y tú estás como si nada.

Gabriel se levanta para tratar de tranquilizarlo, pero Casillas interviene.

—Díselo, Julián. Díselo de una buena vez o se lo digo yo.

Fuentes lo mira con los ojos bien abiertos, inyectados de odio y prácticamente bufando como un toro salvaje.

—¿Decirme qué?, ¿sabes qué?, no importa. Lo que sea, lo hablamos después. Simplemente ignóralo.

—Oh, pero creo que lo quieres saber —continúa Casillas—. Estoy seguro de que lo quieres saber ahora.

Palafox dedica a Casillas una mirada de reproche, pero inmediatamente después voltea a ver a Fuentes. No le dice nada, sus ojos hablan por él.

—Yo... yo no sabía lo que iba a pasar —dice al fin el Estrobos—. Tienes que creerme, yo no sabía lo que iba a pasar.

«Hijo de tu pinche madre», piensa Gabriel, pero se lo guarda para él.

—Yo solo le dije lo que había escuchado, rumores. No sabía que se iba a meter tan adentro. No sabía que eso iba a provocar que *lo levantarán*, que se lo llevaran.

—Julián, ¿de qué demonios hablas?

Fuentes se derrumba sobre la silla, pone los codos sobre sus muslos y esconde su rostro entre sus manos.

—Yo le dije que había muchos rumores sobre la supuesta relación entre

Los Leñadores y dos empresarios, empresarios de los grandes, todo con la protección de algunos altos mandos policíacos. Yo le dije. Yo le dije.

Gabriel aprieta los puños. Quiere lanzarse sobre su colega, pero dentro de él sabe que no tiene la culpa. Al menos no por completo.

—¿Por qué, Julián?

Fuentes abre la boca y lo mira con expresión desesperada, pero no atina a decir nada antes de hundir su rostro en las palmas de sus manos de nuevo.

—¿De verdad tienes que preguntar? —cuestiona Casillas—. Le dio la información porque necesitaba que un *periodista de verdad* investigara, ¿no es así, *Estorbos*?

Gabriel quiere decirle que se calle, pero las palabras tampoco salen de su boca.

—El buen Estorbos, como todos sabemos —continúa el exfuncionario—, es un periodista mediocre, y decirle es eso es casi hacerle un favor. Él no sabe investigar, él solo publica lo que le dicen, lo que le pasan. Necesitaba que Genaro investigara y cuando la nota tuviera repercusión estatal o incluso nacional, entonces él iba a decir que fue el primero que tuvo la información. Lo iba a presumir, aunque lo tiraran a loco.

—Julián... —empieza a decir Gabriel, pero Fuentes se levanta y abandona la casa sin decir una sola palabra.

El periodista voltea a ver al exprocurador, quien tiene una expresión de estarse divirtiendo como nunca en muchos años.

—¿Qué?, ¿también me vas a echar la culpa a mí de que a este güey le falten dos tornillos?

—Cállate, Casillas.

El rostro del exfuncionario cambia, Gabriel piensa que está a punto de echarlo de su casa, pero la expresión dura, pronto da paso a una sonrisa.

—Ya, pues. Déjalo ir, al rato te va a buscar. No sabe hacer nada solo. Posiblemente hasta te esté esperando cuando salgas.

Gabriel quiere ir tras él pero recuerda que está grabando todo y no sabe si tendrá otra oportunidad, así que se sienta de nuevo. Sin darse cuenta, toma una vez más su acostumbrada pose de entrevistador.

—Muy bien. ¿Qué quieres decir con eso de que Pedro entregó a Genaro a Los Leñadores? ¿Acaso él —le tiembla la voz— lo secuestró?

Casillas se toma varios segundos antes de contestar. Lo hace de forma deliberada. Lo tiene donde lo quería y no va a perder la oportunidad de disfrutarlo.

—No. No fue él personalmente quién lo secuestró —responde al fin—. De ser así le hubieran tocado más de mil dólares. Su participación fue más... indirecta, por decirlo de alguna manera.

—¡Con una chingada, Casillas!

—Tranquilo, que eres un invitado en mi casa. No hay que olvidar los buenos modales.

El periodista masculla algo y recarga la espalda en el sillón.

—No fue Rodríguez quién lo secuestró. Verás, y aquí me importa un demonio si me crees o no, yo no sabía nada en ese momento. Los empresarios mencionados, los que tenían negocios con Los Leñadores, son Diego Ruiz y José Luis Gómez. Nunca pudiste averiguar a ciencia cierta quiénes eran, ¿verdad?

Gabriel piensa que escuchar y tener grabados con la voz de Casillas ese par de nombres que buscó tanto siete años atrás, ya es una victoria por sí misma, pero no es suficiente. En ese momento es solo la palabra de un exprocurador señalado y venido a menos, contra las de dos conocidos empresarios, uno especialmente muy poderoso.

—Estaba seguro de Ruiz, aunque nunca tuve pruebas —confiesa Gabriel—. De Gómez, tengo que admitir que nunca me pasó por la mente. No es precisamente muy exitoso y solo tiene un negocio de transportes.

—Eso es lo que tú crees. Su juego es disimular mientras acumula el dinero en cuentas secretas, ya sabes, para retirarse en unos años.

—Muy bien, Ruiz y Gómez, ¿tienes pruebas entonces?

—Transcripciones de llamadas telefónicas, estados de cuenta, incluso un par de fotografías. Todo está aquí —responde señalando la caja—, pero te recuerdo que todo lo que tengo son copias, así que el original está en la Procuraduría.

—Lo que significa que si no han avanzado con la investigación y no los han detenido es simplemente porque no quieren.

Casillas se ríe y muestra los amarillentos dientes.

—Exacto. Eso, o cómo te dije, alguien *perdió* las partes importantes del expediente. También es posible.

Muy a su pesar, Gabriel puede imaginar a su amigo, Pedro, tomando las evidencias y destruyéndolas antes de que alguien más tuviera acceso a ellas.

—Bien, digamos que te creo. ¿Qué más? ¿Por qué Genaro?

—Pues por eso. Averiguaron que alguien había hablado de más, así que les pidieron a varios policías en su nómina que tuvieran los ojos bien abiertos. La

orden era simple: en el momento en que descubrieran quién era, debían pasarle su nombre a Rafael *el Ferraris* Flores, uno de los jefes de plaza. Lo único que hizo Rodríguez fue hacer una llamada y el resto, al igual que el pobre de Genaro, es historia.

—¿Cómo puedes estar seguro de qué fue él?

—¡Porque es mi puto trab...! Porque era mi trabajo, cabrón. Porque a diferencia del pendejo que tienen haciendo *horas nalga* sin dar resultados en mi oficina, yo no soy un incompetente.

Gabriel razona que ya han pasado más de seis años y el estado vivió incluso un cambio de administración estatal en el año 2014, así que aún de no haber sido destituido, Casillas ya no estaría en esa oficina. Decide que no es importante mencionarlo, el hecho de que aún le llame *su oficina* le dice que no está precisamente estable.

—Y si eres tan chingón, ¿por qué no dijiste nada en ese momento?, ¿por qué te quedaste callado cuando lo descubriste? Ese hubiera sido el caso que te hubiera llevado a la fama.

—A la tumba, dirás. Ya te lo dije —responde después de una breve pausa—, a veces ni siquiera sabemos para quién estamos trabajando.

—No me digas: resulta que los que te pagaban eran Los Leñadores y no te habías dado cuenta.

—Ojalá —responde con un bufido—. Al menos así ya estaría libre después de que los aniquilaron. No. El dinero venía de Ruiz, de Gómez y de varios más, algunos ni siquiera sé quiénes son. No podía decir nada porque no era solo yo, sino la vida de mi familia la que estaba en juego. Y cuando sacaste tus reportajes, fui el villano ideal para el sacrificio.

El periodista no puede dejar de notar la ironía. Poco más de un año antes de su destitución, Casillas se había visto envuelto en un escándalo en el que supuestamente utilizó a un albañil como chivo expiatorio en un caso de doble homicidio.

Al final, el obrero recuperó su libertad y Casillas salió bien librado al afirmar que los agentes a su cargo se equivocaron con la evidencia, pero el caso lo había dejado marcado ante la opinión pública.

—¿Qué fue lo que le hicieron? —pregunta al recordar para qué está ahí y nota que tiene mucho miedo de saber la respuesta.

—¿A Genero? No lo torturaron, si eso es lo que quieres saber. Se corrió mucha información después diciendo que lo habían tenido por días, que habían contratado un médico especialista para mantenerlo con vida mientras lo

cortaban en pedazos. Ya sabes, por aquello de las hachas. En realidad, no hubo nada de eso. Lo hacían, sí, y vaya que les encantaba grabarlo, pero lo dejaban para sus rivales, para sicarios de otros grupos.

—¿Y entonces? —pregunta sin atreverse a admitir que se siente algo aliviado por la respuesta.

—Entonces, nada. Cuando llegó a su casa lo estaba esperando el Ferraris. Le dijo que no gritara, le apuntó con su pistola y le preguntó si alguien más tenía la información que estaba en su poder y si alguien más sabía lo que estaba investigando. Genaro le dijo que no, que era su exclusiva y el Ferraris le creyó.

—Pero no lo mató ahí. Yo mismo vi su casa y no había huellas de violencia. No había señas de pelea. No había sangre.

—No hubo sangre porque no se derramó ni una gota. El Ferraris le dijo que ya se iba y que estaría bien, siempre y cuando se mantuviera callado, pero cuando iba hacia la puerta, cuando pasó por su lado, se puso a espaldas de él y le rompió el cuello.

Gabriel se estremece al visualizar en su mente, sin poder evitarlo, el frágil cuerpo de Genaro cayendo al suelo con los ojos bien abiertos.

—El Ferraris era un tipo grande. No un monstruo, pero sí pasaba del metro con ochenta y cinco centímetros y debía pesar unos noventa kilos, fácil, además tenía entrenamiento militar. Genaro, por otro lado, media un metro con setenta centímetros y pesaba sesenta y ocho kilos, creo que incluso un poco menos. Nunca tuvo oportunidad.

Gabriel esta haciendo uso de todo su temple para evitar que sus manos tiemblen. Es cierto, Genaro era muy delgado, no hubiera podido escapar del mortal abrazo de un sicario entrenado para matar con sus propias manos.

—Vuelvo a preguntar, y no me digas que es porque eres un chingón. ¿Cómo sabes eso?

—Porque el policía estatal que ayudó al Ferraris a sacar el cadáver me lo dijo esperando que yo le ayudara. Tranquilo, no fue Pedro.

—¿Un policía?, ¿está dispuesto a hablar? Casillas, estás en una mala situación, pero juntos podemos salir de esto, tal vez hasta limpiar tu nombre y recuperar tu vida.

—Solo que conozcas a un buen médium y creas en esas estupideces. A mí me obligaron a renunciar, a él lo mandaron a la sierra. Lo mataron hace cinco años en un enfrentamiento.

—Entonces lo único que tengo es tu palabra —se lamenta.

—Dije que te iba a decir lo que pasó, no que te iba a resolver la vida.

Gabriel lo ve fijamente. Una parte de él tiene muchas dudas y lo sigue viendo como sospechoso, pero otra parte le cree. El periodista dentro de él le dice que nunca hay que descartar nada mientras no tengas el dato duro en la mano.

Y hablando de datos duros, esa pesada caja de cartón de donde salió el expediente puede estar llena de ellos.

—Tampoco te voy a dar esto —advierte Casillas al ver a dónde dirige la mirada—. Es mi seguro de vida.

Gabriel piensa que podría pelear por la caja, ciertamente el exprocurador no se ve en buen estado físico, pero también está seguro de que tiene al menos un arma de fuego, probablemente la lleve consigo en ese mismo momento.

—¿Entonces por qué me estás diciendo esto?, ¿por qué ahora? Estoy completamente seguro de que te encantaría que quien quiera que esté haciendo esto, tenga éxito, al menos conmigo.

Casillas gira la cabeza de un lado a otro haciendo crujir su cuello antes de contestar.

—Estoy harto, Gabriel. Estoy hasta mi pinche madre de esto, de ellos, de mí. Esta no es mi vida. Yo tenía una casa lujosa, hacia viajes a cualquier parte del mundo dos o tres veces al año, tenía una esposa hermosa en mi casa y conseguía a la mujer que quisiera en otras partes, también tenía a mis hijos. Ellos me lo quitaron todo.

Casillas se inclina un poco, lleva su mano derecha a la parte trasera de su cintura para buscar algo y Gabriel siente que el corazón se le detiene.

—Mira —dice Casillas mientras le muestra el teléfono celular que llevaba en la bolsa trasera—. Mira la lista de llamadas. La última vez que hablé con mis hijos fue hace tres meses y no fueron más de dos minutos.

Gabriel no deja de pensar en lo extraño del momento. De un segundo a otro, el prepotente exprocurador de justicia ha cambiado su actitud. Casi parece un indigente a punto de pedirle un par de pesos. O el último borracho de la fiesta, buscando a quien tenga todavía paciencia para hablar con él cuando todos los demás le han dicho que se vaya a dormir.

—¿Y no me culpas a mí por eso?

—No eres nada, Gabriel —responde con una sonrisa triste—. No te lo digo a modo de ofensa, no somos nada, nadie, ni tú, ni yo. Ni Pedro, ni Genaro. Somos peones jugando el juego de los ricos, de los que controlan todo lo que pasa. Tú descubriste lo que te dejaron que descubrieras. Genaro... a

Genaro le tocó mala suerte.

Gabriel se cubre la boca con la mano mientras piensa. De pronto nota que lleva demasiado tiempo ahí y si lo que Casillas dice es verdad, sirve solo para descartarlo como sospechoso, pero no para saber quién lo quiere muerto.

Lo de la evidencia para meter a Ruiz y a Gómez a prisión puede esperar, puede hacerlo después, puede conseguirla por otro lado y hacer una investigación que haga retumbar los cimientos de la Procuraduría o incluso del Gobierno del Estado, pero para eso necesita seguir con vida.

Y para seguir con vida necesita descubrir quién lo quiere muerto.

—¿Quién más puede saber esto, Casillas?, ¿quién más puede saber lo que hizo Pedro?

—No lo sé, yo estoy fuera desde hace mucho.

—Haz memoria, por favor. Es importante.

—Para ti.

Gabriel no responde, Casillas sonrío.

—Sé muy poco, todavía escucho uno que otro rumor. Supe que más o menos en el tiempo en que... *me renunciaron*, hubo alguien haciendo preguntas. Una mujer.

—¿Una mujer? —Gabriel siente que la cabeza le da vueltas—. ¿Su hermana, su novia... su mamá?

—No era su mamá, eso lo sabría. Tampoco creo que su hermana porque en ese entonces era apenas una adolescente. Dicen que era una mujer joven, muy atractiva, es todo lo que sé.

—Vamos, Casillas. Tiene que haber algo más.

—Bueno, hay algo, pero...

—Dímelo.

—El rumor fue que se metió con cuanto policía se encontró, que pasaba de cama en cama con cualquier agente del que creyera que podía obtener algo de información. ¿Qué fue lo que pudo averiguar?, de eso no tengo ni idea. No creo que haya tenido acceso al expediente, pero no es imposible que haya conseguido partes de información por aquí y por allá y luego les haya dado forma. También sé que tuvo suerte de que para ese entonces Los Leñadores ya no existieran o la habrían matado.

Gabriel quiere seguir preguntando, pero la cara de Casillas le dice que no está mintiendo. No tiene idea de quién pueda ser, ni siquiera vale la pena mostrarle la foto de Magda Cruz para confirmar sus sospechas.

De pronto recuerda las palabras del procurador Barragán: Pedro Gutiérrez

tuvo relaciones sexuales antes de morir y sobre él se encontraron fluidos corporales y vello púbico de una mujer no identificada.

—Omar —le dice sin reparar en que lo está tuteando—, ¿te puedo hacer una pregunta más?

—Dime.

—¿Qué tan difícil es conseguir una muestra de ADN de alguien sin que se entere?

Julián

Viernes, 16 de agosto de 2019, 08:15 P.M.

Julián Fuentes no nota nada raro cuando llega a su casa. Estaciona su ruidosa moto al frente, como siempre, sin importarle que ocupe parte del área de estacionamiento del vecino a pesar de todo el espacio libre que tiene en su propia cochera.

Trabajosamente, producto en parte de todo el alcohol que se acaba de meter en la única cantina que todavía le da crédito, introduce la llave en la cerradura y le da vuelta. Un presentimiento lo hace girar sobre su propio eje recordando la forma en la que mataron a Robles... y no encuentra nada.

Entra a su domicilio, cierra la puerta y pone los tres gruesos pasadores de costumbre. Entonces recibe una llamada telefónica. Contesta sin ver el número en la pantalla.

—¿Bueno?, ¿Gabriel? Oye, siento mucho haberme ido así, pero...

—Guarda silencio y escucha —dice la voz al otro lado de la llamada—. La vida de la niña depende de que hagas exactamente lo que te ordene. No más, no menos.

—¿La vida de quién? —pregunta sin entender muy bien lo que acaba de escuchar.

El periodista se va poniendo cada vez más pálido mientras escucha la voz que le da instrucciones puntuales por casi dos minutos.

—Siempre fuiste tú —balbucea, pero la conversación ha terminado.

Con piernas y brazos temblorosos, entra a la sección de llamadas recientes de su teléfono y elimina el último registro, como se le ordenó. Después abre su computadora portátil y entra a la *fanpage* de su sitio de noticias en *Facebook*. Escribe un *post* que será publicado a las cinco de la mañana.

Acto seguido, toma la plancha para ropa. La desecha de inmediato al comprobar que el cable es muy corto, así que toma la vieja aspiradora.

Menos de cinco minutos después, su cadáver cuelga macabramente de una viga en el techo.

Nota de Prensa

Informativo En Línea | 17 de agosto de 2019 | Seguridad | Nota en Construcción

Se suicida conocido periodista policiaco

- **Julián Fuentes Chávez se quitó la vida en su domicilio la noche del viernes**

Julián Fuentes, conocido periodista policiaco y director del semanario y de la página de noticias en *Facebook*, *Verdad Absoluta*, se quitó la vida este viernes, informó la Procuraduría de Justicia del Estado.

De acuerdo con el comunicado oficial, Fuentes utilizó el cordón de un electrodoméstico para colgarse de una viga dentro de su domicilio en la colonia Revolución; fue encontrado por la mañana debido a que dejó un mensaje póstumo programado para aparecer en su página de *Facebook*.

“A todos nos toca pagar y yo tuve suerte mucho tiempo. El único culpable de mi muerte soy yo”, decía el mensaje que puede leerse en capturas de pantalla que se tomaron de la *fanpage*, ahora desactivada.

La vocera de la Procuraduría de Justicia, Guadalupe Lira, no ha respondido a las solicitudes de medios de comunicación de hablar con el procurador Néstor Barragán.

En el boletín oficial reiteran, sin embargo, que no se encontraron huellas de violencia en el cuerpo de Fuentes, ni algún elemento que los haga pensar que había otra persona con él cuando tomó la fatal decisión.

De manera extraoficial, se sabe que Fuentes estuvo bebiendo en una conocida cantina de la ciudad durante varias horas de la tarde del viernes; testigos dicen que se retiró después de tener una discusión con el dueño referente a la cuenta.

Seguiremos informando...

En la boca de la loba

Sábado, 17 de agosto de 2019, 06:12 A.M.

Gabriel está sentado en la pequeña mesa que hay en la habitación de hotel que rentó, temeroso de ir a su casa; en la computadora encendida se ve la noticia del pasquín *Informativo en Línea* que da cuenta del suicido de Fuentes.

Palafox siempre ha odiado ese sitio por considerarlo alarmista y poco ético. El tratamiento que le dan a la muerte de Julián y la mención innecesaria de que dejó una deuda en una cantina lo hace odiarlo mucho más.

A pesar de todo lo que está pasando, el nombre que aparece en la pantalla de su teléfono cuando éste suena, le provoca una sonrisa.

—Hola, amor.

—Amor, ¿cómo estás?, ¿me arranco para allá? —pregunta Lorena.

—¡No! —responde de inmediato—. Lo que menos quiero es eso, allá estás segura. Lo que sea que... creo que esto está a punto de terminar, de una manera u otra.

—No digas eso, nada que de una forma u otra.

—Supongo que ya supiste lo de Fuentes. Esas noticias vuelan.

—Sí, está en todas las redes sociales desde muy temprano. ¿Crees que en realidad fue un suicidio?

—Sí, creo que sí. Julián estaba bastante inestable, por decir lo menos. Supongo que no vio otra salida.

El silencio en la línea se hace insoportable. Solo dura unos segundos, pero se siente como si fueran horas.

—¿Cómo está Lila?

—Bien, muy bien. Despertó hace rato, pero se volvió a dormir. Yo me vine a la sala para llamarte.

—Qué bueno. Pásame una foto más tarde, ¿bueno? O un video. La extraño

mucho.

—Sí, claro. Más tarde le tomo uno haciendo gracias. Gabriel, no puedes seguir así, seguir con eso. Ya basta. Tienes que ir con el procurador o incluso con el gobernador.

—Sí no confío en Barragán, mucho menos en Torres, Amor. Quiere ser presidente, ¿recuerdas? Y dicen que tiene buenas posibilidades. Jamás va a admitir una serie de asesinatos a periodistas.

—¡Pero no se trata de que los admita!, ¡ya están pasando! Están a la vista de todos.

—Para ellos no. Recapitulemos: Luis trabajaba en el Gobierno y murió en un asalto, lo de Fernando lo califican como venganza pasional, a Pedro lo mataron en su cama en lo que parece ser un rito sexual y ya ni siquiera era periodista, y Julián se suicidó. Lo van a consignar como una serie de eventos separados y nadie los va a sacar de ahí a menos que tenga pruebas. Datos duros. Y aún así, son capaces de negarlo.

—¿Y la foto?, ¿no basta la foto para que admitan que hay algo que no cuadra?, ¿para que al menos te protejan?

—No lo creo. Hemos estado en el medio muchos años, de seguro es fácil encontrar otras fotos en donde salgan ellos cuatro, solos o con otros colegas. No. La única forma de que lo acepten es hacerlo público, pero con pruebas.

De nuevo, se quedan en silencio hasta que Lorena hace la pregunta.

—¿Y qué piensas hacer?

—A Barragán se le fue la lengua y me dijo que encontraron suficiente material genético para sacar una muestra de ADN en el cadáver de Pedro.

—¿Material genético?

—Fluidos vaginales y vellos púbicos. Tuvo sexo antes de morir, ¿recuerdas?

Lorena lo piensa un par de segundos, valorando lo que significa.

—¿Sigues pensando que es Magda?

—Es lo que me hace más sentido.

—Y si es ella, ¿crees que te va a dar una muestra de ADN, así como así? Amor, es demasiado arriesgado.

—Solo necesito un cabello, o un vaso, un popote con saliva, algo que acabe de usar.

—Insisto, ¿crees que te la va a dar?, ¿de dónde piensas sacar eso?

—La cité a tomar un café. Le dije que tenía algo que decirle. Algo importante sobre Genaro.

—¡Gabriel!

—Escucha, todo va a estar bien, ¿de acuerdo? Cuida a Lila y dile que la amo. Me tengo que ir.

Lorena empieza a decir *te amo*, pero Gabriel ya está presionando el botón para finalizar la llamada.

Menos de dos horas después, está cruzando la puerta del café Dulce Final. No puede más que sonreír de forma nerviosa ante el curioso nombre del lugar que eligió Magda para verlo. Aún falta tiempo para la hora pactada, las ocho de la mañana, pero su intención era llegar antes.

Quince minutos después, ve a Magda entrando por la puerta. Le hace una seña desde la mesa y la invita a acercarse.

—Que sea rápido, Gabriel —dice mientras se sienta.

—Buen día, Magda. No sabía qué querías, así que te pedí un jugo de naranja —dice mientras señala el cristalino vaso con el popote de plástico por el que tuvo que prometerle una propina extra al mesero cuando éste le dijo que, por políticas ambientales, solo daban popotes si la bebida era para niños pequeños—. En un momento pedimos café.

—No tengo intención de quedarme mucho tiempo, así que olvida eso —dice ignorando completamente la bebida.

Gabriel hace un esfuerzo para tratar de no voltear a ver el jugo y parecer menos sospechoso, pero es como si el vaso ejerciera una fuerza gravitacional directamente hacia sus ojos.

—¡Está bien, me tomo el pinche jugo! —dice Magda mientras sujeta la bebida con la mano—. Dijiste que tenías algo que decir. Habla.

Magda toma un sorbo del jugo de naranja con el popote y Gabriel lucha por controlar la emoción.

—Yo... esto no es fácil, pero pensé que querías saberlo. Averigüé algo... algo sobre Genaro.

Magda guarda silencio y Gabriel la mira fijamente. Si sus sospechas son ciertas, ella ya sabe lo que él está por decir, pero tiene esperanzas de ver algo en sus ojos que le diga si está en lo correcto.

—Esto es importante, Magda. Tal vez creas que debemos ir a la Policía de inmediato, pero no podemos hacerlo. No podemos hacerlo porque no tengo pruebas. Sin embargo, estoy seguro de que es cierto.

—Habla de una puta vez.

—Durante años creímos que Genaro había sido secuestrado. Que lo habían tenido por algún tiempo, que lo habían hecho sufrir. Incluso que podría haber

durado años o... que aún estuviera vivo en alguna parte.

Magda no dice nada. Gabriel ve sus ojos empezar a llenarse de agua.

—Descubrí que no es así. Genaro fue asesinado el mismo día en que desapareció. Lo mataron rápido.

—Ya lo sabía —dice Magda y Gabriel siente que le empieza a faltar aire.

—¿Cómo?

—Es decir, no lo sabía en realidad, pero *lo sabía*, ¿me entiendes? Estaba segura de que había muerto. Cuando estás conectada con alguien de la forma en la que estábamos conectados nosotros dos, lo sientes.

Gabriel no dice nada, pero continúa mirándola para ver si detecta algo en su expresión. Magda lo toma como una burla.

—No me crees, por supuesto. No puedes creerme. Solo quienes hemos amado como lo hicimos Genaro y yo lo sabemos.

—No es eso, te creo —miente.

Magda toma otro sorbo del jugo y deja el vaso sobre la mesa.

—Eso no quiere decir que seas menos culpable, ¿sabes? Trabajaba para ti, era tu responsabilidad.

—Magda...

—Olvídalo. No me interesa lo que me tengas que decir a mí. ¿Se lo dijiste a sus padres?

—No. Iré con ellos ahora mismo, pero quería que lo supieras también.

—Ten cuidado con lo que les dices, Gabriel. Pobre de ti si les das falsas esperanzas.

—¿Falsas esperanzas? Les voy a decir que su hijo está muerto, eso no les va a dar ninguna esperanza.

—¿Crees que no lo saben? Eres más idiota de lo que pensé. Lo saben, Gabriel. Saben que está muerto desde hace mucho tiempo tanto como lo sabía yo. Si se los confirmas, pensarán que tienes una pista para encontrar su cuerpo, sus restos. Después de tantos años eso es lo único que quieren. Huesos a los que llorarles.

De pronto Gabriel nota que la mujer ya no parece tan culpable. El odio en su mirada ha dado paso a una expresión de verdadera pena. Eso no le gusta, porque hasta ese momento era su principal sospechosa.

Y entonces, como si estuviera leyendo sus pensamientos, la Magda enloquecida que lo culpa de todo vuelve a la superficie.

—Supe que el otro idiota se suicidó. Lo vi en las noticias en la mañana. Eso significa que solo faltas tú, ¿no es cierto?

Si cuando Magda entró al café no pudo evitar pensar que en realidad se trataba de una mujer hermosa, esa expresión la hace verse como una persona completamente diferente.

—De una forma u otra, Gabriel, estoy segura de que ese tipo de muerte rápida no es la que te espera a ti —dice y se levanta de la silla con una sonrisa espantosa. Mientras le da la espalda y se dirige a la salida, Gabriel toma el popote con una servilleta y lo mete en una bolsa hermética.

Pacto con el diablo

Sábado, 17 de agosto de 2019, 09:12 A.M.

Néstor Barragán le dirige una mirada dura. Mantiene los brazos cruzados, de pie, con el trasero recargado en el lujoso escritorio que mantiene impoluto, excepto, claro, cuando es hora de tomar una fotografía para algún comunicado y lo llena de expedientes y apuntes colocados de forma estratégica para dar la impresión de estar trabajando.

—Te volviste loco, Gabriel. ¿Tienes una idea de lo ilegal que es tomar la muestra de ADN de alguien sin la orden de un juez?

—Agarrar un popote no es ilegal.

—Sabes bien lo que quiero decir. Entiendo que estás asustado, sobre todo con el suicidio de Fuentes, pero vamos, si se colgó fue precisamente porque la locura de creer que alguien iba por ustedes lo llevó a eso.

Gabriel no tenía esperanza de recibir ayuda, por supuesto, al menos no sin convencerlo, sin darle algo a cambio, pero lo ha pensado mucho y llegó bien preparado.

—Mira, Barragán, dejémonos de tonterías. Ignoro si en verdad no me crees o simplemente quieres negarlo porque no te conviene admitir que haya un asesino en serie, pero no importa. Vas a hacer lo que te pido porque te verás beneficiado.

—Los asesinos en serie operan de manera muy distinta. En todo caso sería asesino múltiple, pero no lo es —corrige el procurador.

—Independientemente de los otros casos —continúa Gabriel—, tú mismo lo dijiste: encontraron muestras de ADN en el cuerpo de Rodríguez. Si coincide con el ADN que hay en este popote, tendrás a tu asesina y podrás presumir que la encontraste en tiempo récord.

—ADN recolectado sin una orden que no me serviría de nada —advierte, pero es claro que lo está considerando.

—No seas ridículo, Barragán. Tú y yo sabemos que hay cien formas de darle vuelta a eso. Una denuncia anónima los llevó a vigilarla, la siguieron, les resultó sospechosa, encontraron alguna pertenencia de Rodríguez en su casa y con base en ella pidieron una orden, etcétera, etcétera.

La sonrisa de Barragán lo hace verse como el *Kingpin*, el famoso villano de *Spider Man*, aunque mucho menos gordo.

—No puedo creer lo que estoy escuchando. El siempre ético periodista Gabriel Palafox, ganador del Premio Nacional de Periodismo y sabe cuántos reconocimientos más, me está sugiriendo sembrar evidencia en la casa de una sospechosa.

—Vete al diablo, Barragán. Es mi vida la que está en juego y solo lo sugiero si estamos seguros de que el ADN coincide. Si es culpable, tiene que acabar tras las rejas, de la forma que sea.

El procurador no dice nada. La maldita sonrisa parece destinada a quedarse para siempre en su cara.

—Entonces, ¿quieres el popote o lo llevo a otra parte?, ¿a la Procuraduría Federal, por ejemplo?

—¿De quién dices que es la saliva en el popote?

—Magda Cruz, era nov...

—Novia de Genaro Valenzuela cuando desapareció. Sí, lo sé. Pon la bolsa en el escritorio.

Gabriel la saca con cuidado y la deposita en el sitio indicado con la impresión de estar firmando un pacto con el diablo. Las palabras del procurador se lo confirman.

—Sabes que vas a estar en deuda conmigo, ¿verdad?

—¿Por qué?, ¿por pedirte que hagas tu trabajo?

—Llévate el puto popote —responde con una sonrisa.

Gabriel traga saliva y con ella su orgullo. Da dos pasos hacia atrás sin volver a tomar la bolsa. El procurador sonrío de nuevo.

—Quiero oírte decirlo, Gabriel.

—Si tengo razón y me ayudas a salir de esta, estoy en deuda contigo.

—Que te vaya bien, Gabriel —dice mientras le da la espalda y se dirige a la amplia ventana—. Supongo que puedes salir tú solo de aquí. Los análisis de ADN no son como en las películas, tardan un par de días, pero me aseguraré de que esta muestra tenga prioridad.

Una respuesta

Sábado, 17 de agosto de 2019, 10:13 A.M.

Gabriel está sentado, en silencio, pensando una vez más cómo va a decir lo que tiene que decir. Frente a él, puede ver a Ramón Valenzuela y a su hija Gema impacientándose; Concepción Carranza, en su silla de ruedas, permanece ida, como si no estuviera ahí.

—¿Y bien, Gabriel? —dice al fin Gema y el periodista se pregunta si se sentirá menos cómoda de lo que se siente él.

—Gracias por aceptar verme —responde tras un leve carraspeo—. Lo que les tengo que decir es... tengo que decírselos de frente.

Ninguna de las tres personas frente a él le contesta. Su expresión, al menos de los dos que pueden controlarla, es más de hastío que de curiosidad. Ni siquiera ve algo que se asemeje a la esperanza. Gabriel se pregunta si fue buena idea, pero no es momento de dar marcha atrás. No después de lo que ha aprendido en las últimas horas.

—Esto no va a ser fácil de escuchar y lo lamento, lo lamento mucho. Aunque de alguna manera creo que ya lo saben. Solo espero que saberlo a ciencia cierta pueda brindarles un poco de consuelo.

Gema aprieta los ojos mientras Ramón observa a Gabriel fijamente, sin mover un solo músculo, sin pestañear.

—Durante mucho tiempo pensamos que Genaro había sido secuestrado. Que lo habían retenido en algún sitio. Que lo habían —voltea a ver a Concepción sin poder evitarlo—, qué había tenido una muerte dolorosa. Recientemente tuve acceso a información que indica que —traga saliva antes de continuar—, Genaro fue asesinado la misma noche de su desaparición.

El periodista hace una pausa esperando alguna respuesta, algún reclamo, alguna pregunta, pero lo único que encuentra es silencio.

—No tengo ninguna evidencia de esto, aún, pero estoy convencido de que

es verdad. Quiero decirles que, dentro de todo, dentro de lo terrible que es lo que pasó, él no sufrió. Su asesino le quebró el cuello por la espalda. Es probable que ni siquiera se haya dado cuenta de que moría.

Ramón aprieta los puños, a Gema le tiemblan los labios. Probablemente están a punto de decirle algo cuando reparan en sendas lágrimas brotando de los ojos de Concepción.

—Lamento ser yo quién les diga esto, lo lamento de verdad y al mismo tiempo me alegro de que lo sepan. De que por fin y de una vez por todas tengan una respuesta clara sobre lo que le ocurrió a Genaro y puedan encontrar algo de paz sabiendo que no fue torturado y que tampoco está perdido en alguna parte.

—¿En dónde está?, ¿qué hicieron con él... con sus restos? —pregunta Gema mientras Ramón limpia las lágrimas de su esposa.

—No lo sé, pero lo voy a averiguar, ese es el siguiente paso y es una promesa. Todo esto está a punto de terminar y una vez que lo haga, les prometo que voy a dedicar todo mi tiempo a exponer a quienes ordenaron la muerte de Genaro y a averiguar en dónde dejaron su cuerpo.

—¿Quiénes fueron? —pregunta Ramón.

Gabriel duda por un momento, todos sus instintos le dicen que es una información que no debe darles, pero por otro lado, piensa que es mejor que alguien más lo sepa, por si algo sale mal.

—Los empresarios Diego Ruiz y José Luis Gómez.

Ramón aprieta los dos puños y comienza a respirar de forma agitada mientras Gema toma su teléfono celular.

—¿Y ya diste aviso a la Policía? ¡No podemos permitir que sigan como si nada mientras mi hermano... después de lo que le hicieron a mi hermano!

—Gema, por favor —pide con el tono más tranquilo del que es capaz en ese momento—, por favor, ten paciencia.

—¿Paciencia? ¡Hemos sido pacientes durante siete años, Gabriel! ¡Siete putos años sin saber nada!

La joven desbloquea el teléfono dispuesta a marcar, cuando su padre la toma gentilmente de la mano.

—Escúchalo, hija. Por favor.

—Papá...

—Solo escúchalo y luego decidimos.

Gema cierra los ojos y baja lentamente el teléfono mientras las lágrimas corren por sus mejillas.

—Gracias, Ramón —dice Gabriel—. Ruiz y Gómez son gente muy poderosa y tienen contactos en la Policía. Si hacemos acusaciones sin nada que lo sustente activarán a sus abogados, y les aseguro que son abogados caros. Interpondrán amparo tras amparo, recurso tras recurso y todo lo que tendremos en contra de ellos será una acusación sin pruebas, es decir, de nuestra parte, no de las autoridades. Si hablamos de forma precipitada, es muy probable que salgan impunes.

—¿Y entonces?

—Lo estoy pensando, créeme, Gema. Les di la espalda durante mucho tiempo y soy el primero en admitirlo. No volverá a pasar. Voy a actuar y lo voy a hacer pronto.

El silencio en la habitación es absorbente. Gabriel repara de pronto en que las mejillas de Concepción están secas de nuevo, el rostro impassible. Está de nuevo sumergida en donde quiera que esté el sitio en el que se refugió para olvidar el dolor.

«¿Y qué esperabas?», pregunta para sus adentros. «¿Una recuperación milagrosa después de confirmarle que el chico al que amaba más que a nada en el mundo está muerto?».

—¿Lo prometes? —La pregunta de Gema lo saca de sus pensamientos y de pronto ve frente a él a la niña que tenía trece años cuando le dijeron que su hermano había desaparecido, no a la joven de veinte que estudia Criminología para tratar de que nadie tenga que pasar por lo mismo.

—Lo prometo.

Todos dejan de hablar. Gabriel está tratando de encontrar cuál es el momento adecuado para despedirse cuando Ramón rompe el silencio y pronuncia precisamente el nombre que el periodista tiene en la mente, aunque por motivos muy diferentes.

—Magda. Tenemos que decírselo a Magda.

—Otra vez con eso —reclama Gema—, otra vez con ella.

—Tiene derecho a saberlo —responde Ramón, mientras Gabriel duda en decirles o no qué se lo dijo a ella primero que a ellos, lo que en retrospectiva parece una idea estúpida.

—No era tan buena con mi hermano como todos creen —reclama evidentemente molesta.

—¡Al menos ella pasa más tiempo con nosotros!

El silencio es tan incómodo y pesado que podría atraparse con una red de mariposas. Gema cierra los ojos y sonrío, pero un par de lágrimas más salen

de sus ojos.

—Hija, no quise decir eso. Lo siento... lo siento.

Gema se limpia los ojos y se levanta sin voltear a ver su padre. Le da un beso en la mejilla a su madre y le dirige una última mirada a Gabriel antes de irse.

—Cumple lo que dijiste. Es tu última oportunidad.

—¿Qué?

—Es tu última oportunidad de hacer lo correcto. Qué pena que lo hagas porque alguien te obligó a actuar.

Las palabras proferidas y el tono usado para decirlas le ponen a Gabriel la carne de gallina. El portazo que da Gema al salir de la casa prácticamente lo hace saltar de la silla.

De nuevo, silencio. Hasta que Ramón abre la boca de nuevo.

—De verdad no quise decir eso. Amo a mi hija más que a nada en el mundo, pero es cierto. Magda pasa mucho más tiempo aquí, escuchándonos, cuidándonos. Noches enteras, incluso.

Gabriel piensa en decirle que ella es la principal sospechosa de haber matado a sus colegas —ya no amigos—, pero decide guardárselo.

—Lo siento, Ramón, y sé que soy el menos indicado para decirlo, pero, tiene que entender lo difícil que es esto para Gema. Incluso sin quererlo, puede sentirse desplazada porque por obvias razones, de un momento a otro Genaro fue el hijo más valioso para ustedes, el foco de atención, por así decirlo.

—La entiendo, la entiendo muy bien. Pero es difícil. —Voltea a ver a su esposa—. Yo ya no soy un jovencito, necesito ayuda con mi mujer, me canso muy rápido. Me da pena decirlo, pero a veces incluso me quedo dormido sin darme cuenta y no tengo idea de cuánto tiempo ha pasado. Gema parece no entenderlo mientras que Magda... tan solo esta semana estuvo aquí tres días y dos noches, ayudándome.

—¿Qué? —pregunta Gabriel mientras siente que algo lo golpea en el estómago.

—Dije que tan solo esta semana estuvo aquí tres días seguidos, día y noche. Miércoles, jueves y viernes.

Gabriel se pone pálido al recordar que, de acuerdo con la información en su poder, Pedro Rodríguez fue asesinado precisamente la noche del miércoles.

—¿Está seguro, Ramón?, ¿no salió para nada?, ¿ni para ir al trabajo?

—Para nada, excepto para ir por algo de cenar —contesta Ramón mientras

lo mira extrañado—. Siempre le digo que tendrá problemas en el trabajo, pero se ríe y dice que es uno de los beneficios de tener un puesto alto.

—¿Y esos días no supo nada de... Gema?

—¿De Gema? Ya te lo dije, no viene mucho, ojalá viniera más. ¿Por qué la pregunta?

—No, por nada —responde mientras recuerda la última mirada que le dirigió apenas minutos atrás—. Ramón, me tengo que ir.

El hombre asiente con la cabeza y se levanta para despedirlo. De pronto, como si dejara salir algo que lo estuvo aplastando por años, empieza a llorar en silencio.

—Ramón, yo...

—Nada, Gabriel. No digas nada. Solo recuerda tu promesa. Encuentra el cuerpo de mi hijo.

—Lo haré —dice mientras se dirige a la puerta de salida, sintiéndose más perdido que nunca.

Una decisión

Sábado, 17 de agosto de 2019, 10:35 A.M.

Gabriel conduce sin rumbo fijo cuando siente la vibración en su teléfono celular. Se detiene junto a la banqueta y lo saca de la bolsa. Está tentado a no contestar al ver que es su esposa quién habla, más que nada porque las que pensó que eran buenas noticias, se cayeron cuando Ramón Valenzuela básicamente echó por tierra su teoría principal.

Decide, sin embargo, que no contestar solo hará que se preocupe más y lo que menos quiere es que tome su auto y vaya a buscarlo.

—Hola, amor —dice tratando de disimular.

—Gabriel, ¿cómo va todo? Ya no me dijiste nada. ¿Conseguiste la prueba de ADN?, ¿Barragán aceptó examinarla? —son las preguntas que surgen como ráfaga de ametralladora.

—Yo... sí. Sí —contesta y por un momento está tentado en dejarlo así, en omitir la verdad para no preocuparla. Pero solo por un momento—. De cualquier forma, estoy empezando a creer que no va a servir de nada. Es posible que... tal vez no sea ella.

—¿Qué, ¿de que hablas? Estabas tan seguro y todo apunta a qué es ella. Ya te lo dije, siempre ha sido una loca.

—Lo sé, pero estuvo con los papás de Genaro la noche del homicidio de Pedro. Y la noche después.

—¿Estás completamente seguro? —pregunta Lorena después de unos segundos de pensarlo.

—¿Qué motivos tendría Ramón para mentir? Es decir, por otra parte, él mismo admitió que Magda sí salió a comprar cena y que él muchas veces se queda dormido y pierde la noción del tiempo, pero no lo sé, creo que la ventana de oportunidad para ir a la casa de Pedro, convencerlo de meterse a la cama con él, tener sexo, torturarlo y matarlo, es demasiado pequeña.

El golpe en la cajuela de su vehículo lo sobresalta y lo hace sentir que el techo del auto se derrumba sobre él; voltea para ver al ciclista recordándole a su madre y todos sus antepasados. Solo entonces repara que está parado estorbando una ciclo vía.

—¡Gabriel! ¡Gabriel! —grita Lorena en el teléfono.

—Estoy bien, no es nada. Un chingado ciclista que pasó y le pegó con la mano a la cajuela. Espera, estoy estorbando.

—¡Chingado, Gabriel!, ¡me asustaste!

—¿Y qué crees que fue a propósito?

—Ok, ok, basta. Gabriel, ¿y si sí tiene motivos para mentir?

—No entiendo.

—¿Qué tal si él —hace una pausa antes de continuar—, la está ayudando?

Gabriel deja de hablar mientras su mente trabaja a toda velocidad. Como periodista está entrenado para desconfiar de todo y buscar las evidencias, pero dos décadas en el negocio le han dado otra cosa: instinto.

—No, no lo creo. Tendrías que verlo a los ojos, amor. Está destrozado, sí, pero no es un asesino. No es capaz. En todo caso sería más probable que...

—¿Qué cosa?

—No, tampoco lo creo.

—Dime, Gabriel.

—Es que... la forma en que me miró Gema. Lo que me dijo. Me dijo que era mi última oportunidad. Se sintió muy extraño.

—¿Gema?, no lo sé, amor, apenas era una niña cuando ocurrió. ¿No dices que según Casillas la mujer que estuvo averiguando se metió con varios policías?

—Sí, lo sé. Por eso no lo creo, era muy joven, pero pues no sé, con maquillaje, con la ropa adecuada.

—Bueno, Gema siempre ha sido muy bonita, de eso no hay duda —admite Lorena—, pero eso no es suficiente. Tenía trece o catorce años.

—Lo sé, maldita sea, lo sé —dice Gabriel mientras cierra los ojos y de pronto siente unas ganas enormes de abrazar a su hija—. ¿Cómo está Lila? Dijiste que me mandarías un video.

—Ya sé, lo siento. Con todo lo que ha pasado... más tarde te mando uno, te lo prometo, pero, Gabriel, ¿qué vas a hacer? Se acaba el tiempo, se nos acaban las opciones.

—No lo sé —responde después de pensarlo unos segundos y Lorena adivina que está llorando en silencio.

Al final, dice lo que está pensando, aunque sabe que Gabriel no está listo para escucharlo.

—Tienes que hacerlo público.

—No.

—Gabriel, tienes que hacerlo público.

—Ya se lo dije a la familia de Genaro, no tengo nada para sustentarlo, Lorena. Ninguna evidencia.

—Tienes la grabación de Casillas, ¿no?

—Sí, la palabra de un exprocurador de justicia desacreditado, venido a menos y con muchos motivos para querer lastimar al gobierno. Completamente fácil de refutar.

—Eso no importa en este momento.

—¿Cómo que no importa? Además de eso tengo una reputación, una vida en el periodismo.

—¡Y también tienes *una vida*! ¡Punto!

—Lorena.

—Mira, si lo haces público pasará una de dos cosas: uno, es probable que te desacrediten, que digan que estás inventando, que te aliaste con Casillas de alguna manera, pero probablemente se haga suficiente ruido para que te protejan, al menos mientras terminan con la prueba de ADN.

Gabriel calla. Para ese momento tiene pocas esperanzas en esa prueba.

—Lo otro que puede pasar, amor, es que el Gobernador obligue a Barragán a actuar, aunque sea para que no se haga un escándalo. Tal vez vayan por Casillas, encuentren las pruebas que mencionaste, tal vez tengan más pruebas y al reunir las todo tenga sentido. Tal vez termines haciendo que los hijos de puta que mataron a Genaro vayan a prisión. Todo eso, por supuesto, haría que también te creyeran que estás en peligro y te protegieran. Dos pájaros de un tiro.

—No lo sé, amor.

—La otra opción es no hacer nada y esperar a que te maten. ¿Eso es lo que prefieres?

—Sabes que no.

—Entonces hazlo, o más bien, hagámoslo. Estamos juntos en esto. Ve al canal, yo escribiré algo mientras llegas, lo tendrás en tu correo electrónico en cuanto entres a tu oficina y le das los toques finales cómo solo tú sabes hacerlo.

Gabriel asiente, de pronto piensa que podría funcionar. Es arriesgado,

pero no es como que tenga muchas opciones. Asiente mientras pone el auto en marcha de nuevo.

—Lorena.

—Dime.

—Gracias por todo.

Rock and Roll

Sábado, 17 de agosto de 2019, 11:38 A.M.

Hugo Palma mira a Gabriel de forma inquisitiva. Llegó a las instalaciones de Canal 9 hace casi media hora, se encerró en su oficina sin saludar y ahora lo llama al Foro Dos, el que utiliza para los noticieros en vivo, para pedirle algo inusual, algo que no le ha pedido en su carrera de poco más de 40 años ni como camarógrafo, ni como productor.

—Esto es bastante extraño, Gabriel. Ni siquiera tenemos programado noticiero a esta hora.

—Lo sé, pero tienes que creerme cuando te digo que es sumamente importante.

—Debe de serlo para que me pidas que interrumpa la programación, te ponga al aire en vivo y además lo transmita en nuestras cuentas de redes sociales. ¿La Dirección sabe de esto?

La falta de respuesta es toda la respuesta que Hugo necesita. Sonríe y se acomoda los anteojos.

—Sea lo que sea que estés a punto de decir, nos vamos a poner en peligro, ¿cierto?

—Yo sí —contesta Gabriel—. De ti solo necesito que enciendas la cámara, comiences a transmitir y te vayas. No hay ninguna necesidad de que te involucres más.

—Como si supieras a dónde tienes que mirar si no estoy yo para decírtelo todo, mamón. ¿Tiene que ver con lo que ha pasado? Me refiero a Luis, Fernando, Pedro.

—Y también con Julián —agrega Gabriel.

—¿El Estrobos?, ¿no fue suicidio?

—Hay muchas razones por la que una persona puede suicidarse.

—Muy bien, entonces hagámoslo, que a fin de cuentas es nuestro trabajo y

nadie vive para siempre.

—Hugo...

—Si me vuelves a decir que deje todo listo y me vaya, te voy a poner un puto filtro de orejas de conejo y voz de ardilla. O te voy a golpear con el micrófono de ambiente, lo que se me haga mas fácil.

Gabriel sonrío ante la valentía de su compañero y piensa que, como suele suceder en el gremio, no se le ha hecho justicia ni a la calidad de su trabajo, ni a su disposición, mucho menos a su talento.

—Hugo, hay una cosa más.

—No esperaba menos.

—También tiene que ver con Genaro. Voy a revelar qué pasó con él, así de fuerte es esto, y vamos a pisar callos de personas muy importantes.

El viejo periodista guarda silencio, como meditando la situación y sopesando la gravedad de lo que están a punto de hacer.

—Va. ¿Cargo algo en el *prompter*?

—No, tengo todo en la cabeza, pero necesito que mi computadora esté conectada al audio para que se escuchen estos clips de audio cuando los reproduzca.

—Solo conéctala a ese cable que tienes bajo el escritorio. ¿Ves? Si solo falta que me pidas amarrarte los zapatos y anudarte la corbata.

Gabriel conecta el cable a su laptop sin dejar de sonreír.

—Listo. Última oportunidad, amigo. ¿Seguro que quieres quedarte?

—*Rock and Roll*, perro. Salimos al aire en cuatro, tres, dos...

El punto rojo que se enciende sobre la cámara le dice a Gabriel que es hora de empezar. Mira fijamente al objetivo y comienza con la exclusiva más importante de su vida.

—Muy buenas tardes, mi nombre es Gabriel Palafox, director de noticias de Canal 9. Les ofrezco una disculpa por interrumpir la programación habitual, pero la información exclusiva que estoy a punto de hacerles llegar no puede esperar más. Ya ha esperado por casi siete años.

Nota de Prensa

Informativo En Línea | 17 de agosto de 2019 | Seguridad | Última Hora

Involucran a exprocurador y a conocidos empresarios en caso Genaro

- **El periodista Gabriel Palafox afirmó que hay nuevas evidencias sobre la desaparición del reportero en 2012**

El exprocurador de justicia del Estado, Omar Casillas, así como los empresarios Diego Ruiz y José Luis Gómez, estarían implicados en la desaparición y probable homicidio del reportero Genaro Valenzuela que tuvo lugar en el año 2012, afirmó el periodista Gabriel Palafox.

En un reportaje especial que tuvo una duración de casi 10 minutos, el director de noticias de Canal 9 presentó extractos de una grabación de audio en donde Casillas revela que Valenzuela fue asesinado el 21 de agosto de 2012, la misma noche de su desaparición.

En la grabación, el exprocurador aseguró que el motivo del homicidio fue que el reportero estaba a punto de exponer la relación entre dos grandes empresarios del estado, Diego Ruiz y José Luis Gómez, con el grupo criminal conocido como Los Leñadores.

Casillas confesó además que supieron del homicidio desde los primeros días del hecho, pero que hubo órdenes “de arriba”, sin especificar de quién o de quiénes, para que la investigación se congelara y se mantuviera como una desaparición; esto, a pesar de tener pistas claras sobre la ubicación en donde presuntamente podría estar el cuerpo.

Cabe destacar que Palafox no presentó evidencias concretas más allá de la grabación de audio, pero aseguró que el expediente debe estar en manos de la Procuraduría.

El periodista también manifestó que una serie de homicidios en contra de comunicadores ocurridos en menos de un mes están conectados entre sí y también con el caso de Genaro, aunque la Procuraduría no haya querido admitirlo, y responsabilizó a las autoridades estatales tanto de esas muertes, como de cualquier ataque que pueda sufrir.

Los homicidios en cuestión son los del ex periodista deportivo Luis

Márquez, el periodista Fernando Barragán y el policía y ex periodista policíaco Pedro Gutiérrez.

La persona responsable de estos asesinatos, agregó, también habría influido en el suicidio del periodista Julián Fuentes.

Inmediatamente después de la transmisión, periodistas de prácticamente todos los medios de comunicación del estado e incluso organizaciones a nivel nacional, han comenzado a organizarse para exigir respuestas al Gobierno Estatal.

Seguiremos informando...

Todo por el todo

Sábado, 17 de agosto de 2019, 12:14 P.M.

A pesar de no conocer el número de teléfono mostrado en la pantalla de su móvil, Gabriel sabe perfectamente quién le está llamando. Aún así, espera a que la otra persona hable primero.

—¡No me dijiste que ibas a hacer eso!

—Hola, Casillas —responde mientras camina rumbo a su auto.

—Eres un hijo de puta, Gabriel. Lo que te dije era *off the record*.

—Jamás establecimos eso, y aunque hubiera sido así, estamos hablando de algo mucho más importante.

—Me van a matar, pendejo. ¿Lo entiendes?

Gabriel está tentado en hacer un comentario sobre lo irónico que es que el balón cambie de lado de la cancha, pero decide que no es el momento. Aún hay muchas cosas que Casillas puede aportar para esclarecer completamente el caso de Genaro. Ahora tiene que convencerlo de que la mejor opción, la única opción, es aceptarlo y jugar de su lado.

—No tiene porque ser así, Omar. Puedes salir de esto. Todo lo que tienes que hacer es cooperar.

La risa es tan estruendosa que Gabriel tiene que alejar el teléfono de su oído por un momento.

—Tú de plano no entiendes nada, idiota. ¿Crees que me van a dejar vivir después de esto?, ¿de dónde crees que saco dinero si nadie me da trabajo desde que me convertí en un paria? ¡Ellos me hacen llegar una pequeña cantidad cada mes y me la mandan con policías!

—Y esa es precisamente otra cosa que servirá de evidencia. Podos hundirlos de una vez y para siempre.

—¿Crees que voy a llegar a declarar si acepto hacerlo? Hay muchas maneras de matar a un expolicía en la cárcel, imagínate a un exprocurador. Tú

lo sabes.

—Sí, lo sé. Y tú también sabes que cuando un caso se vuelve excesivamente mediático, no es tan sencillo deshacerse de alguien sin que surjan más preguntas. Por eso tienes que dar la cara. Es la mejor forma de blindarte

El silencio en la línea le dice que lo está pensando.

—Eres un tipo inteligente, Omar, de eso no hay duda, así que supongo que ya no estás en tu casa.

—Supones bien.

—Y también supongo que te llevaste la caja con las carpetas de investigación y copias de la evidencia contigo.

—Sí, también, ¿A dónde quieres llegar?

—A que en estos tiempos, con un teléfono con acceso a Internet y con la atención de la gente puesta en ti y en mí, cualquier contenido que subamos se puede hacer viral de inmediato.

—Te escucho.

—Dime en dónde estás, voy de inmediato, hacemos una transmisión en vivo en donde das más detalles y muestras documentos oficiales, registros de llamadas, al menos una pieza de evidencia. Una vez que esté en línea será imparable y tendrán que actuar. Y a ti te tendrán que proteger.

Casillas guarda silencio y Gabriel lo maldice al darse cuenta de que ha terminado la conversación; segundos después, le llega un mensaje del mismo número, con una ubicación.

«Bien, Casillas. Espero que realmente tengas pruebas reales o los dos estaremos jodidos».

Gabriel conecta el teléfono a su vehículo, abre la aplicación de mapas en la pantalla de navegación y comienza a circular sin percatarse de que alguien lo sigue en otro auto.

Fin del juego

Sábado, 17 de agosto de 2019, 12:46 P.M.

Tiene que mirar su teléfono de nuevo para cerciorarse de haber llegado al lugar correcto. La fachada de la pequeña casa —si se le puede llamar así a ese cuarto de ladrillo—, está prácticamente derruida.

Un plástico negro pegado con cinta adhesiva de vinilo hace las veces de ventana y lo que se hace pasar por puerta es una tabla hinchada por la humedad recargada en el hueco de la entrada.

Aún así, Gabriel consigue reunir el temple suficiente para bajar del vehículo y caminar hacia el lugar; quita la tabla con mucho cuidado de no clavarse una astilla y entra con cautela.

—Te tardaste bastante —dice Casillas, sentado en una vieja silla de playa colocada en una esquina. Gruesas gotas de sudor corren por su frente, en parte por el estrés y en parte por el intenso calor de más de 40 grados centígrados; sobra decir que en la casa no hay nada que se asemeje a un ventilador y, si lo hubiera, no habría corriente eléctrica para encenderlo

—No conocía la ruta —contesta Gabriel, que ya siente que se empieza a quemar por dentro.

—Hace calor, ¿no? —dice por su parte Casillas al ver como el periodista se sujeta el cuello de la camisa alejando un poco de su piel—. Es lo que pasa cuando tienes que vivir en constante fuga. No tienes la opción de escoger los lugares más cómodos.

—¿De quién es esta casa?

—Ni idea. Simplemente tomé mis cosas y decidí arrancarme a una colonia invadida. Este lugar está desocupado, por lo que veo.

Gabriel no contesta. No está ahí para hacer platica social, sino para terminar el trabajo. Saca su teléfono celular y se cerciora de tener buena señal.

—¿Te siguieron? —pregunta el exprocurador.

—No, lo no creo.

—¿No te siguieron o no lo crees? Son dos cosas muy distintas.

—No me siguieron, Casillas. ¿Tienes los archivos?

—Aquí están —contesta mientras señala una gran caja de cartón colocada a poco menos de un metro de él—. Espero que tengas razón y que esto funcione, o nos va a ir mal. A los dos.

—Pues espero que me hayas dicho la verdad y tengas algo importante ahí, porque dependerá de eso.

Casillas se limpia el sudor y empieza a levantarse de la silla. Entonces abre los ojos grandes y levanta la mano derecha con los dedos extendidos.

—¡No! —es lo único que alcanza a gritar antes de que la primera bala le arranque el pulgar y encuentre alojamiento en su estómago para hacerlo caer con el trasero en el piso y la espalda contra la pared.

Gabriel voltea horrorizado para ver a Magda Cruz caminar directamente hacia Casillas, pararse prácticamente sobre él y disparar dos veces más; ambos tiros dan en el centro de su pecho.

Su cerebro le dice que corra, pero sus piernas no lo obedecen. Magda ahora dirige su atención a él.

—Siempre tuve razón —dice con una mirada llena de odio, aunque Gabriel, ensordecido por los disparos, no está seguro si la está escuchando o lo adivina leyendo sus labios—. Ustedes lo sabían, siempre lo supieron. Simplemente no les importaba encontrarlo, mucho menos hacer justicia. Se les acabó el juego, hijos de puta, se les acabó el juego.

—Magda, por favor —alcanza a decir mientras la ve levantando el arma de nuevo, ahora para apuntarle a él, directo a la cabeza.

—Cállate.

—No tienes que hacer esto, no es demasiado tarde.

—¡Que te calles! —grita, y entonces, con una mirada de sorpresa, empieza a mover su arma hacia su izquierda.

El estruendo de otro disparo vuelve a llenar la pequeña habitación. Gabriel, con los ojos apretados, tarda un par de segundos en darse cuenta de que no está muerto.

Cuando abre los ojos, ve a una agonizante Magda en el suelo tratando, sin éxito, de detener con sus manos el caudal carmesí que emana de la parte baja de su cuello; Gabriel voltea a su derecha y ve a un hombre vociferando cosas que simplemente no puede escuchar.

Se derrumba, en shock, y el agente de la Policía Investigadora que acaba

de salvarle la vida lo deja estar, no sin antes advertirle que no se mueva, aunque eso tampoco puede escucharlo con sus tímpanos retumbando.

El policía pateo la pistola solo un poco, lejos del alcance de Magda, aún después de que está perfectamente claro que ya está muerta; después se acerca a examinar el cadáver de Casillas y aunque está casi dándole la espalda, Gabriel cree ver una pequeña sonrisa.

Inmediatamente después, toma su teléfono celular —no el radio de frecuencia policíaca— y dicta una serie de instrucciones. Cuelga y se acerca al periodista.

—¿Ya puedes escucharme? —pregunta.

Gabriel levanta la mano derecha y la mueve de un lado a otro, de arriba a bajo. La señal universal que significa *más o menos*.

—Muy bien, pon mucha atención, porque te voy a explicar lo que pasó, ¿entiendes?

Asiente de nuevo.

—Después del *show* que montaste en televisión, al procurador Barragán no le quedó otra alternativa que ponerte protección. Estarás de acuerdo en que, en vista de las circunstancias, fue la mejor idea.

Gabriel desvía la mirada para voltear a ver los dos cadáveres.

—¡Hey, periodista! ¿Me estás escuchando?

—Sí, sí. Te escucho, sí.

—Te seguí y al verte entrar aquí decidí quedarme fuera para no asustarte. Lamentablemente no me di cuenta de que ella entró justo después. Para cuando crucé la calle, la maldita ya le había disparado a Casillas.

«Falso. Si estabas vigilando es seguro que la viste entrar. Tuviste mucho tiempo, pero esperaste a escuchar los disparos», piensa.

—¿Estamos de acuerdo?

—Sí, no pudiste detenerla.

—Exacto. No pude salvarlo a él, pero por fortuna llegué a tiempo para salvarte a ti, ¿verdad?

«A menos, claro, que hayas pensado que el primer disparo había sido para Casillas y los otros dos para mí, o viceversa. Entraste hasta que pensaste que nos había matado a los dos y pensabas eliminarla para acabar con los cabos sueltos. No tuviste otra opción que dispararle al darte cuenta de que te apuntaba a ti».

—Sí, entiendo. Te lo agradezco.

—Bien. Como podrás ver, nada de lo que te estoy diciendo es falso, pero

siempre es importante repasarlo. Si lo que decimos cuando nos pregunten qué pasó no coincide, las cosas se complican para todos.

—Sí, de acuerdo, claro que sí. Sin problema, agente... disculpe, no sé cuál es su nombre.

—Eso no importa. Lo que importa es que estás bien.

Gabriel hace ademán de levantarse y el policía lo detiene firmemente con una mano sobre su hombro.

Te recomiendo que te quedes ahí. Ya vienen los servicios de emergencia para revisar que estés bien. El procurador también viene para acá.

«Por supuesto que viene», piensa Gabriel y vuelve a sentarse recargado en la pared tratando de no voltear a ver más de lo necesario los dos cuerpos que están a pocos metros de él.

Barragán llega 15 minutos después. Por el ruido del exterior, Gabriel adivina que la calle está llena de periodistas, así como de policías que les niegan el paso a la escena del crimen.

El procurador entra con una mirada de autosuficiencia que casi hace que Gabriel salte para tomarlo del cuello. Probablemente lo haría si no hubiera entrado acompañado de dos agentes estatales con cara de pocos amigos que deben pesar 250 kilos en conjunto.

—Gabriel, no sabes qué gusto me da que no estés herido —dice sin siquiera esforzarse por hacer que su tono de voz parezca sincero—, ¿te sientes bien? ¿Necesitas algo?

—Estoy bien, procurador. Muchas gracias.

El funcionario no contesta mientras camina hacia los cadáveres. Ni siquiera los equipos de Servicios Periciales han entrado, así que los cuerpos están al descubierto.

—Qué desperdicio —dice mientras mira descaradamente el cuerpo de Magda, específicamente su blusa pegada al cuerpo debido a la sangre—, de verdad que estaba buena. En fin, ahora solo la van a poder disfrutar los gusanos. Bueno, ellos y el forense de la Procuraduría, que tiene cara de depravado.

Los dos agentes que entraron junto a él y el que disparó ríen de forma escandalosa ante la *gracia* de su jefe.

Después se acerca a Casillas y se pone en cuclillas a su lado. Lo mira con desprecio antes de voltear a la vista a la enorme caja de cartón.

—¿Esta es la supuesta evidencia de la que tanto has hablado?

—Casillas aseguró que ahí hay información suficiente tanto para encontrar

el cuerpo de Genaro como para llevar a prisión a Ruiz y a Gómez. Si podemos revisarla juntos...

—¡Epa, epa! Tranquilo, Gabriel. Tranquilo —dice con voz calmada mientras uno de los gorilas lo mira con expresión amenazadora—. Sea lo que sea que hay en esa caja, es evidencia policíaca y además, robada. Nos corresponde a nosotros analizarla de forma responsable para que todo tenga validez.

Gabriel aprieta los labios, consciente de que no podrá tocar nada de lo que haya en el interior de esa caja y tampoco puede hacer algo al respecto.

—Pero tampoco te pongas así —continúa—, te aseguro que la vamos a analizar a detalle. Después de todo, lograste atraer mucha atención hacia el estado. Más nos vale quedar bien, ¿verdad?

—No se trata de *quedar bien*, procurador, se trata simplemente de hacer justicia, ¿no lo cree?

El agente que lo miraba de forma amenazante hace ademán de adelantarse, pero Barragán lo detiene con un gesto.

Después, es él quien se acerca al periodista con una mirada que Gabriel solo puede identificar como de odio.

—Escucha bien lo que te voy a decir, *pendejito de mierda*, porque aquí mismo nos dejamos de estupideces. No te caigo bien, no me caes bien. Es lo que menos me importa.

—Pensamos lo mismo —contesta haciendo acopio de coraje.

—Cállate, imbécil, que aquí no hay testigos de nada y estos tres van a decir lo que yo les ordene que diga. Todavía no hay nadie que sepa lo que pasó, igual y esta pinche loca te mató antes que pudiéramos hacer algo para salvarte, y todo por rechazar la protección de la Policía.

Gabriel trata de mantener la cara de póker, pero traga hondo. Barragán se da cuenta y la sonrisa vuelve a él.

—Pero no habrá necesidad de eso, porque esta vez sí vas a jugar para el equipo, ¿verdad? Por cierto, te vamos a revisar antes de que te vayas, así que, si estás grabando algo, mejor dímelo de una vez.

—No estoy grabando nada —responde, y es verdad.

—Bien, entonces vamos por buen camino. Sigamos... *negociando*.

Gabriel no dice nada. No hay mucho que pueda decir. Por más que odie admitirlo, en esta ocasión tiene la mano perdedora.

—Entonces, voy a empezar diciéndote que me vale madres si me crees. Yo no sabía sobre Ruiz y Gómez, tampoco sabía qué había pasado con Genaro.

Francamente lo que haya pasado antes de que yo tomara el puesto me importa una mierda.

Gabriel guarda silencio, pero no deja de mirarlo a los ojos. Muy a su pesar, su experiencia de periodista le dice que Barragán está diciendo la verdad. Al menos en eso.

—Aún así —continúa— creo que el imbécil de Casillas no mentía y no podemos dejar pasar una oportunidad así. Es una oportunidad perfecta para demostrar que en el estado no hay intocables, sin importar qué tanto dinero tengan. En este momento hay agentes vigilando las casas de Ruiz y Gómez y hay un juez con órdenes de aprehensión listas para firmar en cuanto yo le llame y le diga que efectivamente hay evidencia en contra de ellos. También vamos a revisar a fondo para ver si encontramos pistas sobre dónde puede estar el cuerpo de tu amigo.

—¿Y entonces por qué la actitud? —pregunta Gabriel algo confuso.

—Porque ni a mí ni al gobernador nos gusta que un hijo de puta nos diga lo que tenemos que hacer.

Palafox se asegura de que la sonrisa que está dentro de él no llegue a sus labios. Si los culpables de la muerte de Genaro van a prisión y se encuentran sus restos, significa que ganó. Lo que menos le importa es quién se lleve el crédito por eso.

—¿Y del otro asunto?

—¿Cuál otro asunto?

—Márquez, Robles, Rodríguez, Fuentes... tienes a la asesina justo ahí y ya tienes un pretexto para validar la prueba de ADN con la muestra que te di.

—Sigues con lo mismo, ¿no?

—¿De verdad sigues negándolo?

Barragán echa el rostro hacia arriba, con los ojos en dirección al techo y respira profundamente antes de regresar su mirada a los ojos de Palafox. Pronuncia la siguiente frase con un tono de voz solemne, como si estuviera en una conferencia de prensa

—La posición oficial de la Procuraduría de Justicia del Estado, señor Palafox, es que esas lamentables muertes fueron producto de hechos aislados. Le aseguro, sin embargo, que hacemos todo lo posible por encontrar a los tres culpables de los tres homicidios. En el caso de Julián Fuentes, por supuesto, al tratarse de un suicidio no hay delito qué perseguir.

Gabriel asiente varias veces antes de preguntar.

—¿Me puedo ir señor procurador?

—Por supuesto, siempre has sido libre de hacerlo. No sé por qué pensarías otra cosa.

Gabriel voltea a ver al agente que mató a Magda y éste sonríe.

—La calle, eso sí, está llena de periodistas. Confío en que no vas a mencionar nada de lo que hablamos aquí. Eso podría entorpecer seriamente las investigaciones.

—Por supuesto.

Gabriel sale sin despedirse y entra a su auto que está dentro del cerco de seguridad, ignorando las preguntas que le gritan sus colegas.

A pesar de todo, tienen la prudencia de dejarlo pasar mientras se aleja.

Dulce hogar

Sábado, 17 de agosto de 2019, 01:52 P.M.

Gabriel entra a su casa con una sensación de tranquilidad que no había tenido en días. Enciende las luces y observa todo a su alrededor con una sonrisa en los labios. Se detiene al mirar la foto en la que está con su esposa y con Lila, los tres felices en una feria.

Pensar en su pequeña le hace sacar el teléfono y marcar el primer número en su lista de favoritos. Su esposa contesta de inmediato.

—¿Gabriel?

—Hola, amor.

—Hay un escándalo en las noticias, prácticamente en todos los medios, en redes sociales. La información está a medias, pero se rumora que mataron a Casillas.

—Así fue. Yo estaba ahí.

—¿Qué?

—Yo estaba ahí cuando lo mató. Me siguió. Al final resultó que sí era ella, Lorena. Fue Magda. Siempre fue Magda.

—Oh, Dios. ¿Pero tú estás bien?, ¿cómo?

Solo entonces parece tomar consciencia de lo que ocurrió. Se derrumba en el sofá. Le tiembla la voz y siente las piernas como si fueran de hule.

—Iba a matarme también, pero entró un policía. Lo había enviado Barragán para espíarme y posiblemente... para mantenerme callado, aunque dice que era para protegerme. Él la mató.

—¡Gracias a Dios!

Gabriel no puede dejar de temblar. Se lleva las manos a la cara y hace un esfuerzo para no llorar.

—Se llevaron la evidencia. No me dejaron ver lo que había en la caja. No me dejaron ver si Casillas decía la verdad.

—Eso ya no importa.

—Sí importa, claro que importa. Barragán dice que van a detener a Ruiz y a Gómez. Admitió en mi cara que no es porque les importe, sino porque se generó un escándalo mediático y eso los hará quedar bien, pero pueden cambiar de opinión en cualquier momento. El dinero mueve todo y Ruiz y Gómez tienen mucho.

—Amor, eso ya no importa.

Aprieta los puños. Pierde la batalla y una lágrima le escurre por la mejilla. Inmediatamente es seguida por otra.

—Que se haga justicia es la única cosa buena que puede salir de esto, ¿no lo entiendes? Después de todo lo que descubrimos, después todo lo que pasamos. El único que era verdaderamente culpable era Pedro, y ni siquiera él merecía morir así. Luis, Fernando, Julián. Lo que hicieron, por lo que ella los culpaba, es ridículo. No quiero que hayan muerto por nada.

—Lo entiendo. Y lo lamento por ellos, también los conocía, ¿de acuerdo? Pero tú estás vivo. Tú sigues vivo y es lo único que importa.

Gabriel no está satisfecho, pero no quiere discutir. No en ese momento. Como puede, logra controlar el temblor de sus piernas y ponerse de pie. Se da cuenta de que tiene la boca seca.

—¿Cómo está Lila? Nunca me mandaste video —dice mientras camina rumbo a la cocina.

—Ay, lo siento. Con todo lo que esta pasando. Te mando uno en este momento, no cuelgues.

—Está bien, deja me sirvo un vaso de agua.

Gabriel toma su vaso amarillo y lo llena hasta el tope. Termina el contenido de dos tragos mientras ve la notificación de nuevo mensaje.

—Te mandé el video, ¿te llegó?

—Sí, deja lo abro.

Abre el mensaje y ve a su pequeña jugando con un elefante de peluche. Lo lanza de un lado a otro con las manos y luego le grita, como si el elefante tuviera la culpa de escapar de sus manos.

—Ja, ja ja. ¡Hermosa, mi pequeña! Oye, pero ese video ya lo había visto. Es viejo —observa mientras pone la mano sobre la barra de la cocina para mantener el equilibrio.

—¿Ah sí? Espera, a lo mejor te mandé uno incorrecto. Deja reviso.

—*Se, pasm otr pr fv.*

—¿Qué dices?

—*Qu me pss otrr.*

—Gabriel, ¿estás bien? No te entiendo nada.

—*No m sssnto binn.*

—¿Gabriel? —pregunta Lorena cuando escucha el sonido de un duro golpe seco contra el piso. El sonido que hace un cuerpo al caer desmadejado.

Nota de Prensa

Informativo En Línea | 21 de agosto de 2019 | Transmisión en Vivo

Marchan periodistas para exigir un alto inmediato a la violencia

- **A cuatro días de su desaparición, no se sabe nada del paradero de Gabriel Palafox**

Buenos días a todas las personas que nos están viendo, soy Alonso Cárdenas, transmitiendo en vivo para *Informativo en Línea*.

Para quienes acaban de conectarse a este *streaming* que hacemos de manera simultánea en nuestro sitio *web* y en nuestras cuentas de redes sociales, les comento que estamos dando cobertura y participando en la marcha *No Más Violencia* junto a centenares de periodistas tanto del estado como de otros puntos del país que han venido a acompañarnos.

La marcha partió de las instalaciones de la Procuraduría de Justicia del Estado y estamos a punto de llegar a Palacio de Gobierno, en donde exigiremos al gobernador del Estado que nos reciba.

La fecha es emblemática pues hoy se cumplen exactamente siete años desde el homicidio del reportero Genaro Valenzuela, que durante mucho tiempo se creyó desaparecido, pero, además, han pasado cuatro días desde la desaparición del también periodista Gabriel Palafox.

El mismo día en que desapareció, Palafox expuso una red de complicidad de alto nivel entre el extinto grupo criminal conocido como Los Leñadores, altos mandos de corporaciones policíacas y dos prominentes empresarios, Diego Ruiz y José Luis Gómez.

Todo esto gracias a una confesión grabada del exprocurador Omar Casillas, quien dijo conocer el destino de Genaro desde el principio, pero omitió actuar en consecuencia.

Si usted ha estado pendiente de las noticias, sabrá que el exprocurador fue asesinado por Magda Cruz, ex novia de Genaro Valenzuela, justo después de confesar; ella a su vez fue abatida por un agente de la Policía Estatal antes de que consiguiera disparar en contra de Palafox.

Gracias a eso, la Procuraduría pudo acceder a un paquete de evidencias

que en menos de dos días les permitió dar con el cadáver de Valenzuela y obtener pruebas suficientes para que el juez otorgara órdenes de aprehensión en contra de Ruiz y Gómez, que se encuentran en prisión preventiva; el primero fue capturado en su domicilio y el segundo fue interceptado cuando pretendía abordar un avión privado.

Palafox, lamentablemente, desapareció esa misma tarde. El procurador Barragán afirma que después del asesinato de Casillas insistió en darle protección policiaca, pero el periodista le dijo que no la necesitaba.

Barragán también aseveró que la otra parte de la información dada a conocer por Palafox, la que tiene que ver con una supuesta serie de asesinatos a periodistas, carece de sustento y mantiene su postura de que se trató de hechos aislados, explicando incluso que se encontró ADN en una de las escenas del crimen y éste no coincide con el de Magda Cruz, echando por tierra la teoría expuesta por Palafox.

Esa información puede encontrarse a detalle en nuestro sitio, *Informativo En Línea*, ahondaremos en ella después, pero en este momento estamos llegando a Palacio de Gobierno, en donde las puertas se mantienen cerradas. Me estoy acercando al sitio en donde está Lorena Huerta, esposa de Gabriel Palafox. Este es un momento difícil, pero es parte de nuestro trabajo.

—Lorena. No te voy a preguntar cómo estás, obviamente la situación es terrible, pero creo que es importante que la gente escuche tus palabras. Estamos transmitiendo en vivo.

—Hola, Alonso. Sí, por supuesto que sí. Adelante.

—¿Qué nos puedes decir de todo esto, Lorena?

—Gracias. Lo primero que voy a decir es que estoy muy orgullosa de Gabriel, enormemente orgullosa. Lo que hizo fue increíblemente valiente. Gracias a él se logró dar con los restos de Genaro y espero que eso, de alguna manera, de tranquilidad a su familia.

—Claro, todos estamos orgullosos de él. Todos.

—Lo segundo... esto está dirigido a quienes quiera que sean. A quienes se lo llevaron. A quienes lo tengan. Este es un ruego de una esposa y de una madre de familia. Regréñeme al padre de mi hija. No soy tonta, ¿de acuerdo? Aunque quisiera pensar que Gabriel está con vida, sé que las probabilidades de que eso sea cierto son muy pocas. Yo...

—No te contengas, Lorena. Tómate el tiempo que necesites.

—Gracias. Yo... Solo pido que nos digan en dónde está, por favor. Si ya está... si ya no está con nosotros, solo les ruego que me den sus restos para

poder enterrarlo. Que mis suegros y mi hija tengan un sitio en donde llorarlo.

—Entiendo. Muchas gracias, Lorena. Por tu valor y por tu fuerza.

—Gracias a ti, Alonso. Me gustaría agregar solo una cosa más, si me lo permites.

—Adelante, por supuesto.

—De nuevo, a quienes se llevaron a Gabriel. Si no quieren decirnos en dónde está, si no quieren darnos al menos ese consuelo, sepan una cosa: Gabriel no se rindió con Genaro y nosotros no nos rendiremos con él. Vamos a encontrarlo, y mas les vale que no los encontremos a ustedes.

Desaparecido

Domingo, 25 de agosto de 2019, 07:11 A.M.

No está seguro de cuánto tiempo ha pasado, mucho menos de qué hora es. Cuando estás en una habitación sin ventanas, con una única fuente de luz apenas suficiente para evitar que el pequeño lugar esté en penumbras, es fácil perder la noción del tiempo.

Tampoco sabe cuántos kilos ha perdido, lo que sí sabe es que apenas tiene fuerzas para sentarse recargado en la pared. Y cuando hace eso le duele cada centímetro de la espalda.

Tratar de ponerse de pie es todavía peor. Solo queda suficiente agua para unos pocos tragos en la sucia cubeta con capacidad de veinte litros que le dejó antes de irse. De comida, ni hablar. Durante las primeras horas pensó que moriría rápido, pero pronto se dio cuenta de que le espera algo peor.

Aún si pudiera levantarse, el grillete de hierro que tiene alrededor del cuello unido a la gruesa cadena de apenas un metro y medio de largo, le impediría ponerse de pie completamente, mucho menos moverse. Tratar de escapar no es una opción y eso lo aprendió muy rápido.

Gritar, si aún tuviera fuerza para hacerlo, tampoco le va a dar resultados. Es dolorosamente consciente de que el lugar en el que se encuentra está completamente insonorizado.

Lo único que puede salvar su vida ahora es la misericordia. Eso, o que milagrosamente alguien lo encuentre, pero sabe perfectamente que para estas alturas lo deben de estar buscando en muchos lugares, excepto en el que siempre ha estado.

La puerta se abre lentamente y Gabriel siente que la poca luz que entra, proveniente del foco LED del pasillo, le quema los ojos. Piensa en levantarse, pero, de nuevo, sabe que sería completamente inútil.

—Por favor —gime débilmente.

—Vaya, este lugar apesta —dice arrugando la nariz—. Tenía todo pensado a la perfección y no reparé en ese molesto detalle.

—Por favor —ruega de nuevo.

—No importa, después de una semana sin comer me imagino que ya no tendrás mucho excremento en tu cuerpo. Los orines son otra cosa, pero tendremos que acostumbrarnos al olor, ¿verdad?

—¿Por qué estás haciendo esto?

—¿Por qué vengo? Te dije que vendría a verte cada domingo a traerte agua, ¿recuerdas? —contesta mientras deposita otra cubeta, igualmente sucia pero llena de líquido, justo al lado de la otra—. Yo cumplo mi palabra y no te diré mentiras. Ya no.

Muy a su pesar, Gabriel pasa su lengua por su labio superior. Quiere lanzarse por el agua, pero se contiene.

—¿Por qué me tienes aquí?

—No seas ridículo, lo sabes perfectamente. Te lo dije la semana pasada y sé muy bien que ya había pasado el efecto de la droga. Siempre tan predecible, escogiendo el maldito mismo vaso siempre.

Gabriel entiende que no habrá misericordia. Decide jugar otra carta. Si logra que se lo crea, puede tener una esperanza.

—Sí, lo entiendo. Lo entiendo bien, pero no tienes que hacer eso —dice con dificultad—. Tenías razón en casi todo: Luis, Fernando, Pedro, Julián. Todos ellos merecían morir, especialmente el cabrón de Pedro, pero yo no hice nada. Yo no sabía nada.

Una sonrisa llena de burla es la única respuesta.

—Si me dejas salir, si me liberas. No le diré nada a nadie. Estoy de tu lado. Diré que escapé y nunca supe quienes eran mis captores, después te ayudaré a que digamos lo que sea de los otros. Podemos mostrarle al mundo que merecían morir y también podemos responsabilizar a Magda. Lo tomarán como actos de justicia. Te lo aseguro.

La sola mención de ese nombre le provoca una mueca de repulsión.

—Esa idiota casi lo arruina todo. Ciertamente echó a perder lo de Casillas. De verdad quería a ese hijo de puta en la cárcel. ¿Tienes idea de todo lo que le harían los reclusos a un exprocurador de justicia con antecedentes de fabricar culpables? En fin, cuando menos está muerto y te tengo a ti. Siempre fuiste el plato fuerte.

—Yo no hice nada.

—¡Tú eres el principal culpable, Gabriel! ¡Más que los otros, incluso más

que Pedro!

—Sabes que no es cierto —reclama débilmente.

—Sí, ese hijo de puta lo entregó y por eso merecía morir como murió, gritando, pero nada de eso hubiera pasado si tú lo hubieras detenido. Si tú hubieras evitado que siguiera llevando esos reportajes. Pero hacía lucir bien a tu televisora y te hacía lucir como el gran mentor de periodismo a ti, ¿verdad?

—Yo nunca...

—¿Tuviste la intención? ¿Eso es lo que vas a decir?

Gabriel intenta reunir fuerzas, levantarse, pero es en vano. Siete días sin alimento son demasiados.

—Iba a casarme con él, ¿sabes? Genaro solo estaba esperando el momento justo para dejar a esa tonta y después nos casaríamos. Teníamos todo planeado. Hasta que lo mataron por tu culpa.

Gabriel sube la vista de nuevo. Entiende que no habrá misericordia, tal vez si la hace enojar pueda lograr algo.

—¿Casarte con él? Nunca iba a dejar a Magda. ¡Eras la otra y ni siquiera eras la única! Se iba a casar con Magda y tú siempre ibas a ser eso, la amante.

—Puedes decir lo que quieras —responde sin perder la sonrisa y Gabriel entiende que no logrará su objetivo—. Genaro era mío y yo era de él.

—Siete años. Han pasado siete años. ¿Cómo es posible tanto rencor?, ¿tanto odio para hacer todo lo que hiciste? Después de todo lo que hemos pasado.

—Siete años y hubiera esperado más, los que hubieran sido necesarios para que se acomodaran todas las piezas. Luis fue sencillo, quería ese auto como si fuera parte de él y sabía que se resistiría al robo. Fernando nunca me vio llegar y entonces solo tuve que esperar para ver si tenía razón. La Policía no fue capaz de ver la conexión.

—La fotografía.

—¿La fotografía? —la expresión cambia para mostrar una sonrisa orgullosa—. Esa fue la mejor parte y menos complicada de lo que pensé. ¿Realmente creíste que el Estobos la recordó de la nada? ¡Por favor, Gabriel! La deslicé por debajo de la puerta de su casa la misma noche en que maté a Fernando, apenas unos minutos antes. Si él lo hubiera dicho, ustedes hubieran sabido que se trataba de una amenaza y yo tenía un plan para eso, pero confiaba en que él iba a mentir diciendo que lo averiguó por si solo para

mostrarse como un mejor periodista de lo que era.

—¿Cómo la pusiste en casa de los papás de Genaro?

—La llevé hace más de seis meses, cuando vi que todo se empezaba a alinear. Llevaba una historia preparada, pero cuando me di cuenta de que el pobre Ramón ni siquiera me reconoció, simplemente le dije que estaba haciendo un censo. Me invitó a pasar y puse la foto cuando me ofreció un vaso de agua.

—¿Cómo sabías que...

—¿Ibas a ir? —interrumpe—. Porque te conozco, porque te estudié. Sabía que después de eso ibas a sacar conclusiones y sabía lo que Gema y Magda pensaban de Fernando y Luis, respectivamente.

—¿Y Casillas? ¿Cómo sabías que él también lo vería?

—Simple. Casillas era corrupto, pero no idiota. Supuse que habría revisado las imágenes que Genaro subió a sus redes sociales, que notaría la relación y que vería una oportunidad.

—Nos utilizaste porque no podías acercarte a Ruiz y Gómez.

—Exacto. Sabía que Casillas querría vengarse de ellos y que tú querrías descubrir lo que le pasó a Genaro. Hasta ese punto, debo admitir, estábamos perfectamente alineados.

A pesar de la debilidad, Gabriel no puede olvidar que es un periodista, quiere saber más, así que pregunta.

—¿Cómo lograste meter a la cama a Pedro y como sabías que Julián se suicidaría?, ¿o tenías otro plan para él?

—De verdad eres un maldito ciego. Tú no eres el único sacrificio que tuve que hacer para asegurarme de poder vengar a Genaro. Pedro y yo éramos amantes, desde hace mucho. Cinco años, de hecho. No era la primera vez que lo ataba a la cama, pero sí me aseguré de que fuera la última.

—¿Y Jul...

—Con respecto al pobre tonto del Estobos, solo tuve que llamarle para decirle que estaba por fuera de la casa de su hija y que mataría a su nieta si no hacía lo que le dije. Era mentira, por cierto, como sabes, yo estaba bastante lejos.

Gabriel no puede dejar de notar que todo estaba perfectamente planeado. Sabe que alguien que ha guardado rencor y diseñado una estrategia por tanto tiempo, no dará marcha atrás. Solo le queda rogar por una última cosa.

—Mátame. Al menos mátame y deja que me encuentren.

La carcajada llena la pequeña habitación.

—No, Gabriel. Hice bien mi tarea. ¿Sabes cuánto tiempo puede vivir un ser humano sin comer, siempre y cuando tenga agua? —pregunta mientras observa la cubeta—. Al menos 30 días, pero el consenso es que puede llegar hasta a 60. Vamos a poner eso a prueba.

—Te lo ruego.

—Si quieres morir antes, simplemente tienes que dejar de beber, pero no creo que puedas hacerlo. La naturaleza humana es tener esperanza. Sí. Creo que tú y yo podemos superar todas las expectativas.

—No merezco esto, por Dios, no merezco esto.

—Lo mereces. Y cuando por fin mueras voy a cerrar este lugar para siempre con tus restos dentro, ya hasta escogí el mueble ridículamente pesado que pondré sobre la escotilla. Nadie tiene por qué saber que esta casa tiene sótano. Ni siquiera tú te preguntaste por qué insistí en que lo tuviera. Me creíste completamente cuando te dije que quería usarlo como estudio de grabación y que para eso lo necesitaba completamente a prueba de sonido. No sospechaste ni cuando te dije que ocultáramos la entrada por si algún día necesitábamos escondernos por seguridad.

Gabriel guarda silencio. Está demasiado débil y no se le ocurre nada más que decir.

—Te buscaron aquí cuando reporté tu desaparición, ¿sabes?, pero no se les ocurrió levantar la alfombra para descubrir la entrada. Parece mucho riesgo de mi parte, pero estaba calculado. La actuación de esposa doliente y los gritos de que estaban perdiendo el tiempo en lugar de salir a buscarte fueron suficientes para que se fueran rápido.

—Lorena, por favor. Al menos dime que Lila está bien. Dime que no le harás daño a mi niña —ruega débilmente, sin esperanza, mientras ve la terrible sonrisa de la mujer a la que amó por tres años, instantes antes de que cierre la puerta.

—Ni siquiera estoy segura de que sea tu hija, siempre me ha parecido que tiene la forma de los ojos de Pedro. Nos vemos la próxima semana, *amor*.

FIN

Agradecimiento

Muchas gracias por haber llegado hasta aquí. Espero que haya sido porque la historia te gustó y querías descubrir el final.

Ya que estamos en esto, **necesito pedirte un favor.** Verás, soy un autor independiente y eso significa que no tengo una editorial y **mucho menos a un equipo de mercadotecnia detrás de mí.**

Ahí es en dónde entras tú. Si te gustó esta historia, **me atrevo a pedirte que me ayudes haciendo un comentario en redes sociales y de ser posible, calificándola y reseñándola en Amazon, Goodreads o cualquier sitio que acostumbres usar,** incluyendo tus redes sociales.

De esa manera **otros lectores sabrán qué esperar y podrán decidir si darme una oportunidad o no** y, por supuesto, yo podré seguir escribiendo.

Dejo a tu disposición mis cuentas de redes sociales y mi correo electrónico **para recibir cualquier clase de comentario,** bueno o malo Te aseguro que lo leeré y lo contestaré.

Mail: eldaniloluna@gmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/ElDaniloLuna>

Twitter: <https://twitter.com/eldaniloluna>

De nuevo, **muchas gracias** y nos vemos en historias posteriores.

Danilo Luna
Julio, 2019

Otras obras

[Las Mujeres Muertas No Lloran](#)

Durante años, la comandante Julieta Bravo ha sabido de la existencia de **un peligroso equipo de asesinos de élite** que opera desde México con objetivos en todo el mundo.

Sus compañeros y superiores la toman por loca, pero **cuando Selene Vega emprenda una trepidante jornada de venganza**, la comandante Bravo entenderá que la organización es real y está más cerca de ella de lo que pensaba.

Las mujeres muertas no lloran es una historia de venganza, un frenético thriller enmarcado en la Ciudad de México que transcurre en poco más de 12 horas.

En esta novela descubrirán a Selene Vega, **una de las personas más peligrosas del planeta**, cuya capacidad para la violencia solo es superada por su férrea determinación.

Tras desobedecer una orden directa de su misterioso empleador, un hombre solo conocido como El Ruso, **fue atacada de forma salvaje por sus excompañeros y dada por muerta**. El gran error fue **no asegurarse de que su corazón realmente hubiera dejado de latir**.

Quienes fallaron en acabar con Vega pronto entenderán que **no es buena idea despojar a una de las mujeres más mortíferas que existen de todo lo que es importante para ella**, y la comandante Bravo aprenderá que las mujeres muertas no lloran.

rx.e.me/B6P8DR



[De Histerias Cortas, Volumen I](#)

Dos mujeres frente a frente en una relación fatal, un sacerdote enfrentando la prueba de su vida y una joven atrapada en la guarida de un feminicida, **son solo algunos de los protagonistas de este conjunto de historias negras e histerias cortas.**

En este libro encontrarás trece relatos criminales a medio camino entre la novela negra y el thriller. **Historias basadas en hechos cotidianos, realidades violentas que preferiríamos no ver pero están ahí,** cada vez más cercanas.

Si buscas cuentos felices en las que **los protagonistas se sobreponen a la adversidad,** estas historias no son para ti.

rxe.me/HSV5YB



[De Histerias Cortas, Volumen II](#)

Un asesino en serie que **maquilla a sus víctimas,** todas mujeres jóvenes y parece imposible de atrapar, una joven que despierta en una casa desconocida **sin tener idea de cómo llegó hasta ahí** y una pequeña niña, sobreviviente de **una brutal masacre,** son solo algunos de los protagonistas de este conjunto de historias negras e histerias cortas.

En este libro encontrarás **trece relatos criminales** basados en hechos cotidianos, **historias del día a día** de una sociedad cada vez más violenta.

Te advierto sin embargo —como lo hice en el volumen anterior— que **si lo que buscas son finales felices, mis histerias cortas no son para ti.**

rxe.me/MZNCCV

© Todos los derechos reservados.

Las letras son para todos. Si quieres utilizar este texto o parte del mismo, por favor comunícate conmigo.

Mail: eldaniloluna@gmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/ElDaniloLuna>

Twitter: <https://twitter.com/eldaniloluna>

La última exclusiva

© Danilo Luna Camacho

México, Julio de 2019